



PATRICK NORTON

MONSTER
ADDICTION

DOLCE
ROCKS

MONSTER ADDICTION

PATRICK NORTON

Título: Monster Addiction
©2017 Patrick Norton
©Todos los derechos reservados.
1ªEdición: Febrero, 2017.
©DOLCE BOOKS
dolcebookseditorial@gmail.com

Banco de imagen: ©Shutterstock.
Diseño de portada: China Yanly
Maquetación: China Yanly
Info: chinayanlydesign@gmail.com

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



PRIMERA PARTE

El esplendor de las agujas

1

Paul

2

Splenter

3

Me gusta hacer footing

4

Edna

5

Monster lingerie

6

Catching Fire

7

Me gusta la carne de perro

SEGUNDA PARTE

No me gustan los lunes

1

Los yogures de Edna

2

Quince años

3

Si despertaras sin manos

4

Thelma y Louise

5

Capítulo seis

6

Good Boy

7

Pink Lady

8

[Caprice Bonn](#)

[9](#)

[Bloomby](#)

[TERCERA PARTE](#)

[Las arañas gigantes](#)

[1](#)

[Las sábanas limpias](#)

[2](#)

[Charlene ama la oscuridad](#)

[3](#)

[La academia](#)

[4](#)

[Las diabólicas](#)

[5](#)

[Charlene y las arañas gigantes](#)

[6](#)

[La tienda de golosinas](#)

[7](#)

[Tú a Boston y yo a California](#)

[8](#)

[Las fiambreras](#)

[9](#)

[Mathews](#)

[10](#)

[Lo que calla la zorra](#)

[11](#)

[Grumpie](#)

[12](#)

[La parada de los monstruos](#)

[13](#)

[Compraré bragas en Bissen](#)

PRIMERA PARTE

El esplendor de las agujas

1

Paul

“Deberías romperle las piernas o sacarle los ojos”, confiesa la Voz en su cabeza. Aún es dueño de sus actos y, en esas palabras, hay voluntad de acción; una acción muy importante para Paul después de todo este tiempo de soledad e incertidumbre.

Lo que más le gusta de su madre es ese temblor de manos al escribir, su vacilación al elegir adecuadamente las palabras, antes de dejar las notitas por toda la casa con breves encargos al padre y al hijo.

La luz de la tarde se filtra ahora entre las cortinas y sus ojos se fijan en los ojos de la madre, que se ha arrodillado para ponerse a su altura. Lo hace en el templo cada domingo y él la imita. Sus rasgos armónicos la han dotado de una belleza serena y el aroma a aloe de sus manos lo han obligado continuamente a fantasear sobre el modo en que su madre se aplica la crema.

Paul es un buen hijo que disfruta mirándola a escondidas detrás de la

cortina o con la mejilla pegada al quicio de la puerta. Nunca han hablado sobre el tema, porque a la madre no le molesta. De hecho, piensa que subyace un lazo emotivo, sin maldad alguna, en esa actitud acechante del hijo.

No es el cuerpo de la madre lo que él más envidia, sino esa sana felicidad que ella demuestra sin pudor desde que se levanta hasta que se acuesta en su colchón de agua. Tampoco es que Paul disfrute exactamente espionando a su madre, que se masajea el cuerpo con una amplia gama de cremas aromáticas, sino que disfruta de la repulsión en sí que le produce esa escena que considera humillante y demasiado obscena para un niño.

Paul odia que su madre haga deporte delante del televisor, que acuda a la parroquia cada domingo, agarrada al brazo de su padre, sonriendo con intención, elevada en esos tacones forrados mientras se abre el círculo de caras conocidas por donde pisa. Odia, sobre todo, que alguien hable bien de *su* madre.

Cuando Paul escucha la palabra “furcia”, la imagen de su madre está ahí. Cuando Paul escucha el nombre de su madre, la palabra “furcia” también está ahí.

Paul ha suspendido más de cuatro asignaturas este último trimestre. En casa no parecen preocupados. Por lo menos ha dejado de acosar a aquella compañera de clase. Lo que los padres de Paul no saben aún es que Caprice Bonn acaba de matricularse en otro instituto. De todas formas, la tutora cree haber hecho un gran trabajo con el muchacho durante este tiempo. Paul no opina lo mismo, pero se deja llevar por la corriente.

La madre continúa arrodillada y podría decirse que, en este instante, *ella* lo admira de verdad. Seguramente es la primera vez, después de todos estos años, que descubre la magnífica virtud de su hijo, de *su* único hijo. En el comedor todavía se escucha el zumbido sordo, el mismo zumbido sordo, inaudible para cualquier otro oído humano. No sabe qué responder a las

preguntas de la madre, aunque la Voz insista con las mismas frases, cuyo contenido Paul considera sugerente, más sugerente que el de aquellas voces que se interrumpen unas a otras en los pasillos del instituto.

Parece mentira que esta misma mañana, alrededor de las siete, estuviera desayunando copos de maíz y huevos revueltos, mientras la madre, a su lado, sorbía un enorme batido rosa de proteínas. El padre ya estaba trabajando desde hacía una hora, pues tenía que entregar las últimas correcciones de su ensayo sobre Mishima antes del mediodía.

La luz no es tan nítida como ayer. Paul atiende a esos detalles por insignificantes que parezcan. Un ladrido al otro lado del tabique revela la conducta obstinada de un animal. Es impropio que, en un barrio tranquilo y decente, como en el que viven, lejos de la ciudad, los vecinos tengan perros tan mal educados. Una sombra parpadea ante la frente lisa de Paul. La madre le acaricia el pelo que aún no le cubre los hombros. A la madre le habría gustado que se hubiese dejado el pelo más largo todavía. Al padre, no.

El salón es amplio, con una alfombra persa en el centro. Hace años que nadie toca el viejo piano, heredado del abuelo paterno que había trabajado como organista en Hamburgo. Una extrema pulcritud fija la disposición de los objetos y la decoración escueta de todas las habitaciones.

La madre, que sigue de rodillas, siempre ha preferido ese riguroso orden, esa sensación de levedad a través de la limpieza y de la blanca tapicería que destaca especialmente en el salón y en el despacho. Además, contribuye a esa atmósfera de esterilización el mobiliario cromado de las habitaciones del piso superior.

¡Lo que habría dado la madre por tener una hija! No es que el muchacho no fuera un hijo querido, pero las expectativas del matrimonio eran otras y se habían truncado definitivamente cuando, con el paso de los años y, pese a todos los tratamientos de fertilidad, Paul quedó como único hijo.

En el corazón de la madre se cobijó un sentimiento de culpa que ha ido aligerando con compras innecesarias, con deporte, mañana y tarde, y con esa obsesiva búsqueda de la higiene en todo lo que la rodea.

En realidad, son formas de cumplir un ritual de penitencia por no haber concebido a Martina, que así debía llamarse la niña que nunca nació. Más de una vez Paul advirtió en esas caricias de madre sobreprotectora una recóndita e incurable insinceridad.

El padre, aunque más ausente y esquivo, siempre ha mostrado una distancia prudente con Paul, si bien le ha entregado el conocimiento de la conservación de los insectos que, en el futuro, habrá de serle tan provechoso al hijo. En esos silencios al lado de Paul o en la mesa a la hora de cenar, el padre libraba una lucha interna que expresaba lo que Paul temía y al mismo tiempo deseaba: era un hijo. No era la hija. Paul no era Martina, su Martina.

En una de esas habitaciones del piso superior, la que daba al fondo del pasillo, con la ayuda de su padre, que no se mostró reacio, Paul había ido coleccionando toda clase de insectos. Desde crío, había mostrado suma devoción por atraparlos (no era una afición interesada solamente) para, luego, hundirlos en acetato etílico con sus cuerpos grumosos y frágiles, suspendidos en el denso líquido.

Si se usan alfileres corrientes, se corre el riesgo de que los insectos se quiebren una vez secos. Por eso, los alfileres entomológicos son los más recomendados para pinchar adecuadamente lepidópteros y artrópodos. El padre había instruido a Paul con práctica y paciente dedicación a lo largo de los años, logrando una colección muy bien documentada, ubicada en Plumavit, donde los insectos voladores, con las alas extendidas, mostraban toda su belleza.

Sin embargo, esa labor conjunta entre padre e hijo no se había traducido en una profunda relación afectiva. Al contrario, era la excusa

perfecta para que, ambos, estando juntos, no conversaran ni se miraran a los ojos con la confianza y cariño que se espera entre padre e hijo.

La colección de insectos se encontraba en la habitación menos húmeda. En un primer momento, la madre había pensado trasladar hasta allí el despacho del padre, pero, dada la vocación de Paul por el estudio y el meticuloso proceso de conservación de las diferentes especies, se decidió que el despacho no se moviera del piso inferior.

En la casa de enfrente, Johny Cusher se balancea en su mecedora. Mañana cumplirá ochenta y dos años. Paul lo ha saludado eufóricamente por la mañana antes de subir al autobús. El viejo lo ha mirado con afecto y ha seguido chupando el pitillo, sin prisa, con los párpados sombríos, sin esperar otra cosa de la vida que una serena muerte. No se ha movido del sitio. Sentado en la misma mecedora con las manos quietas sobre las rodillas, esperó a que Paul regresara de las clases, sin percatarse todavía de que una extraña luz alumbra el mundo esta tarde.

La música de Bach suena en algún oscuro extremo del salón, mientras los muebles recuperan ese tono cobrizo con la tenue claridad que no se disipará, a no ser que alguien corra las cortinas. El padre está en el despacho y la madre sigue arrodillada en el centro del salón abrazando a Paul.

Los perros ladraban en el jardín de los Sadley cuando el hijo entró a la casa hace alrededor de una hora. Se había fugado la última clase. Necesitaba tiempo para obrar. La madre apareció arrastrando una silla. Estaba preparada para una nueva tabla de ejercicios. La ropa deportiva no le sentaba mal. De hecho, había perdido mucho peso con ese nuevo plan de adelgazamiento que Paul interpreta como una sumisa forma de reconquistar al padre, cuyo trabajo en la editorial lo ha absorbido durante estos últimos meses.

“¡Las madres siempre tienen tantas obligaciones!”, pensó al dejar la mochila. Hoy podía ser un día muy especial para todos. La Voz no cesaba en

su cabeza. Paul comió algo en silencio mientras las manecillas del reloj señalaban las seis de la tarde y la madre comenzaba a calentar con una estúpida melodía chill-out delante del televisor. Estaba a punto de comenzar Fitness Club.

Las manecillas del reloj siempre señalaban las seis. Por superstición, se había decidido que el reloj de cuco que colgaba del estucado no debía repararse. Al principio, este tipo de decisiones infundadas irritaban a Paul. Con el tiempo, comprendió que era mejor así.

Tanto la madre como el padre habían forjado una serie de voluntades donde se expresaba, no sólo la influencia poderosa de las supersticiones, sino también la decadencia de una familia que, a su juicio, nunca había sido tal familia. Paul no era Martina. Resultaba frustrante que todos siguieran aparentando, con tanto rigor y sacrificio, una felicidad inexistente. A través de la pulcra limpieza, de una dieta vegetariana y de esas nimias supersticiones, padre y madre habían acordado inconscientemente una forma de sobrellevar la culpa por el fracasado nacimiento de esa niña tan deseada.

Esquivó una sombra. Masticó y tragó con ansiedad. Bebió agua del grifo y abrió su mochila. Paul se dirigió al despacho del padre. Antes saludó a su madre quien le dio un beso en la frente y siguió arqueando su cuerpo sobre la alfombra.

Una vez que entró en el despacho, susurró algunas palabras importantes a su padre quien cerró inesperadamente sus ojos entumecidos por una larga exposición a la lectura. La puerta se cerró. Paul no sintió náuseas y admiró el esplendor del fino metal. Un polvo fino empañaba el flujo de claridad en aquella atmósfera apacible que la mística música de Bach infundía.

El zumbido sordo se quedó allí, en el espacio nítido, hasta que Paul buscó a su madre para confesarle que la cabeza del padre sangraba sobre la

mesa del despacho. Pero la Voz impidió esa estrategia. Era mejor que no confesara nada a la madre todavía. Como hijo, debía disfrutar de los últimos momentos con su progenitora o debía decir quizá “con la frustrada progenitora de Martina”.

Sería un momento profético e irreplicable, sin que el padre, abatido en su asiento de piel, pudiese interrumpirlos. Es cierto. La madre advirtió un rencor colérico en la mirada de Paul y prefirió disimular al principio.

Paul se quitó uno de los guantes. Sosegado por la Voz, se acercó hasta el umbral de una puerta abierta. La puerta del salón estaba siempre abierta o, como mínimo, entornada. Era otra de esas ridículas supersticiones. La luz no era nítida, pero Paul pensó con claridad como solía hacer normalmente. Tembló la Voz y el zumbido sordo se aproximó a sus oídos con mayor intensidad.

Ha pasado ya media hora desde que la madre abrazó a Paul, demostrando una fingida ternura hacia su vástago. Las cortinas no se han movido y la pureza del ambiente se ha vuelto más contundente. Entusiasmada, le ha dicho demasiadas cosas que Paul ya no celebra, salvo cuando la madre deja de temblar y un flujo de sangre derramada es absorbido por la alfombra. La luz vuelve a ser pálida y el zumbido sordo del despacho es cada vez más agudo, aunque todavía soportable. Cada cosa es inmóvil en apariencia. La lengua de roja claridad que entra hasta el salón va mudando todas las texturas.

La madre ya no está arrodillada. Ha sido divertido y terapéutico. La adaptación a este nuevo medio no ha resultado tan difícil, aunque al final Paul haya manchado su camiseta favorita. Es una camiseta negra con un enorme ocho de color púrpura en el centro. No sabe qué significa. Le gusta el contraste de los colores. Además, algunos estudiantes de último curso suelen llevarla.

Paul se ha apartado del cadáver y el cuerpo de la mujer se ha quebrado

sobre la anegada alfombra. La perforación, aguda y limpia, ha alcanzado un pulmón. Con la aguja de tejer, Paul ha dibujado un arco de sangre en el aire. Tiene poco tiempo. Por lo general, no hay graves incidentes en este barrio de gente apacible. Sobre las ocho, algún coche de policía, suele rondar por la zona.

El viejo está visible. Sigue balanceándose suavemente en su mecedora. Cada una de las acciones de Paul ha estado acompañada por este día luminoso y somnoliento que descansa sobre la tierra. Ahora quiere que su otra obra sea admirada al aire libre por todos los vecinos según vayan llegando a sus casas con ese halo feliz del descanso merecido. Será un entretenimiento inolvidable para todos los que se acerquen a contemplar el cadáver.

Se aleja del porche con el instrumental y observa que el viejo está dormido. Serenamente dormido. Los árboles han florecido en la acera que linda con los garajes. Es una tarde preciosa. Basta con alzar la vista para descubrir que el azul del cielo es intenso. Paul no recuerda un cielo así. Algunos pájaros han anidado entre las ramas más viejas. Bulle la vida y alguien acelera el paso.

Johny Cusher, inmóvil, no aguarda nada. Sus ojos, atravesados con unas agujas, fijan sus párpados en las córneas. Paul ha sido un auténtico cirujano con el viejo. La aguja de bordar, que atraviesa la nuca, tiene un grosor considerable.

El viejo apenas ha tenido tiempo para evitar el primer pinchazo. No hay nada espléndido en esta ejecución. No ha existido esa extraña comunión mística entre asesino y víctima, como Paul ha visto en algunos *thrillers*. Nada de eso ha sucedido. El viejo ha intentado gritar y el muchacho le ha llenado la boca con alfileres y otros utensilios puntiagudos y cortantes. A nadie ha molestado la sutil maniobra de Paul, pues es un barrio tranquilo, demasiado tranquilo, donde los vecinos callan la intimidad de los otros.

La madre está muerta como el viejo. El padre, lucha aún por sobrevivir. Con la cabeza sobre el escritorio, contempla un tímido hilo de sangre deslizándose por la madera; una línea continua en un tiempo sostenido y con un fatal desenlace.

Paul ha recogido sus cosas. Abandona el nido con su mochila sobre la espalda. No mira atrás, aunque la Voz insista. Luego, siente un sople de aire fresco en la cara. Le encantan las botas de piel de serpiente que lleva el señor Cusher. Algunas ramas tiemblan. La veleta del tejado por reparar no gira. El zumbido sordo sigue en el despacho del padre.

No hay vida en los ojos de Paul. Tampoco en los del viejo. Escucha algo nuevo, ajeno a la Voz y al zumbido. Son los perros que ladran. Se acerca hasta el foco y despliega en la hierba la toalla con todas las agujas. Es cierto. El azul del cielo es intenso y la luz del crepúsculo se le antoja hermosa.

Los Sadley no están en casa.

No se impacienta y, al cabo de un rato, los perros dejan de ladrar. No hay una sola alma en el barrio, salvo el chico que pasa haciendo *footing* por el arcén sin coches. Lleva auriculares y le gusta escuchar a los Red Hot Chili Peppers. La Voz y Paul se quedan solos. A partir de ahora, el mundo es perfecto.

2

Splenter

Sus pasos son tan leves que sus botas de piel parecen no descansar sobre el polvo.

La gasolinera a la que ha llegado con su nuevo coche no tiene nada de especial. Es otra gasolinera más en este maldito país, salvo por el tipo gordo, con mostacho, que la desnuda con los ojos. Hace tiempo que nadie la desnuda así.

Hay un niño con gorra que arruga su cara frente a un árbol, cerca de la salida a la autopista. Una jaula con palomas cuelga de una de las ramas. El aire es seco, muy seco, y los pozos se van quedando sin agua en algunos pueblos de la zona.

Splenter calza siempre esas botas de piel, de tobillo partido, con cordones de fiesta. El sol cae a plomo en la vaguada. Hace años también se

encontró con un tipo como este y tuvo que hacer algo parecido a lo que tiene que hacer hoy. Era una quinceañera entonces y montaba en moto. Pero aquel tipo tenía más clase y era muy interesante.

El coche no tiene matrícula.

Ella no necesita a nadie para repostar, aunque el tipo gordo se ofrece. El niño mira las palomas, sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Una caseta de madera se levanta sobre un montículo, más allá de la línea de surtidores. Parece que vive alguien más. Splenter marca las cifras, coge la manguera y arquea su espalda. Los tensos tirantes sobre su camiseta empapada en sudor marcan la curva precisa de cada seno.

Las escasas sombras se quiebran sobre un camino donde un camión gira bruscamente para entrar en la carretera. El tipo gordo escupe y, aunque no se muestra grosero, sus ojos negros, hundidos en su cara redonda y aceitosa, revelan lo que las palabras ocultan.

El chico es escuálido y orina ahora en unos matorrales. Bajo este sol que seca el cerebro, los pájaros han desaparecido. “No pasa nadie como usted por aquí”, asegura el tipo secándose el sudor de la papada con un trapo lleno de salpicaduras de aceite industrial.

Splenter no responde.

El depósito aún no está lleno. Siente el suave tintineo del metal según presiona la pistola y el flujo del diésel a lo largo de la goma. Cuando cambiaron las mangueras de la gasolina sin plomo, la normativa impuso un adaptador para hacerlas más estrechas. Splenter encuentra en el hecho de repostar un momento de sosiego, de reconciliación con el mundo, aunque parezca absurdo.

Bajo la sombra del saledizo de la gasolinera, una brisa intermitente acaricia sus labios. Ya no está el camión. El tipo gordo sigue hablando cosas sin sentido. El niño, que sigue sentado, mira el sol y las palomas. Es bobo.

En las gasolineras de autoservicio, algunos clientes usan guantes y, en esa pulcra actuación, Splenter presiente una odiosa resistencia por parte del género humano a la vulneración y al ultraje. De hecho, suele marcharse a otra gasolinera antes que presenciar esa acción tan escrupulosa. Sabe que hoy ha cometido un error. La hora no es la adecuada para llenar adecuadamente el depósito del coche. Debería haberlo hecho por la mañana, pero ha medido mal la distancia.

Sí. Sabe que hoy ha cometido un error. O más de uno. El calor del suelo hace que la gasolina tienda a expandirse en los depósitos bajo tierra, por lo que ahora un litro de combustible no será exactamente un litro, sino algo menos. De hecho, ha aprendido a apretar la manilla del surtidor al máximo. Tiene bastante fuerza en las manos.

Una leve nube de polvo se levanta en un horizonte sin relieves. El sol abarca ese paisaje lunar que absorbe toda la luz. La presión que cada uno ejerce sobre la manilla determina la velocidad a la que el combustible fluye por la manguera. El tipo escupe. Está más cerca de ella y habla sobre comida y sobre algunas variedades del maíz. Splenter no lo escucha. No quiere escucharlo.

Si llenas el depósito antes de que baje de la mitad, disminuirá la cantidad de aire que contiene, así se reduce significativamente la evaporación del carburante.

Los pantalones se ajustan muy bien a sus piernas bien definidas. Hace meses que Splenter fortalece sus glúteos con un *mini-stepper* lateral. El niño bosteza varias veces con su boca grande. La sombra del árbol se alarga hasta la carretera de doble sentido.

Si repostamos cuidadosamente, haciendo que el combustible fluya con lentitud, se creará menos vapor y el llenado será más eficiente.

Su pelo corto deja al descubierto un cuello largo, sin pecas ni

manchas, que dibuja una curva hasta sus hombros proporcionados. El tipo gordo insiste en invitarla a una cerveza. Splenter, que ha escuchado en esta ocasión, niega con la cabeza. “No pasan muchachas como usted por aquí”, repite el capataz con un tono burlón y agarra su cinturón con los pulgares.

Nada queda después de abandonar una gasolinera, salvo ese vacío en el tiempo que permite que un coche como el de Splenter pueda sumergirse en el polvo que levanta ahora un nuevo soplo de viento sobre el asfalto. Tose el niño a lo lejos y se alza, y empieza a dar saltos a la pata coja sin salirse del cerco de oscuridad que el árbol dibuja.

El tipo gordo roza la mano de Splenter, perfectamente adaptada a la manilla del surtidor, y ríe enseñando sus encías ulceradas. No debía haber hecho eso. Mejor dicho, ese tipo no debería haber estado nunca allí. El niño no estorba, ni tampoco quien parece moverse en el interior de la caseta, faenando con algunos trastos.

En la medida de lo posible, no se debe echar gasolina al depósito si los camiones cisterna están llenando los tanques de la gasolinera o acaban de hacerlo, ya que, al rellenarlos, el combustible que queda dentro se remueve, así como los sedimentos del fondo. Por tanto, corremos el riesgo de repostar combustible sucio y de estropear el motor de nuestro coche.

Splenter no lo soporta. Ve otra luz sobre el montículo.

No debía haber llenado el depósito a esta hora. La decisión está tomada. El sujetador le aprieta demasiado. Tenía que haber elegido el sujetador azul sin relleno. No es tan provocativo. Pero a ella le gusta una lencería exquisita, aunque luego se ponga una camiseta de tirantes y calce esas botas con hebillas doradas.

El tipo gordo sigue sonriendo así que ella, finalmente, extrae la manguera del depósito y la introduce en su propia boca. El tipo gordo se echa atrás con el rostro desencajado. Splenter aprieta suavemente la manilla y sus

labios succionan sin apartar la vista del niño que ríe a las palomas.

No es la primera vez que mata a un hombre. Llena la cavidad de su boca con el carburante que sobra antes de que las cifras de los litros se ajusten a las del precio marcado. Sorbe con avidez, cuidando de que ninguna gota caiga al suelo. El tipo gordo maldice.

El niño que babea apoya su espalda en el tronco mientras algunas moscas danzan sobre su cabeza recién afeitada. Splenter retira la manguera, se enjuaga la boca con el carburante, con los ojos fijos en un punto, y después escupe a la cara del tipo, que violentamente se lleva las manos a los ojos, profiriendo toda clase de insultos de forma automática.

A los pocos segundos, una cerilla se acerca hasta el perfil del gordo, difuso bajo la película del carburante sobre su piel. En la caseta, quien trastea parece no haberse enterado de nada. El niño ríe y Splenter monta en el coche rápidamente. Aspira el aire seco bajo el calor. Humedece sus labios con la lengua. Lleva Coca Cola Zero en una nevera.

El chico es bobo y susurra a las palomas. Alguien sale de la caseta. Con jirones de fuego por toda su espalda, el tipo gordo acaba de arrojarse al suelo.

Y Splenter no parece más feliz, pero está excitada, aunque ella no lo reconozca. No hay humo en la carretera, ni nubes de polvo ya y la gasolinera no explota.

3

Me gusta hacer footing

Le gusta el manga y hace *footing* por la vecindad todas las tardes. A veces llega hasta la arboleda del parque. No tiene pareja y odia que la gente sea feliz. Le gusta el manga y las películas de violencia extrema, como IZO, de Takeshi Miike.

Hace footing porque le ayuda a relajarse y a fantasear. Confiesa en los chats que tiene un trabajo de mierda en una oficina del centro. La alergia en primavera le produce escozor en los ojos y de vez en cuando toma antidepresivos para seguir adelante. Su alimentación está llena de saborizantes y aditivos.

Cualquier día matará a su jefe que solamente sabe presionarlo con horas extra que nunca paga. Son pocos en la oficina; el jefe, una chavala con *piercing* en la lengua y un joven que está en fase de pruebas, bajito y gordo (parece una peonza). Luego está él, pero como si no estuviera.

Desde hace un tiempo, no sabe cómo interpretar las miradas de la joven. Está obsesionado con ella y él es consciente de que está exagerando las cosas, pero es estimulante. No sabe si son miradas de atracción o de todo lo contrario. Se llama Susan y es la sobrina del jefe.

No se siente cómodo trabajando con ella. A la hora del café, delante de la máquina, intercambian algunas palabras. Nunca comentan nada sobre el fin de semana ni sobre los planes para vacaciones. Susan lo escucha y asiente para luego emitir alguna frase entrecortada, llena de vaguedades y tópicos.

Es guapa. Muy guapa. Un cuerpo flexible. Piernas largas y una cintura estrecha. Seguramente, es una máquina del sexo cuando sale del trabajo. Lo que más le excita de Susan es que muerde el borde del vaso, frunciendo sus labios rojos, humedeciendo el plástico blanco al sorber su café.

Otra cosa que le excita mucho de Susan es ese *piercing* que asoma en la puntita de su lengua cada vez que habla. Fantasea con esa lengua, con las maravillas que será capaz de hacer ese arito de acero sobre la piel húmeda. ¿Cuál habrá sido el verdadero motivo para colocarse ese *piercing*? Se imagina a Susan en un juego lésbico donde el arito vibra en el interior de alguna amiga y las dos llegan al orgasmo al mismo tiempo, gimiendo bajo una luz roja, sin apenas poder respirar, rodeadas por un grupo de *voyeurs*, correctamente sentados en sus butacas de terciopelo.

Pero su imaginación también tiene limitaciones y no va más allá de aquellas escenas que ha visto en algunas pelis alquiladas y en vídeos de Internet. Del joven de prácticas, no imagina nada. Es un estorbo entre Susan y él, como su jefe, al que, si se lo propusieran por un buen montón de dinero, le cortaría la cabeza sin pensárselo dos veces.

A Andy le gustan el footing y el manga que consume en grandes cantidades. La mayor parte del material lo compra a través de tiendas online. También el porno. La mayor parte de su sueldo se lo gasta en el alquiler de un

estudio y en todas esas *absortas* aficiones.

Andy rompió con su novia hace dos años y, desde entonces, está solo, vive solo y come solo. No ha podido encontrar a nadie como su exnovia y la odia por eso, aunque él fuera el culpable de la ruptura. La odia y ahora que lo medita fríamente, con su mesa llena de expedientes por cumplimentar, la mataría también por haberlo dejado en este desamparo, por no haberle consentido lo que la mayoría de los maridos de esta ciudad hacen los fines de semana.

Ahora que lo medita fríamente está claro que Susan debe ser una máquina del sexo. El tipo que salga con ella debe considerarse afortunado. Lo que daría por saber qué piensa cuando lo mira con esos ojos azules, tan poderosos por atractivos, capaces de seducir a cualquier hombre que se encierre en una habitación con ella durante media hora. Andy ha sido siempre muy torpe para descifrar la ironía y los juegos de palabras. Claramente Andy se siente desbordado ante el imponente físico de su compañera de trabajo y sus sutiles miradas que escudriñan con intención. Una vez que pasan diez minutos, un hombre se pone siempre nervioso con una mujer como Susan al lado. Lo leyó una vez en una revista de belleza.

Su novia estaba cansada de que Andy recorriera todos los clubes nocturnos de la ciudad, empezando por Paris Boobs, a las afueras de Forthon. No había nada malo en que fuera a tomar unas cervezas con unos amigos a esos clubes de carretera alguna que otra noche o que comprara porno por Internet como compraba también cómics manga y películas Anime. Además, Andy necesitaba otras distracciones, necesitaba más sexo porque su novia no hacía lo que otras chicas saben hacer con lencería de leopardo.

Susan sabrá hacer lo mismo que esas chicas con lencería de leopardo. Se le nota al caminar después de sorber el café frente a la máquina, al mover los dedos sobre el teclado, al echar la cabeza hacia atrás para estirarse sin

pudor, con un aire infantil y risueño. Hay una sensualidad tiránica en cada uno de esos movimientos, según Andy. El becario parece no darse cuenta de las perversiones que encierra el cuerpo de la sobrina del jefe.

Hoy es un día diferente.

Susan parece más alegre. Ha mordido el borde del vaso con más fuerza, insinuando que el fin de semana ha sido maravilloso. Sus ojos son otros. Aún más cautivadores y excitantes. Están matizados por un esplendor amarillo. Es una mujer realmente satisfecha, dueña del mundo que la rodea, orgullosa, una mujer que es consciente de que ha llegado a la máxima madurez de su belleza en pocos años, al grado de autoestima necesario para ilusionarse con alguien y con la vida en general.

Hoy todo es diferente. Susan lleva pantalón corto y unas medias rojas. Demasiado atrevida. Al final, Andy piensa, que es verdad: ella es una máquina del sexo. Qué bien le queda esa nueva blusa, perfectamente ceñida a sus pechos considerables, que no están operados, a diferencia de las chicas de Paris Boobs. No son senos rígidos y exagerados, sino abiertos, ligeramente caídos, pero con sensación de abundancia.

Susan ha reído al teléfono más de media hora y, en el aseo, se ha pintado las uñas de un rojo Hollywood. El becario también parece feliz, pero a Andy, que le cuesta interpretar las dobles intenciones, no sabe por qué. Desconoce qué se esconde detrás de esa sonrisa estúpida sobre su esbozo de barba. Un becario no merece ser feliz. De hecho, Andy odia que la gente sea feliz. Andy odia muchas cosas. No ha sabido prosperar. No ha arriesgado lo suficiente para montar un negocio propio y contratar a chicas como Susan que son máquinas del sexo y compran lencería de leopardo. La vida es demasiado corta y sabe que la ha desperdiciado y que su antigua novia, por ejemplo, es culpable, como también esos cuarentones que van al gimnasio a machacarse y visten como chavales de instituto.

El jefe ha llegado tarde hoy y no ha dado los buenos días. Andy ha ido varias veces al aseo. Siente náuseas. Los informes y los seguros fiscales se le amontonan en la mesa. El mundo ha dejado de ser hermoso, aunque la máquina de sexo no deja de ser encantadora y hoy está especialmente guapa. Susan no ha querido más café ni comentar nada con Andy de lo que ha hecho este fin de semana en un hotel con un chico que trabaja en las oficinas de la esquina.

“Da asco. Da verdadero asco”, piensa Andy mientras ordena su fichero y apunta los apellidos de los nuevos clientes. Se ha tomado un *Transilium* para ver si la ansiedad desaparece y ese dolor agudo que martillea su cabeza. No sabe aún cómo ha podido levantarse de la cama esta mañana. Parece que le hubieran dado una paliza con un bate de béisbol. Es la maldita alergia.

Susan, sin embargo, está feliz. Radiante. El piercing de su lengua roza sus labios recién humedecidos por el café largo que el becario le acaba de traer. Nadie puede negarlo; el chico es considerado. Ojalá pudiera asesinarla y también al becario que acepta un salario de mierda con esa sonrisa de mierda. Todas las sonrisas del mundo son una mierda. Andy compraría una Marakov de 9 mm. Como las que usan las mafias yakuza y les volaría a todos la cabeza. Se reservaría para el final a Susan solo por romper con el tópico: “Las damas, primero”.

A Andy le gusta Gantz y Black Lagoon y, cuando hace *footing*, se coloca sus auriculares y escucha a los Red Hot Chili Pipers. Es un grupo fantástico. No es demasiado armónico, ni demasiado estridente. Sus canciones marcan muy bien el ritmo a la hora de hacer *footing*.

Los lunes Andy sale de casa y corre por el Twin hasta el lago de la urbanización. A veces sube hasta el parque, donde manadas de corredores rodean la arboleda. Los martes suele hacerlo por el barrio, llegando al viaducto. Es peligroso pasar por allí a partir de las nueve de la noche así que, antes de llegar al viaducto, da la vuelta y regresa a casa corriendo a un ritmo

más lento, escuchando siempre “Californication”.

Los miércoles suele hacerlo nuevamente por el bosquecillo, cerca del parque, pero huye de los grupos de corredores. No quiere hacer amigos de esa clase, de los que tienen mujeres correctas, hijos correctos y llenan la nevera con productos *light* y sin gluten.

Hoy precisamente es miércoles y, mientras corre, está pensando en cómo matar primero a su jefe mientras suena en sus oídos “Aeroplane”. El mundo es odioso, sobre todo, porque esta mañana Susan parecía feliz de verdad y mucho más sexy. Seguramente, es la chica más guapa de la ciudad y eso es algo que Andy no puede controlar. Ni puede permitir.

Cuando corre y llega a esa increíble canción, se imagina frente a su jefe, no con una Marakov de 9 mm., sino con una taladradora. Y se imagina también que besa a Susan, que sorbe tímidamente esos labios que ella frunce con delicadeza al morder el plástico. Luego le atraviesa el corazón con una broca, fabricada con carburo de tungsteno para facilitar la perforación. El gesto victorioso de la cara de Andy permanece como un vago reflejo en las pupilas de la muchacha.

Sin embargo, eso nunca va a suceder porque, mientras Andy se detiene en la pendiente para hacer estiramientos, después de cuarenta y cinco minutos a un buen ritmo, siente la presión de una aguja en algún punto de su espalda. No es doloroso al principio. Sigue con los ojos cerrados, aspirando el aire limpio con la última canción del disco a todo volumen. Los cerezos en flor descenden desde el primer montículo y una neblina, con la claridad de la tarde, se eleva desde los arbustos que lindan con el bosquecillo.

Andy cae e intenta abrir los ojos, pero unos alfileres muy finos evitan que la luz, tan hermosa de esta tarde, lo seduzca por última vez. Mierda de día.

4

Edna

Los ojos de Edna recuerdan a los de un felino. Su pelo tiene un ligero tinte rojizo. Echa de menos tantas cosas. Es cierto que la soledad es más asfixiante en casa que en la lencería.

Afuera una claridad mortecina apura sus últimos rescoldos sobre los objetos. Ha tenido que encender la bombilla y a ella le gusta ahorrar en energía. Todo está en orden. Saca un yogur. De fresa con trocitos de fruta. Son sus favoritos. Y, además, los elige siempre de la misma marca. De hecho, pasa alrededor de media hora en el supermercado dando vueltas con la cesta antes de acercarse a la cámara frigorífica donde se encuentran los diferentes *packs* de sabores perfectamente alineados. La tía Hedges se quejaba continuamente de esas compras frugales, basadas en lácteos, bolsitas de té y bollitos.

La cisterna está rota. Ya la arreglará. Necesita estar tumbada y cerca de la cocina. No echan nada en la tele que le apetezca ver. Hace *zapping*

durante un rato. La noche es tranquila. Escucha el silencio en la calle. Se quita las zapatillas de deporte. Unas Nike que su hermano ya no usa.

La cisterna está rota, pero se las arregla porque lo que hace es llenar el cubo con el agua de la ducha y luego lo vierte en la fosa. Ahora no tiene dinero para pagar a un fontanero. Además, le da mucha pereza buscar en la guía. Y, no quiere que un desconocido entre en casa y, por casualidad, mire en el interior de la nevera. ¿Tanto trabajo para nada?

Las botellas de plástico se acumulan a los pies de su cama. El apartamento es pequeño, pero para la tía Hedges es suficiente. Cuidando de sus dos sobrinos desde hace más de cinco años, no se puede permitir otro alquiler.

Seguramente Edna hubiese preferido un piso en el centro, pero las cosas son así. Lo que más le cuesta es sobrevivir en esa rutina, pero ahora no se imagina cambiando de vida, aunque, en el fondo, quiere abandonar el pueblo. La poca gente que ha conocido habla maravillas del centro. Ella tiene una rutina que no le permite hacer amigos, pero se conforma.

Edna bebe siempre mucha agua antes de dormir. A veces, necesita levantarse dos y tres veces a lo largo de la noche para ir al cuarto de baño. Llena una y otra vez el cubo. Y, antes de acostarse nuevamente, se sienta sobre el colchón, escucha el cimbreado susurro de los árboles (cerca de Wellington Place) y vuelve a beber agua; litro y medio, sin gas.

¡Echa de menos tantas cosas!

La tía Hedges no anda. Se cayó por las escaleras que llevan de la cocina al sótano. Se rompió la cadera y la clavícula. Aunque la anciana nunca lo ha reconocido, no es que se rompiera la cadera con la caída, sino que, llegado el fatídico momento, sus huesos envejecidos no resistieron más y su cadera se quebró. Luego, su cuerpo rodó hasta el último peldaño. Edna aún recuerda esos gritos como maullidos.

No es bueno que un desconocido mire en el interior de la nevera. Así que, mientras pueda arreglarse con los cubos, no piensa telefonar a ningún fontanero. Se lo podría pedir a un vecino. Hay vecinos muy amables alrededor, pero también podrían mirar dentro de la nevera o bajo la cama de su cuarto. Mejor dejar las cosas como están.

Edna no pudo hacer nada por evitar la caída. Necesitaban unos troncos de madera para encender el fuego. Las escaleras del sótano bajaban en picado. En la época de las colonias, era costumbre construirlas así. Edna le dijo a su tía que no hiciera ese esfuerzo. Todavía no hacía frío suficiente para encender la chimenea. Pero la tía Hedges hizo caso omiso de aquellas palabras no queriendo aparentar debilidad o impotencia ante su sobrina que, con un top naranja y mallas de ciclista, permanecía tumbada en el sofá cama mirando la tele. La anciana odiaba esa actitud indecorosa de Edna y todas las acciones de la anciana siempre tenían un propósito: interferir en la indolencia de su sobrina.

Han dado las doce y media. Ha visto una película. Hace semanas que se pone la misma cinta. *Chloe*. Se ha aprendido todos los diálogos de Julianne Moore. Esta noche avanza por el pasillo con dos botellas bajo el brazo. No enciende ninguna luz. Ha masticado pacientemente dos de esos bollitos azucarados delante de la pantalla. La piel se le ha erizado. La cocina está cerca del salón. Le tranquiliza que esa distancia sea tan breve, sobre todo cuando piensa en lo que contiene la nevera.

Ha pensado incluso en dormir en el salón para no ausentarse durante la noche, para cerciorarse de que la nevera sigue ahí, con su flujo de frío que permite la conservación de los alimentos porque, en la nevera, no hay más que botellas de agua, yogures de fresa con trocitos de fruta y las fiambreras.

Prefiere permanecer a oscuras una vez que llega a su dormitorio, como esa amiga que tuvo en la universidad, Charlene Walters, quien apagaba la luz

para vomitar lo que había comido durante el día. Al principio, era una “pasada” para Edna; luego se fue convirtiendo en un problema cada vez mayor.

Con la luz apagada, repite los diálogos de Julianne Moore: “Antes hacíamos el amor tres veces al día. Luego pasamos a una vez por semana y, cuando nació nuestro hijo, ya no sabía cómo seducirte”. Se duerme, pero, sobre las tres de la madrugada, se levantará.

Hará lo de costumbre. Seguramente, vaya a la nevera y abra alguna de las fiambreras para asegurarse de que nada ha sido alterado. Beberá agua. Se mirará en el espejo del cuarto de baño. Y comprobará que ella tiene unos ojos felinos, transparentes y envidiables. Se morderá las uñas mientras orina. Pensará en cualquier cosa que eche de menos. Llenará el cubo en la ducha. Volverá a la cocina y cuidará de que las fiambreras sigan en la misma posición. Luego, beberá de nuevo y se echará sobre el colchón, cerrando sus preciosos ojos mientras las primeras luces asomarán por entre las terrazas.

Mañana volverá a hacer lo mismo. Una vez que cierre la lencería, comprará en el hipermercado un nuevo pack de yogures y luego, arrastrando los pies por la acera, regresará a casa. Mirará en la nevera y esbozará una sonrisa. Finalmente, memorizará nuevos diálogos de la película *Chloe* porque a Edna no le interesa demasiado el porno.

5

Monster lingerie

Edna tiene ojos felinos y ya no es una adolescente. Calza las deportivas de su hermano y lleva las mallas negras de ciclista que tanto le gustan. Afuera el sol no es templado y algunos árboles del parque reverdecen bajo la suavidad de una luz que, a estas horas de la tarde, acusa también el color gris y apagado de algunas fachadas.

Su tía la puso a cargo de la lencería hace un año. No dijo que no. Edna no tenía nada claro qué iba a hacer con su vida. Por lo menos, pensó, “ahorraré un poco para marcharme en el momento oportuno”. Pero las cosas no siempre salen como uno quiere y Edna es otro ejemplo claro de insumisión dentro de la familia, pues abandonó sus estudios universitarios en el segundo año.

Afuera el sol es templado y Edna ordena cajas mientras mastica chicle. Le gusta ordenar porque le ayuda a no pensar. Hoy, cuando cierre alrededor de

las siete, volverá al mismo hipermercado a comprar los yogures que tanto le gustan. Yogures de fresa con trocitos de fruta. A veces, no puede evitarlo y piensa en la posición de las fiambreras. Antes de salir de casa, ha echado un último vistazo en el interior de la nevera y todo era correcto.

Mastica chicle y ordena cajas porque le ayuda a no pensar. Acaba de ver al crío en la puerta, mirando el escaparate. No es Bloomby. Edna lleva una semana de perros. Cada vez entra menos gente a la tienda y su tía, desde hace meses, no pasa por allí. Así que la lencería es administrada por la sobrina que se encarga del dinero y de los pedidos. Hace lo que buenamente puede y, sin amigos ya, la vida de Edna es cada vez más solitaria. No quedan chicos de su edad por el barrio.

El crío, con su mochila al hombro, sigue mirando el escaparate.

Si el negocio sigue así, en septiembre tendrán que cerrar. Sabe que la tía Hedges no le echará la culpa de ese fracaso. Desde la apertura de la autovía, apenas llegan turistas y familias del centro. Abre otro chicle, lo huele, arrugando su nariz filosa. Luego se lo echa a la boca en una sola acción.

Ahora ya no ve al crío delante del escaparate.

Edna tiene ojos felinos. Su figura es delgada, tan delgada que se podría plegar en dos. Le gusta ponerse cada miércoles el top verde y dejar al descubierto ese vientre tan bien formado, con su *piercing* en el ombligo. No hace ejercicio como antes, cuando jugaba a baloncesto en la universidad, pero Edna come como un pájaro y así no engorda. Tampoco necesita mucho para sobrevivir así que la dieta consiste en alguna hamburguesa y en esos bizcochitos que compra en St. Louis, después de cerrar por la tarde, sin olvidar los famosos yogures que coloca uno a uno en línea junto a las fiambreras dentro del frigorífico.

Hoy Edna no está especialmente nerviosa y, mientras coloca las cajas en la estantería por hacer algo, claro está, observa que el crío ha entrado en la

tienda. A contraluz, no puede advertir detalles de su aspecto, pero algo en su interior le dice que el muchacho no sabe dónde se encuentra y que no es Bloomby ¿Qué demonios hace en el interior de una lencería? A no ser que quiera regalarle a su novia algún sujetador deportivo. Pero nunca se ha dado el caso, al menos aquí, en esta lencería que hace esquina con el Boulevard Brooks.

La puerta se ha cerrado por la inercia del peso y ahora Edna observa con intención. El crío es todo un hombrecito al que el acné pronto echará a perder esa cara afeminada e infantil que aún conserva.

El crío se ruboriza y no es extraño porque acaba de pedirle a Edna una peluca de mujer que ha visto en un maniquí del escaparate. La peluca roja, de corte *garçon*, es sintética. Pertenece al maniquí del centro, el que exhibe el body negro con aros y relleno. Edna sonríe antes de responder que las pelucas no se venden.

Una Voz que ella no puede escuchar le repite constantemente al crío: “Sácale los ojos. Las agujas entomológicas son ideales para esas pupilas azules, Paul. Tiene unos ojos preciosos”. El crío insiste con un tono de súplica, pero Edna advierte que esa música lastimera esconde una amenazante proposición. No se fía del crío. Le recuerda a alguien.

La Voz ha revelado a Paul: “Está bien. Que obedezca. Haz de chico bueno. Lloro, por ejemplo. A ver si se conmueve y te da la peluca. Si no te da la maldita peluca, ya sabes qué tienes que hacer. Sácale los ojos”.

Unas lágrimas resbalan por el rostro angelical de Paul después de bajar la cabeza y girar sobre sí mismo para dirigirse a la puerta. Edna ha detectado en la mirada, falsamente enternecida, del muchacho una afinidad que nunca ha detectado en otros clientes. Ni en nadie. Hay algo en la criatura, difícil de describir, con lo que ella se identifica. Escupe el chicle en la papelera y respira hondo. Algo la está conmoviendo. Tiene una ligera idea.

De hecho, ha salido del mostrador y ha calmado al crío que ha hundido su cabeza en el pecho de Edna. El perfume a suavizante de lavanda le ha recordado a Paul el aroma de otra mujer con la que vivió durante mucho tiempo. Un humo gris parece cerrar ese abrazo cuando, en el exterior, un taxi aparca y, después, pasa una señora con su caniche bailando entre sus pies. La señora lleva extensiones en el pelo y no se detiene en el escaparate de la lencería. Ni un leve amago de dirigir su mirada a los nuevos conjuntos de sujetadores importados de Vancouver.

Edna accede con un extraño sentido maternal y recoge la peluca del maniquí. La señora se pierde al final de la calle con su perrillo. El taxi está vacío y la calle también. De hecho, al entrar al escaparate, no escucha nada en el exterior. Hace tiempo que no escucha nada que no sea el runrún de la radio y el zumbido intermitente de la nevera.

Edna peina la peluca con intención de adecentarla. “Hazlo ya. No dejes que la toque así. Sácale los ojos a la zorra. Mira cómo viste. A tu madre no le habrías consentido tanto”, exclama la Voz dentro de su mente, pero Paul no obedece porque ve tanta amabilidad y tanto afecto en Edna al entregarle la peluca, con aquellas manos rosadas y de dedos puntiagudos.

Algo que ninguno de los dos podría expresar con las palabras adecuadas los ha unido. Edna reconoce que Paul es envidiable, tan envidiable como Bloomby, e inventa una historia de fracasos sentimentales con quinceañeras alrededor del chico que ha dejado de sollozar cuando se ha encajado la peluca en su cabeza dentro del vestidor.

Edna ha entrado con él al habitáculo y ha ayudado a ponérsela y, en verdad, Paul parece una niña delante del espejo. “No es aún Halloween”, comenta Edna sin apartar la vista del reflejo del crío que sonrío. Hay profunda satisfacción en Paul porque se va pareciendo cada vez más a Martina.

Edna es muy alta y el muchacho envidia esa estilizada figura.

Seguramente, en la adolescencia, tuvo que ser una niña delgada y frágil como quizá hubiera sido Martina.

“Para mí siempre es Halloween”, responde Paul con un tono alegre, recolocándose la peluca.

No hay música en la tienda. Ahora hace calor afuera y dentro. Alguien sube al taxi que toma la nueva salida hacia la autovía. El humo gris sigue alrededor de ellos. La Voz ha cesado de martillar la cabeza de Paul. Vuelven a abrazarse y el muchacho escucha los latidos de Edna. Rítmicos, sin ningún ápice de ligereza o ansiedad.

No ha entrado nadie en toda la tarde a la lencería, salvo el crío. El pasado martes sucedió lo mismo y no hizo caja. Pero la anciana no le ha recriminado nunca a Edna su falta de consideración con las clientas más antiguas, ni tampoco ese desapego continuo al negocio, como si fuese un trabajo temporal, que Edna piensa dejar en cuanto encuentre algo mejor fuera del pueblo.

Un Cadillac blanco acelera. No es frecuente que, en esa calle, los vehículos aceleren. Luego, pasan una ambulancia y dos coches de policía. Ella no se extraña, frunce su boca mientras el crío la abraza nuevamente y Edna se deja.

“Sácale los ojos, por favor”, regresa de repente la Voz a la cabeza de Paul. Pero todo es tan puro que Edna no se merece nada de eso, aunque sea muy fácil usar los alfileres contra ella, en esa posición indefensa, con los brazos alejados de sus senos y estrechando el leve cuerpo de Paul. Primero, le clavaría un alfiler en el abdomen, bajo el ombligo. Al quebrarse por la cintura tras sentir el dolor inmenso, le clavaría otro alfiler en uno de sus ojos azules y felinos. Al echarse hacia atrás, sujetándose la herida sangrante con una de sus manos, le clavaría una nueva aguja en el pecho izquierdo. No es fácil acertar en un cuerpo que se retuerce o tropieza.

Paul confía en la bondad de los desconocidos y, entre los dos, se ha producido un hermanamiento sin apenas palabras. Sencillamente se han encontrado y ha sucedido que Edna, muy amable, ha sido condescendiente con su petición. Parece como si ella reconociese en Paul esa necesidad afectiva de ser Martina, la niña que sus padres tanto deseaban y que nunca llegó a nacer.

Pasa otra ambulancia, pero ninguno de ellos parece alterarse. Están ensimismados y el abrazo continúa. “Esta tarde no han ladrado los perros de los Sadley”, susurra Edna en voz baja, pero él ya no está. Paul acaba de marcharse y tristemente Edna vuelve a la monótona espera, detrás del mostrador. Ordenará cajas de *Wonderbra* por tamaños. La semana pasada lo hizo por colores. Además de ordenar, le gusta limpiar. Que no haya ningún rastro de suciedad o de alteración intencionada de las cosas.

El muchacho camina. El muchacho lleva una peluca y ha memorizado una dirección. Podrá hacerlo todo antes de que anochezca. El calor es acuciante. No hace la temperatura agradable de mediodía. Arde el asfalto. Unos columpios vacíos retuercen sus sombras sobre los muros. Arde el asfalto y el muchacho camina. No merece la pena que suba a un coche. El domicilio está cerca, cerca del centro.

Debe hacer una visita a su tutora.

Paul se acordará con cariño de Edna, por mucho que la Voz insista en que regrese a la tienda para sacarle esos ojos felinos y azules. Arde el asfalto y el crepúsculo pierde su aura intensa y rojiza sobre las casas. Los árboles ya no reverdecen. Su consistencia se apaga con una escasa claridad que consume las formas que la luz promete en cada cosa.

Queda media hora para cerrar y ella tiene el dichoso presentimiento de que volverá a encontrarse con Paul algún día, siempre que la nevera no se rompa y se pudra lo que celosamente guarda en cada una de las fiambreras.

6

Catching Fire

La vida es más complicada que quemar una gasolinera.

Ella lo sabe y esa certeza estropea gran parte de su viaje, pues añade un punto de desequilibrio a su forma de ver las cosas que Splenter no acepta. Desde el suicidio de Mathews, se ha vuelto una persona demasiado escrupulosa. La carretera muere en la carretera. El desierto persiste a ambos lados de la lengua del asfalto como una alucinación enfermiza de la que nunca se va a librar por muchas veces que intente despertarse.

No se ha encontrado con ningún coyote en todo este tiempo. Echa de menos a los coyotes. Esos animales le recuerdan tiempos felices al lado de Mathews, pero Mathews ya no está y ahora poco importa que las cosas tengan significado. El origen y el sentido de las cosas de nada le sirven ahora que se encuentra sola y que ha matado a otro hombre. A punto ha estado de liquidar al

resto, incluso al niño bobo que miraba la jaula. El calor es insoportable.

El aire acondicionado funciona, pero, en ocasiones, se apaga de repente y tiene que abrir la ventanilla, y entonces la vaharada de fuego invisible penetra en el interior del coche y sus pulmones parecen llenarse de polvo y arena. Pero el desierto sigue siendo una alucinación y lo que importa es la carretera. Otro día que sigue viva con abnegación.

Hace meses que no va a la peluquería. A Mathews no le hubiera gustado verla así, tan desaliñada, pero Splenter conserva una belleza exuberante que la erosión del desierto, con su viento caliente y su canícula, no logra esquilmar. Es una mujer que aprende rápido, que mide bien los tiempos y que tiene recursos. Es raro que llegue a sacar un arma si puede defenderse con cualquier utensilio y esas habilidades, que son instintivas, que nadie le enseñó en la Facultad de Químicas, la convierten en un ser primigenio, propio de la orografía que el desierto revela.

La gasolinera no ha explotado. El niño bobo y alguien que se movía en el interior de la caseta siguen vivos. No es bueno pensar que siguen vivos. Hace dos años que no lleva el crucifijo al cuello. Splenter piensa que Dios es generoso con algunos desgraciados, pero que, en aquel momento cuando Mathews apretó el gatillo, Dios no estaba con ella y permitió que las cosas siguieran su curso, y que su novio se desangrara sobre la tarima de madera.

Ella no tuvo redaños para hacer lo mismo. Como Mathews, debía haber cargado el arma y haber mordido el cañón para que el disparo no cambiara de trayectoria tras apretar el gatillo. Ni siquiera hubiera escuchado la detonación como un eco sordo en mitad de la nada. Pero ahora no puede regresar a ese punto del espacio ni a ese momento. Esa imposibilidad la está volviendo loca como si quisiera continuamente resolver el mismo acertijo sin respuesta: ¿cómo acostar al sueño?

La carretera no tiene curvas y se pierde en la inmensidad de una

llanura sin apenas vegetación, donde el polvo de los siglos duerme sobre osamentas y chacales muertos de hambre, en avanzado estado de descomposición. Splenter los ha visto deambular y enloquecer hasta caer exhaustos. Nunca les ha disparado. Es consciente de la tortura de esos animales cuyo pellejo se ha fijado ya en las costillas.

Splenter deja que sufran. No es una creencia ciega. Por muy cruel que resulte y aunque ella no lo reconozca, es la excitación del que sabe que va a resistir frente a la criatura que ha de claudicar.

No quiere que la noche la sorprenda fuera de la habitación. Aún faltan unos cien kilómetros para llegar a su refugio particular. Los Sullivan la esperan ansiosos. Está cruzando el desierto y, cada vez que lo hace, es como acostar el sueño o explorar la infinitud, los recovecos de la misma alucinación.

Nadie espera a nadie en ningún sitio por aquí cerca.

Tiene la esperanza de que el niño bobo no sea hijo del encargado. Que la vida del niño que miraba las palomas no dependa del trabajo de ese tipo con papada grasienta que cayó al suelo envuelto en jirones de fuego. Pero lo más seguro es que el gordo sea el padre del muchacho y, ahora que lo piensa mejor, decide que no debe dejar que el muchacho muera como un chacal hambriento, rondando por la arena de varios siglos. El niño tiene que morir con el padre. De paso, se asegurará de que no quede nadie en la casa junto a la gasolinera. Porque seguramente había alguien. Una mujer. Una madre.

Ese pensamiento no la excita. Al contrario, parece sentirse observada y esa sensación le suscita algo parecido al remordimiento. Aunque no sea eso exactamente. Quizá, es el hecho de reconocer que, si Mathews estuviera vivo, nunca la perdonaría por haber dejado que un niño bobo muriera de hambre y de sed, así que, después de apagar la radio y de que el aire acondicionado vuelva a funcionar, gira bruscamente el volante y mete primera. El sol sigue en

lo alto. Si hay jaleo y policía, dará la vuelta.

Debe concluir el trabajo.

Últimamente se arrepiente demasiado de dejar las cosas a medias. Si vuelve a la gasolinera pisando el acelerador, seguramente pueda tener tiempo suficiente para regresar al motel antes de que anochezca. Acerca el coche a la cuneta. Frena y lo pone en punto muerto. Se quita el sujetador, sin quitarse la camiseta. Le duelen los pechos. Los aros han marcado su rosada piel. Los pezones están hinchados.

El maldito sujetador de *Chantelle* le va a dejar marcas en la piel durante días. Es cierto. Nunca ha podido ocultarlo. Le gustan sus tetas. A los quince años ya destacaba dentro del grupo de amigas. Le gustan sus tetas y también la Coca Cola Zero porque, al no llevar un acidulante como el E330 o ácido cítrico, el sabor es más suave que la Light y similar al de la Coca Cola original. Le gusta la Coca Cola Zero bien fría, a punto de la congelación, sin gas, escarchada. Le gusta la Coca Cola Zero y que los cristales de hielo se derritan con el calor de su lengua y, aun así, que el líquido acabe enfriando su pecho una vez lo ha tragado.

Se humedece sus labios con la punta de la lengua antes de emprender la marcha. Sus ojos redondos miran al horizonte. No hay más que una planicie de arena. La luz lo ocupa todo. El volante no se mueve y el motor apenas se oye. No es un mal coche y lo compró de segunda mano. Aún recuerda cuando Mathews le enseñó a conducir en aquel descampado de Forthon.

Las patrullas de policía tardan en cruzar el desierto. Splenter sabe que no puede cebarse con el niño bobo. No debe cebarse. El sol reverbera en la arena. Los desiertos forman la zona más extensa de la superficie terrestre: cincuenta millones de kilómetros cuadrados.

A Mathews le encantaban los niños.

Mete cuarta y luego quinta, y la carretera penetra en un cielo difuso,

con algunas nubes incendiadas. La gasolinera debe explotar. Lleva en el maletero lo que necesita: cargadores, cable, cuerdas de cáñamo, ropa vieja y el fusil.

En la nevera, los botes ya se están calentando. La Coca Cola Zero mata el hambre y no es mala para mantenerse en forma. Le gustan sus tetas y que el desierto no pueda lastimar su piel. Mathews besaba bien, pero nunca la miraba a los ojos.

7

Me gusta la carne de perro

Se ha cruzado de brazos como si estuviera agotada. Paul está frente a ella. La ha esperado en el saloncito, al lado de la mesa de té. Nunca ha estado antes en el apartamento de su tutora, pero todo le resulta familiar. Extático, con la peluca ladeada, escucha nuevamente la Voz. La tarde va cayendo y los objetos se apagan bajo una película gris.

No hay espejos en la casa.

La tutora pensó más de una vez que había hecho un buen trabajo con el muchacho, pero se ha equivocado. La adolescencia es compleja y ella, seguramente, no tiene la suficiente experiencia como docente para creer que, de la noche a la mañana, los muchachos cambian.

Sin embargo, no parece sorprenderle la visita de Paul; de hecho, intercambia unas palabras con él en las que confiesa que, de algún modo, lo

esperaba. —Hace tan solo dos horas que la tutora ha conocido la muerte del matrimonio y que Paul estaba desaparecido de casa. De Andy y del viejo Cusher apenas han dicho algo.

El polvo suspendido en el haz de escasa claridad acaba desintegrándose en la atmósfera de la habitación. Las personas no cambian al igual que tampoco algunas propiedades de la luz.

La tutora ha dejado las llaves cerca de una lámpara que suele encender antes de marcharse a trabajar. No hay cuadros en la pared. Es un apartamento alquilado y no ha tenido ganas de decorarlo. Espera pronto mudarse a una zona residencial que le permita ir en bici al trabajo. Ahora mismo no dispone del dinero suficiente para comprar muebles nuevos.

Hoy ha tenido que coger un taxi para regresar del instituto porque su coche, un Ford, sigue en el taller. Hace unos días, alguien le rajó las ruedas. Ningún compañero se ha ofrecido amablemente para acercarla a casa. La tutora no es antipática y, cuando se maquilla correctamente, resulta incluso atractiva. Pero, desde el primer día en el instituto, se percató de que no había buena relación entre los profesores del departamento.

Se ha quitado la rebeca gris. No tiene hijos. Se ha acostumbrado al hastío y a la pereza de la soledad. Podría haberse casado con aquel lector de francés, mayor que ella unos diez años, pero, a última hora, ella se echó atrás y el profesor le retiró la palabra. La tutora sospecha que es el profesor de francés quien le ha rajado las ruedas. No es la primera vez que le sucede.

La tele está apagada. Se escucha el tráfico que, a esta hora, suele ser frenético cerca de Portland's Corner donde cada domingo colocan un mercadillo de baratijas y electrodomésticos de segunda mano.

Sus largas piernas desfilan por el pasillo y Paul no le quita ojo. La tutora sonríe con un leve temblor de labios cuando le pregunta por la peluca. “En la cocina no había nada para comer, ¿verdad, Martina?”, repite la Voz

incansable en la cabeza de Paul. Ya no arde el asfalto y, en el exterior, pululan manadas de corredores, (todos menos Andy), y ancianos que se balancean sobre su mecedora compitiendo contra el desgaste inevitable de sus células.

La tutora, que creía haber hecho un buen trabajo, sabe que es inútil llamar a la policía. No hay tiempo. La puerta de la entrada está en el otro extremo de la casa. No sabe qué responder cuando Paul le pregunta: “¿Parezco Martina?”.

Los labios agrietados desdibujan algunas de sus facciones de mujer entrada en años, pero que se cuida. Suele caminar un rato todos los días, sobre todo, los fines de semana y tampoco abusa de las grasas en la cena.

Los miércoles la tutora sale tarde. A estas horas suele prepararse una ensalada con atún. Antes de que anochezca lee un rato. Prefiere la lectura de un clásico como D.H. Lawrence antes que cualquier otro escritor de reciente éxito.

Paul odia la ensalada de atún y que la respuesta de la tutora no cumpla con sus expectativas.

El viento caliente azota las persianas. Hay poca luz. Paul abre la mochila. La literatura de D.H. Lawrence combina el barroquismo exquisito de las descripciones con una profunda anatomía de la psique de sus personajes. La sangre del muchacho se acelera. La tutora se deja caer de nuevo en el sofá y exhala como si saliera humo de sus pulmones. En Portland's Corner no hace mucho compró la lámpara del vestíbulo y una pulsera de plata, seguramente robada a alguna familia del extrarradio, con impresionantes zirconitas engarzadas.

Paul reconoce a la tutora en algunos portarretratos. Cuando era pequeña llevaba coletas y un suéter azul que se repite en varias fotografías. Paul vuelve a preguntarle por Martina, pero no consigue arrancar ni una sola palabra de la tutora. La prosa de *Hijos y amantes* es una revelación de la

belleza de la forma que contrasta con la tragedia íntima de cada personaje. La Voz repite en la cabeza del muchacho: “Dentro de unos años, esta furcia será como tu madre y traerá niños al mundo”. En otra foto, la tutora posa con un señor viejo que cala una gorra de camionero.

(Un adolescente fue condenado el martes a tres cadenas perpetuas sin derecho a libertad condicional. El año pasado, el muchacho abrió fuego en la cafetería de una escuela secundaria de Ohio, dejando tres alumnos muertos y tres heridos).

A la tutora le interesa qué piensa en realidad su alumno, por qué no parpadea cuando la mira. Pero a Paul le basta que la Voz le indique nuevas pautas y procedimientos. Es cierto que la tutora no es un insecto, tampoco lo eran sus padres, ni el viejo Cusher ni el corredor de footing. Lo que le gusta de la tutora es ese aire de familiaridad que desprende a la hora de ganarse la complicidad de los alumnos más conflictivos.

Pero Paul no es un alumno conflictivo.

Un aroma a incienso flota en el ambiente. Las agujas están sobre la mesa del té, alineadas debidamente bajo la toalla gris. Aunque, quizá, se decante esta vez por el uso de las horquillas. La tutora no resiste su propia fragilidad, no soporta su propia rendición así que grita, pero Paul ha presionado sobre sus ojos con una mano que nunca tiembla, porque así lo exige la Voz.

El sofá ha sido tapizado con una felpa roja hace un mes. Nunca cesa el tráfico en Portland’s Corner. El apartamento con unos muebles nuevos y algunos cuadros de *art decó* sería hasta coqueto. Es un apartamento grande para una sola persona. Han sido solamente cinco minutos. La hemorragia ha manchado la felpa. Paul tiene hambre y, en la casa, no hay nada que le guste. Bebe agua. Agua con gas. Guarda las tijeras en el cajón de un mueble. Una vez escuchó que *su* sabor no es tan diferente a la carne de pollo.

Anochece. Vuelve a ajustarse la peluca y comienza a encantarle que la Voz se dirija a él con el nombre de Martina. Se ha puesto la capucha y arrastra los pies. Apaga la luz de la lámpara. Escupe al suelo. En sus ojos hay un vago brillo de satisfacción. Cierra la puerta con suavidad. Se despide antes de la tutora, levantando la mano derecha.

Se le ocurre que, antes de seguir con la excursión fuera de la ciudad, debe hacer otra visita. En esta ocasión, será a la tienda de golosinas que hace esquina con Padey's Street. Aún no habrá cerrado y le apetece mucho comprar bolas de chicle y unos caramelos de M&Ms que saben a fresa ácida y a nata.

El mes pasado, el adolescente de Ohio se declaró culpable de matar en febrero de 2012 a tres alumnos en la escuela secundaria Chardon. Los investigadores han manifestado que admitió haber realizado los disparos pero dijo que no sabía por qué lo hizo.

Sobre las nueve de la noche, Paul sale de la tienda de golosinas con el mismo sigilo que salió de la casa de su tutora. Ha tenido que jadear buscando el aire. Apenas ha conversado con el dueño y su hijo. Nunca han sido gente demasiado amable con los clientes. La tienda estaba demasiado desordenada. No la recordaba así.

Lo que parece no haber cambiado es el camino de arena por el que asciende en este momento hasta la colina, donde la ciudad, con sus parpadeos y cambios de luces de colores, resplandece conservando sus vestigios de hierro y madera. Iba a veces hasta allí en bicicleta con su querida madre, “con su querida furcia”, porque ella quería ganar fondo para su nueva tabla de ejercicios aeróbicos, no porque quisiera compartir su tiempo libre con el hijo. Nadie se ha fijado en él, aunque la Voz le repite que olvide el nombre de Paul para siempre. Porque ahora es Martina y tiene que dejar marchar a ese muchacho que espiaba a su madre en el umbral de la puerta y que acosó a Caprice Bonn hasta obligarla a matricularse en otro instituto.

Allí están los mismos arbustos y los mismos cipreses sobre los montículos. El camino se empina hasta un breve círculo de piedras lisas. Se encontrará bien en ese claro donde la lluvia reblandece el suelo. Pero hace mucho que no llueve y la ciudad bulle con sus luces allá abajo.

Escupe el chicle porque es hora de cenar y quiere descubrir que es un placer comer con las manos. El acto tiene un carácter primigenio que desconocía, así como chuparse los dedos después de la pitanza. Muerde. Seguramente así lo haría también Martina, aunque con bocados más pequeños.

Cierra los ojos y se acuesta sobre la hierba. En la ciudad brillan las luces artificiales. No hay estrellas en el cielo. Mañana se pondrá a caminar nuevamente. Nunca ha estado en el desierto ni en la Colina del Palatino.

Martina está cansada. Ya no tiene hambre. Lo que acaba de comer sabe mejor que los perros de los Sadley. Al otro lado de esa arboleda, descendiendo la ladera, hay un apartamento demasiado grande para una mujer soltera. Sí, es verdad. Quizá, también sea un apartamento demasiado grande para un cadáver al que le han sesgado la lengua.

SEGUNDA PARTE

No me gustan los lunes

1

Los yogures de Edna

No. Ha dicho que no y todos la miran. Mueve la cabeza de un lado hacia otro, de derecha a izquierda, y, una vez que se detiene, sus ojos se concentran en la etiqueta.

Edna puede pasarse varios minutos con cada *pack* de yogures, leyendo una y otra vez los componentes del producto y los beneficios que el consumo de lácteos aporta al crecimiento de los niños. Aunque sabe, porque ha investigado sobre el asunto, que hace doce años, más de doscientos niños de un campamento, al sur de Bogotá, resultaron intoxicados tras ingerir, junto a un *croissant*, yogures en estado de descomposición.

En el supermercado ya la conocen. Es la sobrina de Tía Hedges. Hay ofertas clamorosas en la sección de cárnicos, pero ella odia alimentarse de animales muertos. En general, odia los animales lo suficiente para no tener ninguno, aunque, por este barrio, todo el mundo tiene perros y gatos.

Ella se ha acostumbrado a estar sola, a ir de su casa a la lencería y a comprar en este hipermercado donde podría pasarse las horas muertas recorriendo una y otra vez los pasillos, memorizando los textos de cada envase. Sabe que tampoco debe estar mucho tiempo fuera de casa. Un corte de luz, nada infrecuente, podría estropear todo lo que hay dentro de la nevera.

Habla sola. Elige los alimentos y los productos de limpieza con sumo cuidado. Las empleadas del hiper no quieren problemas con Edna así que le permiten que esté todo el tiempo del mundo, con su top por encima del ombligo y sus mallas de ciclista. Es muy alta. Estuvo en el equipo de baloncesto de la universidad, pero lo dejó al poco tiempo, cuando la presión de los entrenamientos le pareció extenuante. Además, tenía que cuidar de su compañera Charlene. No podía abandonarla en aquel trance.

Suele ir caminando a todos los sitios porque las aceras del pueblo, a diferencia del campus, no están acondicionadas para que pueda desplazarse ágilmente con sus patines. Echa de menos el campus porque allí podía patinar en cualquiera de los accesos.

Ahora sus Imperial Pure están arrinconados en una esquina de la habitación. Son cómodos, con chasis de gran calidad, pero sobre todo cómodos y resistentes para saltos, escaleras *slides* y giros bruscos. Es una pena que Charlene le dijera aquello y todo el sueño se desvaneciera en un abrir y cerrar de ojos. Pero de nada sirve regresar al pasado cuando lo más importante en su vida está en la cocina. Dentro de la nevera.

Permanece extática, revisando letras y cifras. La composición del nuevo yogur que han anunciado en televisión ha picado su curiosidad. Lleva trocitos de manzana frita y una fina capa de nata entre la compota y la crema. Finalmente, encorva los hombros, agacha la cabeza y coge los yogures que agradecerán sus delicados intestinos. Desnatados con trocitos de fresa. Y luego, dos bolsas de bollitos que huele antes, pegando la nariz al plástico

agujereado.

Saben que la observan. No importa.

Es un bicho raro. Tal vez, por eso, no compra casi nadie en la lencería donde recibe cada mes unos conjuntos de braga y sujetador de importación europea que tiene que retirar siempre al final del trimestre, porque Edna no se molesta ya ni en vestir a los maniqués del escaparate para anunciarlos.

Hace mucho que no arregla los escaparates. Hay voluntad de desidia, de dejar morir las cosas y el negocio, ahora que apenas entra clientela proveniente del centro. A veces se prueba los conjuntos en casa. Si la tía Hedges lo supiera, montaría en cólera.

Las luces de las farolas tiemblan bajo su esbelta figura según camina en dirección a su domicilio. Siempre hay problemas en este pueblo con el fluido eléctrico. Por esa razón, no debe separarse de la nevera durante la noche; además, hoy ha decidido algo nuevo tras mucho cavilar.

Dormirá en el salón, mejor dicho, intentará dormir después de tomarse su yogur y mirar unas revistas de moda, las del mes pasado. Ella podría ser una de esas modelos que aparecen sobre el papel, disfrutando de la calidad de las prendas, con los ojos entreabiertos y sus siliconadas bocas, pero es demasiado alta y desgarbada, aunque no es fea.

Antes de acostarse, podría patinar por la casa con sus Imperial Pure de tonos azules. Así recordaría el campus y sus momentos efusivos con Charlene. Pero hay una clara voluntad por su parte de dejar morir las cosas.

Unos chicos, apoyados en un murete al otro extremo de la calle, la piropean. No son piropos obscenos. Aunque a Edna no le guste el porno, tampoco desdeña alguna obscenidad de vez en cuando -porque sentirse sucia a veces es afortunado, ¿verdad, Charlene?

2

Quince años

Ha dejado que ella se desnudara sola y que se pusiera la venda en los ojos.

En casa no saben nada. No deben saber nada. El Hombre le ha comido la boca un rato. Algo golpea las persianas. Están perdidos en una habitación en medio de una ciudad en la que la gente rebulle al mediodía. El escenario es una fría y geométrica habitación de hotel. No es la primera vez que el Hombre hace una reserva en el mismo edificio. Hay gente de su confianza trabajando allí y, por tanto, no hay por qué esconderse demasiado.

Splenter cumplirá quince años mañana.

A esta hora, algunos amigos están preparándole una fiesta de cumpleaños en Romeo Café's para que mañana sea un día fabuloso, que ella no pueda olvidar en mucho tiempo. Y seguramente lo será.

El Hombre ha traído un equipo de grabación bastante sofisticado. Tiene que aprovechar la oportunidad. Esta muchacha no es cualquier muchacha. No siempre se encuentra una “pieza” de este tipo. Así es. El Hombre suele escribir, al referirse a estas adolescentes que encuentra por la web, palabras como “piezas”, “moldes” o “vacas”.

Splenter no puede cubrirse los pechos con sus manos cuando se arrodilla delante del objetivo. Algo golpea en las persianas. Es una habitación con cómoda y alfombra roja de terciopelo, de las que arden enseguida. Las cortinas no están sucias.

El Hombre siempre le ha parecido inofensivo y digno de lástima, aunque estuviera podrido por dentro. Está convencida de que necesita afecto y mayor respaldo en su trabajo. Ella refuerza su autoestima y, en estos meses, es cierto que el Hombre ha sido más feliz. Quizá porque ella le ha ayudado a tomar decisiones vitales, aunque parezca que una niña sea incapaz de hacer algo así, tan determinante.

Splenter extraña la situación, aunque el Hombre, con un lenguaje metafórico, suaviza las órdenes y ella se pone a cuatro patas. Las paredes son blancas y hay un rumor de feria y tráfico al otro lado de la pared.

Un circo ha llegado esta tarde a la ciudad. Payasos, elefantes y malabaristas con su cara tapada reparten monedas de chocolate a los niños. Y a las niñas recién salidas de los colegios. Splenter muerde una pieza de cuero mientras deja que la cámara grabe, pero la cámara no está grabando todavía. No es el momento.

El Hombre no es demasiado joven. Pero tiene un aura de personalidad entregada y dicen las malas lenguas que atropelló a su mujer en la rampa del garaje. Nuca se pudo demostrar nada. Una planta grande de monstera y la alfombra con ribetes color verde manzana añaden un detalle elegante y orgánico al refrescante ambiente de la estancia.

Splenter entra en el juego. Hay miedo y fascinación en sus ojos redondos. Hay momentos en que enseña su dentadura de un blanco lechoso.

Sobre las sábanas, su cuerpo se arquea. Parece dócil. No es dócil. El Hombre parece tener el control de las cosas. Los tambores resuenan bajo la luz del atardecer. Se huele a pólvora. Luciérnagas poblarán los maizales al salir de la ciudad. Nadie olvidará el jaleo de este día.

El Hombre parece tener el control de las cosas y no tiene miedo porque otras niñas como ella han sido obedientes y cumplidoras. Algunas hasta han presumido entre sus amigas. A las que se han venido abajo les ha perdido la pista porque algunas, una minoría bastante significativa, optaron por suicidarse.

El Hombre tiene las espaldas bien cubiertas, aunque sabe que Splenter no es otra de esas quinceañeras de las que conoce en una página de contactos y que ha venido a él por su hipnótico halo de maestro de ceremonias.

Splenter, a contraluz, sueña con la turbulencia de las aguas y con la textura del cieno. Algo golpea la persiana. El Hombre, de pómulos hundidos y mandíbula recta, también se desnuda. Su cuerpo es escuálido aunque procura hacer ejercicio todas las mañanas. Es un buen nadador. Siempre ha sido un buen nadador. Batió algunos records en algunos campeonatos entre universidades. Algo golpea la persiana y permanentes sospechas recíprocas están enrareciendo la atmósfera del cuarto.

Splenter no recuerda que la gente se lo pasara tan bien en las calles. Mamá le habló de la visita del candidato Bob hace quince años y de cómo la ciudad se engalanó para recibirlo. Mamá aún guarda banderitas y carteles. Todo es espléndido y mañana celebrará su cumpleaños. Sus amigas estarán celosas y los chicos solamente querrán bailar con ella.

El circo ha traído seres deformes y enanos que imitan las voces de todos los presidentes. Y ella, a merced del Hombre, deja que el acero vaya

marcando algunas zonas de su piel. Algunas incisiones en los muslos pueden dejarle cicatrices para siempre. Entra en los planes esta clase de excesos y, además, ella busca la pureza en ese ritual que los dos han organizado. Cuando Splenter le pregunta al objetivo de la cámara si el Hombre sería capaz de arriesgar su vida por ella, no obtiene ninguna respuesta.

Ladran perros en la cabeza de la muchacha como ladran perros en la cabeza de todas las muchachas que han entrado en esta habitación con el Hombre. Una habitación con cama de plumas y ducha tipo lluvia. El gerente del hotel lo ha consentido como ha consentido otras tantas cosas sobre las que no interroga y que basculan entre la depravación y la delicadeza.

La piel de su cuerpo no puede estirarse más. Siente una quemadura en uno de sus senos. El Hombre disfruta como un niño y ella, pensando en la turbulencia de las aguas, cede y siente la asfixia porque los nudos corren y el cuero le ha secado la boca y la garganta.

Si preguntáramos por Splenter a alguna de sus amigas del equipo de fútbol Swaney respondería lo siguiente: es tranquila, reservada y muy inteligente, aunque no demasiado sociable. Seguramente alguna añadiría que sus pechos son la envidia del instituto, incluso, entre las de cuarto curso.

El cuero le está secando la boca. Escucha las risas. No están afuera ni en el interior de esa lujosa habitación. Están dentro de su cabeza. Los fuegos artificiales alumbran los estertores del día. El Hombre se vence al instinto y se sienta encima y presiona el vientre de Splenter con uno de sus puños. Ella se ahoga y gime. Algo golpea la persiana.

La diferencia entre luces y sombras es muy significativa y las líneas que las separan son muy nítidas. La imposibilidad de ver la cara del Hombre agrava la sensación de aislamiento y de angustia.

Es una buena estudiante. Nunca ha dado problemas en clase. Sus padres no tienen queja. Están orgullosos de que vaya un curso por delante del

resto de los alumnos de su misma edad. Los vecinos la miran con envidia y sólo tienen palabras amables para ella.

Algo golpea la persiana y el Hombre le hace daño y no le dice nada sobre si en serio arriesgaría su vida entera por ella. Las bestias del circo duermen intranquilas en sus jaulas después de haber devorado carcasas y vísceras hervidas. En la última evaluación psicológica, Splenter obtuvo la mejor puntuación de todo el instituto. Hay matriculados alrededor de mil quinientos y ella destaca, y es una belleza.

Se ha deshecho de la venda.

El hombre golpea y el acero escarba en la carne del muslo. Un elefante blanco, intentando subir la estrecha escalera de caracol, es lo que Splenter descifra entre tanta inmundicia al abrir sus ojos inyectados en sangre. Así que, cuando el Hombre introduce su lengua en la boca de la presa, ella muerde con la rabia y la repulsión. Y no es suficiente con una sola vez.

Sobre esta habitación hay que decir que el diseño original de blanco sobre blanco de Philippe Starck ha sido realzado por Tim Andreas de Banjo con ricas texturas, detalles etéreos, sublimes, y con una sutil ampliación de la paleta de colores. Es un espacio intemporal y ella vive en esa intemporalidad desde que quedó con el Hombre por primera vez a escondidas. Le gustó tanto que repitió.

Splenter secciona y mastica. Era el momento que estaba esperando después de tantos escarceos y palabras envenenadas a lo largo del último año. Esta tarde se ha desnudado para el Hombre que se muestra más ansioso que en otras ocasiones. Ya estaba harta de llevar esa doble vida y de que, de alguna manera, él fuera tan blando, tan poca cosa, porque el dolor que le infligía con los metales y las fustas no era el suficiente.

Mañana es su cumpleaños y acudirá al Romeo, desconocedora de todo. Habrá confeti y globos color pastel barriendo el suelo, y ponche y esa nefasta

música comercial que en nada cambia el mundo. Se pondrá la blusa satinada y unos vaqueros ajustados. Sonreirá como le ha enseñado el Hombre delante de su cámara. Una sonrisa tímida, sin languidez en los ojos, pidiendo perdón a quienes no soportan que niñas como ella no hayan nacido con las caras desfiguradas.

El Hombre ha contemplado con todo lujo de detalles su cuerpo aún por acabar. Ella tiene quince años como el resto de las niñas que aparecen en esos archivos que estuvo obligada a descargar y a reenviar a otros ordenadores diseminados por el continente. Cuando apareció por primera vez en aquella cafetería, el Hombre supuso que nada volvería a ser igual si Splenter dejaba hacerse.

Ella, que escucha los ladridos y sueña con la turbulencia de las aguas, lo intentó envenenar varias veces, pero el maestro era astuto para esquivar la muerte, para no devanarse los sesos con la sospecha. Quizás, fue un hombre con suerte durante un tiempo.

Una vez, Splenter le clavó un tenedor en la mandíbula, pero el Hombre no afeó siquiera su rostro quemado y la perdonó, pero le exigió a cambio que continuara con el cuero en la boca toda la noche.

Hoy es diferente. El circo ha llegado a la ciudad con sus monstruos auténticos y sus primates enjaulados. El Hombre ha muerto desangrado como consecuencia de treinta y tres puñaladas. Splenter se ha entretenido y no ha sido nada pulcra ni decorosa. Todos los detalles de esta habitación reflejan lujo y están diseñados pensando en el huésped, incluidos los espejos flotantes grabados.

Antes de ducharse ha limpiado lo que ha podido; además, ¿quién va a sospechar de una niña a punto de cumplir quince años? Tiene una extraña sensación; como si los objetos que hay a su alrededor se estuvieran evaporando. Nunca se ha vestido con un cadáver en el suelo y con otro, tres

pisos más abajo, sumergido en agua tibia.

Ella ha salido con su camisola y sus vaqueros. No hay rastros de pólvora en la atmósfera ni se presiente su olor característico. No hay sol. Un eco sobrevive a lo lejos aún. El circo habrá llegado al recinto y sus lonas de colores, extendidas por el suelo, marcarán el inicio del festival.

El gerente del hotel permanece en la bañera con una dosis de cloro e insecticida corriendo por sus venas. A Splenter le han ayudado. Ha sido el Hombre quien luego, mirándola a los ojos, le ha suplicado que le acompañara a su habitación favorita. Durante la sesión de fotos, Splenter ha asumido valientemente su rol de víctima y su rol de verdugo.

La habitación fue un refugio de paz en medio del bullicio que significa esta ciudad cuando se acerca el verano. Mientras lo acuchillaba, el Hombre ha sido definitivamente feliz. No ha luchado. Por fin, accedía a otro estadio de máxima belleza y de placer, lejos del mundo material y de la ansiedad que produce estar huyendo continuamente de la policía.

La ducha le ha aclarado algunas ideas a Splenter, porque, pasado mañana, a sus quince años, se presentará a subir nota en Física. El nueve no es difícil si se concentra y le preguntan por termodinámica. El tema sobre fluctuaciones también lo lleva muy bien. Mañana también celebrará su cumpleaños y la vida volverá a estar teñida de un rosa chicle.

Splenter se ha perdido el desfile. Volverá a casa y buscará ser feliz como la gente normal. Más egoísta. No deberá ser tan generosa como lo ha sido estos últimos meses. Y ya ha empezado. Por ejemplo, no se ha llevado la cabeza y las manos en la bolsa de plástico tal y como el Hombre y ella habían acordado.

Mamá no preguntará dónde ha estado todo el día. Confía en ella. Sabe que es una chica madura, con los pies en la tierra. Los animales del circo descansan sobre su estera de broza y paja. Al acostarse, Splenter se acordará

del Hombre, y el frío encogerá su cuerpo alado, bendecido por la incomprensión y por la pureza de los aceros.

3

Si despertaras sin manos

¿Por qué no hay cicatrices, ni verrugas, ni quemaduras en los cuerpos de las modelos de ropa interior? ¿Por qué? Edna persiste en esa pregunta cuando revisa los catálogos sobre el mostrador.

Hoy ha conocido la muerte de una familia que regentaba una gasolinera al norte de Forthon y que hay que reducir el consumo de carne roja, pero sin llegar al vegetarianismo. En la gasolinera no había cámaras de vigilancia y no pasaba un alma por allí. Hay un niño entre los muertos y un hombre calcinado. Encontraron a la madre con la cabeza dentro de la picadora de carne. Quien fuera el asesino también le había clavado varios alfileres en el vientre.

Hace dos días, cerca de allí, asesinaron a un matrimonio en su propia casa, a un anciano y a un corredor de *footing*. Sospechan del hijo de la pareja, un quinceañero con denuncias de acoso escolar. Edna cae en la cuenta. Lo tuvo entre sus brazos y le regaló una peluca. El chico no se parecía a Bloomby,

pero era también encantador y le recordó a alguien. Edna no va a llamar a la policía. No quiere meterse en más problemas. Los últimos meses han sido agotadores. Ha sido interrogada varias veces y no quiere volver a pasar por lo mismo. Es mejor que las cosas sigan su curso y que ella no se entrometa. Si Tía Hedges, se enterara de todo esto, la pondría de patitas en la calle. Aún no ha reunido suficiente dinero para marcharse al centro.

Edna nunca ha usado una picadora de carne. No es su estilo. Ni se le hubiese pasado por la cabeza. Una vez grabó un vídeo en el que, entre otras muchas noticias, una joven de veintinueve años había perdido cuatro dedos de la mano izquierda mientras picaba carne en un pequeño establecimiento de Conney. Los bomberos tardaron unas dos horas en desmontar la máquina para liberar lo que le quedaba de la mano. La joven tuvo que ser dormida.

Edna no sabe que las picadoras de carne más seguras son aquellas que incorporan el elevador de columna y que producen menor calentamiento durante el picado. Hay ferias en todo el país sobre trituradoras de carne y sobre hornos de cocina.

A Edna le gustaría estar en el lugar de esa muchacha. ¿Qué pasó cuando la joven despertó en el hospital y quiso mover los dedos? A la tía Hedges no le gusta nada que su sobrina pierda así el tiempo, leyendo y subrayando noticias sobre el mostrador. Las clientas pueden llevarse muy mala impresión.

Bloomby, el hijo de los Walters, le entregaba a Edna una vez por semana un lote de revistas de moda a cambio de dinero para cigarrillos. Luego salía silbando por la puerta con las monedas en el bolsillo. Es cierto que la señora Walters acumulaba decenas de estas revistas y que su marido, obsesionado con la caza y jubilado, no decía nada al respecto, ni tampoco sobre los suspensos y las compañías de su hijo.

Bloomby era perezoso en el colegio, pero siempre tenía una sonrisa

para todo el mundo, incluso para Edna quien cumplía religiosamente con el pacto cada viernes.

A Charlene también le gustaba leer esta clase de noticias sensacionalistas y morbosas. Edna, reacia al principio, acabó accediendo. Bromeaban, buscando parecidos con conocidos del campus. Pero, en el campus, no había rostros como en esos reportajes a doble página y en color tan maravillosos. Eran los tiempos felices de la universidad, antes de que Edna acabara conviviendo con Tía Hedges y regentando la lencería sin voluntad de que el negocio mejorara.

En la madrugada de un sábado, durante más de una hora, se estuvieron mofando de la foto de Jeffrey Weise, el joven de dieciséis años que, en menos de tres minutos, descargó cuarenta y cinco disparos que segaron la vida de cinco alumnos, un profesor y un guardia de seguridad.

“Con esa cara de oso panda y ese suéter negro, qué iba a hacer nuestro Jeffrey”, comentó, con una risa silenciosa, Charlene, mientras Edna, pegada a la pared, cerraba los ojos y simulaba una masturbación, bromeando que el gordo la excitaba.

(Los grandes consumidores de carne de beicon, salchichas y hamburguesas congeladas incrementan un dieciocho por ciento su riesgo de fallecimiento solo con ingerir cincuenta gramos diarios). Jeffrey, con aquella papada cebada a hamburguesas, habría reventado ya en la cárcel.

A Edna lo que más le gustaba de Charlene era esa sonrisa cándida y sincera que nunca afeaba el óvalo de su cara, ni sus rasgos característicos: sus mejillas planas y lisas, su piel tostada y aquellas cejas sin apenas grosor sobre unos párpados temblorosos que una amiga del instituto le había enseñado a maquillar.

A Edna lo que más le gustaba de Bloomby era esa mirada pícaro, llena de luz, que, a diferencia de la suya, estaba exenta de dolor y recogimiento. Por

no hablar de esos carrillos redondos con los que Bloomby masticaba chicle y esos tobillos gruesos sobre los que se apoyaba su contraído cuerpo y también su barriga.

A Edna siempre le han gustado los melodramas y las películas románticas, donde aparecen jóvenes actrices, con un aire de fragilidad congénita. Le recuerdan a Charlene. Edna nunca se ha descargado porno, aunque el hecho de sentirse sucia tampoco le parece tan grave cuando se está sola tanto tiempo.

Cuando llegue a casa esta noche mirará en la nevera y respirará con alivio. Elegirá un yogur mientras la luz del interior reflejará su flaco perfil. Además, abrirá una de las fiambreras y ese momento borrará el hastío de toda su jornada en la lencería.

La energía fluirá.

Las fiambreras son la vida, y el recuerdo del pequeño Bloomby caminando, con sus pantalones caídos, entre maniqués vestidos de *Chantelle*. No se puede pedir más a la vida y se siente feliz cuando, al recostarse, en el sofá escucha nuevamente la leve voz de Juliane Moore.

Dicen las autoridades que Jeffrey Weise no dejó de sonreír en ningún momento tras disparar a sus víctimas.

A ver si vuelve a pasarse Bloomby por la lencería. Edna sabe que necesita más reportajes que describan jóvenes que se mutilan con trituradoras de carne.

Las fiambreras están colmadas y Edna nunca consume carne roja.

4

Thelma y Louise

Splenter sigue húmeda.

Antes de llegar a la gasolinera, piensa en Mathews y en sus manos fuertes y trabajadas. Era soldador en una pequeña empresa a las afueras de Forthon y no tenía grandes aspiraciones en la vida. Era precisamente esa falta de ambición lo que más le atrajo de él y también aquellas manos.

Splenter no ha subido la ventanilla. Pronto el aire acondicionado dejará de funcionar. Además, le gusta respirar ese aire lleno de polvo blanco que, durante miles de años, el viento ha desprendido de las rocas y ha ido depositando sobre la llanura. Es uno de los lugares más secos del planeta y, en algunas zonas, la ausencia de vida, es total.

Esa sensación de acabamiento y de eternidad al mismo tiempo es la que hace de Splenter una superviviente innata. Divisa humo. Es cierto que

alguien se le ha adelantado. Mete tercera, mete segunda y luego primera. El motor del coche apenas ruge. Mantiene el tacón suavemente sobre el pedal del embrague.

Los escasos árboles que están fijos en el paisaje no tienen hojas. Una luz centelleante se agita tras los montículos. La gasolinera está ardiendo y una figura camina en dirección al coche. La carretera es una senda inescrutable y definitiva.

Mathews prefería siempre cerveza y tenía por costumbre desparramar una lata sobre la arena del desierto. Luego se besaban antes de subir de nuevo al coche. A Splenter le encantaba que el aliento de Mathews oliera a alcohol y que sus manos rodearan su cuello con una violencia fingida. A ella le costaba respirar y, aun así, su escaso aliento susurraba toda clase de obscenidades al oído de quien la empujaba a un destierro compartido con tanta sinceridad y con tanta inspiración. Mathews no era el Hombre porque era mejor persona y nunca le haría daño, aunque no buscara la pureza.

Cada fin de semana, visitaban el hotelito que era propiedad de unos parientes lejanos de Mathews. La señora Sullivan preparaba los bocadillos y café para que no tuvieran que salir de la habitación durante el fin de semana. Y nada podía cambiar el sino de las cosas. Eran felices así. Extremadamente felices. Ninguno de los dos parecía albergar serias dudas hacia el otro. Pero cada palabra, cada gesto, cada gemido no eran más que otro espejismo en ese infinito misterio que el desierto evocaba por sí solo.

El señor Sullivan era muy amable con Mathews. Juntos en el porche, tomaban café. Era un café helado. Amargo. Solían conversar sobre neumáticos y motores mientras Splenter, en silencio, como ausente del mundo, se dejaba acariciar las manos por la señora Sullivan en un gesto de reconciliación consigo misma.

A veces, se reunían por la noche en el patio trasero de la casa

principal. Porque, una vez que pasaban los meses de invierno, el calor era insoportable dentro de las habitaciones y afuera, con la brisa templada, los cuerpos dejaban de sudar. La fila de pequeños apartamentos quedaba cerca de una vieja torreta derruida. Se podían escuchar los coyotes bajo la incisiva luz de la luna bordeando los relieves.

El matrimonio no había tenido hijos y lo vivían como una desgracia, aunque nadie lo hubiera dicho abiertamente por lo unidos que estaban, dedicándose afanosamente a sus obligaciones con la pequeña granja que habían construido. Aquella pareja de jóvenes eran la alegría para los Sullivan. Al fin no estaban solos y, en cierto modo, Splenter y Mathews llenaban el vacío afectivo que los dos ancianos habían arrastrado durante años al no poder formar una familia. Pero alguna clase de fortuna, no Dios (Dios, según el señor Sullivan, les había negado los hijos), se había congraciado con ellos, ofreciéndoles la posibilidad de velar por aquella pareja que se amaba todos los fines de semana, intensamente, allí donde la carretera era enterrada por una marea de polvo al atardecer.

Mira por el retrovisor. Todo está tranquilo. Aunque el cielo se ha incendiado en llamas de un rojo sangre que ascienden desde lo que, hasta hace poco, era una gasolinera. Splenter bebe Coca Cola Zero. Huele el forro del sujetador que acaba de quitarse. Frunce la nariz. No le gusta sudar ni que los aros le dejen marcas en los senos. Tendrá que volver a aplicarse la crema alrededor de los pezones.

La figura, que está más cerca, lleva una mochila. No es alguien que destaque por su altura, sino todo lo contrario. No mide bien las distancias porque la carretera está cubierta de una película de calor invisible que difumina cualquier presencia a lo lejos.

Splenter saca el arma de la guantera. No se fía de la gente que camina de ese modo, pausado, manteniendo el equilibrio con más de cincuenta grados

afuera del vehículo y con llamaradas de fuego a sus espaldas. Además, no hay en su forma de caminar ni un solo atisbo de ansiedad, ni la mínima intención de huir.

El arma que Splenter mejor maneja es una Pink Lady. Aún recuerda el anuncio en la web: “Con este atractivo revólver fabricado por Charter Armas, las mujeres estarán más protegidas que nunca”. Sobre todo, a Splenter le gusta su reducido peso y el aspecto inofensivo bajo el que se esconde un revólver fabricado en aluminio aeronáutico 7075.

La figura no tiene la intención de detenerse.

Un creciente peso imaginario sobre sus hombros pone en alerta a Splenter. Conoce esa sensación. Es uno de los primeros síntomas antes de las palpitaciones. Conoce esa sensación y otras peores, pero insustituibles, como así sucedió el día antes de cumplir sus quince años.

Sabe que está ante un igual y que un mismo destino desarbolado marca también la vida de quien camina por la carretera con paso firme. Podría recular y dar la vuelta con el coche, pero Splenter necesita conocerlo. En efecto, necesita aferrarse a esa ilusión personal que la mantiene con vida y desear que otra vena de agua comience a discurrir en su monótona y desquiciada existencia desde que Mathews la abandonó.

Splenter se pone unas gafas de sol. Son unas gafas de oferta que regalaban con las últimas botas que compró en los almacenes de Bristol Square. El fuego del combustible produce una continua exhalación de fulgores violáceos. Parecen fuegos artificiales y está convencida de que todos los que se encontraban en la gasolinera han muerto.

La figura menuda camina hacia el coche.

La Pink Lady molesta muy poco a la hora de transportarla en un bolso, pero Splenter nunca lleva bolso. Lo que le atrae de verdad es que es un revólver tradicional con un cañón muy corto, martillo tipo espuela y puntos de

mira fijos. Así lo describían en la página web. Así justificó Mathews la elección del arma. A ella le hubiera gustado llevar una vida tradicional con su novio. Los Sullivan son un buen ejemplo.

Es un arma silenciosa y no deja marcas en las palmas de las manos. La culata es firme. Cinco balas caben en el tambor. Y, entre disparo y disparo, apenas pasan dos segundos. No se le puede pedir más por ese precio.

Splenter hace prácticas con frecuencia en el desierto. Ha aprendido a disparar a oscuras, educando la intuición a fuerza de repetir y repetir. Mathews la enseñó. Al principio, necesitaba recuperar el aliento después de cada disparo. Después, fue reduciendo hábilmente los tiempos según transcurrían las semanas.

Aquella muchacha de quince años, que salió del hotel sin las bolsas de plástico, quizá, habría aprendido más rápido. Ahora, a sus veinticinco, y, sin Mathews al lado, se ha refugiado, no en el miedo, sino en una especie de ansiedad extrema, para protegerse de sí misma, para evitar que asome aquello por lo que existe en realidad y que inexorablemente acabó con el Hombre después de treinta y tres puñaladas.

El cielo, como consecuencia de la humareda, adquiere un tono plomizo. Las llamaradas de la gasolinera no cesan. Emergen de la tierra como un extraño fenómeno geológico comparable a la erupción de los volcanes. La figura está más cerca y Splenter adivina su perfil infantil con ojos incrédulos.

Los botes de Coca Cola Zero sobre una piedra saltan cuando el proyectil atraviesa la fina película de hojalata. Cinco balas caben en su tambor. Mathews dijo una vez que los botes son la mejor diana para afinar la puntería. Destacan sobre el fondo arcilloso de las montañas y sobre el fondo blanco del desierto.

La niña ha llegado a la altura del parabrisas. Mira en el interior del coche. No ha comido lo suficiente estos últimos dos días y le suenan las tripas.

Jamás pensó que hiciera tanto calor en el desierto. Pensaba que era cosa de las películas. Sus padres nunca la llevaron a sitios como el Gran Cañón.

Splenter no se mueve. La radio del coche no está encendida. La tapicería no está limpia y a Paul le fascinan esos coches recién salidos del lavadero y en los que uno de los trabajadores más jóvenes, para impresionar a los propietarios, se ha empleado en eliminar devotamente hasta la última mota de polvo sobre los asientos.

La niña lleva una aguja de molde en la mano izquierda y una mochila a la espalda. Huele a fuel quemado en el aire. Splenter se percata de la peluca que lleva el muchacho y descubre, además, indicios de burla en su rostro ahumado.

Paul no se ha pintado los labios. Se ha dado cuenta cuando ha visto la preciosa boca de Splenter. Martina no quiere separarse del instrumental así que guarda la aguja en una funda lisa y gris. La mochila que carga a su espalda tiene manchas oscuras y no gotea.

A Martina le gusta que la mujer que conduce no le haya dado importancia a su apariencia extraterrestre, a su entusiasmo vital tras haber asesinado a varias personas en la gasolinera. En efecto, es algo parecido a su encuentro con aquella muchacha desgarbada de la lencería.

La luz centelleante ha desaparecido tras los montículos y el pulso de Martina se acelera, porque también hay varias cosas que no le gustan, como que el coche se detuviera en dirección a la gasolinera y que la conductora, con un brazo ligeramente arqueado sobre el volante, sujete un arma sin amenazar primero. Demuestra que quien conduce sabe demasiado y conoce el don de Paul y Martina, aquel don que su madre no supo ver salvo poco antes de morir.

Pero las dos tienen la sensación de que ese encuentro no es casual, sino que debía producirse en ese instante, en ese lugar ajeno al mundo. Están predestinadas y su historia es real, otra historia real, piensa Splenter cuando

baja la ventanilla de al lado. Es otra historia real como la de su novio Mathews, quien se levantaba todas las mañanas a hacer la tabla de gimnasia y comía despacio, masticando hasta veinte veces cada bocado para no engordar. En el trabajo, Mathews no destacaba, pero era voluntarioso y el jefe contaba siempre con él para los encargos.

Una foto de Mathews salió en la prensa local porque, hace dos años, un grupo de hombres dirigido por él remataron la construcción de una central hidroeléctrica en un tiempo récord y el alcalde de Forthon los felicitó. A Mathews le gustaba *Korn* y esa turbia canción que dice en uno de sus estribillos: “I am hoping I can find where to leave my hurt behind”.

La camiseta ceñida de Splenter marca la desproporcionalidad de sus pechos. Hay un bote de Coca Cola Zero vacío sobre el salpicadero. La niña sonrío sin sinceridad. Y Splenter habla cuando una ola de polvo se levanta más allá de los cerros. Las llamas son abundantes y la columna de humo negro, incesante, se entrega al infinito.

—¿Había un chico bajo un árbol?

—Sí —contesta Paul, sin que la Voz diga nada en su cabeza.

—¿Había alguien más?

—No, solamente el chico.

—Miraba las palomas de una jaula —dice Splenter con tono sereno.

—Solté las palomas.

—Eso está bien. Pero sé que había alguien más. Alguien se movía dentro de la casa —añade Splenter, jugando con la Pink Lady entre sus manos oscuras una vez que ha separado su cuerpo del volante.

—¿Sabes cómo demonios he llegado al desierto? —pregunta Paul, arrugando la nariz y aspirando el aire con la boca.

La mujer parpadea y el niño con peluca mira a lo lejos. Unos caballos salvajes arramblan con los montículos. El olor a materia oxidada es

intenso. La combustión entre el cielo azul y la tierra movediza se interpreta como una conexión entre dos mundos opuestos, ahora que Paul es Martina y sus ojos hundidos, contagiados por el éxtasis de los fuegos artificiales, exploran la inconsistencia de un mundo al que tiene que sobrevivir como sea.

—Sube al coche ahora mismo. Aquí no hay nada más que hacer.

—Una mujer. Había una mujer. El gordo era ceniza y yo jugué con los insectos —asegura Paul, obedeciendo a la Voz.

—Voy a girar. Sube al coche. No me gusta repetir las cosas.

—Mi padre nunca me construyó una cabaña en el árbol del jardín, ¿sabes?

Una nueva explosión volatiliza el resto del saledizo y otras cubiertas de metal. La casa arde y también el discreto árbol donde el niño bobo miraba las palomas a la sombra.

El tambor de la Pink Lady tiene capacidad para cinco balas. Es ligera y manejable, pero, para algunos expertos en armas, tiene peor consideración que la Smith & Wesson modelo 637^a. El retroceso de una Pink Lady es mayor, pero ese detalle no es un inconveniente para Splenter.

La carretera lisa se hunde en un cielo incandescente, atravesado por ese sombrío flujo de desintegración.

—Tienes un pelo precioso. He dejado el instituto. Mi padre no me construyó una casa en el árbol del jardín. Una vez saqué un sobresaliente en Tecnología. Me llamo Martina y no subo a coches de extraños. ¿Sabes cómo demonios he llegado al desierto? —la mocosa habla con un ligero temblor de labios sin mirar a los ojos.

—¿Quieres comer? —pregunta Splenter secamente con la vista puesta en un punto perdido.

Paul titubea algo, pero sube enseguida al coche y se coloca el cinturón, después de dejar su mochila en el asiento trasero. La mocosa vuelve a hablar

de la casa en el árbol y de que sus padres nunca salieron de la ciudad con ella; le habría fascinado ver el Gran Cañón.

Martina bosteza cuando el coche gira y la Voz se apaga en la cabeza de Paul, como nunca antes había sucedido frente a personas desconocidas. El cielo azul absorbe las escorias del humo. El calor entumece los movimientos. El coche rojo desaparece en el inabarcable espacio que comprende el desierto. Antes de sumergirse en un sueño pesado, la mocosa le comenta a Splenter más cosas, pero insiste en una especialmente: “No me gusta comer carne de perro”.

5

Capítulo seis

“Las cosas saldrán bien, Charlene”.

Edna era muy comprensiva con su compañera de habitación, pero, llegados a este extremo, no bastaban las largas conversaciones tendidas en el césped del campus.

Charlene se estaba consumiendo y a Edna aquella situación había empezado a superarle, como le pasó meses atrás con el ingreso de su hermano en el internado. Cuando llegaban las nueve de la noche, Charlene salía con su toalla pegada al cuerpo. De su mano izquierda, colgaba un cubo vacío.

Colocaba el cubo en el centro del dormitorio y se quitaba la toalla. Completamente desnuda, arqueaba su cuerpo, introducía los dedos de su mano derecha en la boca y esperaba.

Si Edna estaba estudiando o haciendo cualquier otra cosa, no tenía más remedio que salir al pasillo y esperar a que Charlene acabara. Sucedió

prácticamente todos los martes y jueves. Era una clase de ritual del que Edna desgraciadamente no podía participar.

Maldita sea. El tiempo en una universidad como ésta debería haber sido maravilloso para las dos. Maravilloso para dos amigas que eran inseparables.

Pero no fue así.

Aún recuerda Edna el trance en el que se sumía Charlene cada vez que aprieta el interruptor de su dormitorio, tras comprobar que cada fiambarrera en la nevera ocupa su lugar y que la temperatura es la adecuada, pues un corte de luz podría estropearlo todo.

Antes de comenzar, Charlene pedía disculpas siempre. Después, invitaba a su compañera a salir de la habitación. Seguidamente, ponía la música alta para que no se oyera nada de lo que sucedía en el interior. Generalmente era algún tema de Jane's Addiction o de Alice Cooper.

Ahora que se acuesta sobre el colchón, encorvada, con la espalda temblorosa, Edna adivina que, en aquella oscuridad, Charlene buscaba lo que nadie se ha atrevido nunca a afrontar. La naturaleza humana tiene otras habilidades por explorar y que la mayoría no acepta por temor a dar ese paso en que la vida comienza a ser de otra manera, quizá más intensa y apasionada, pero también más destructiva; esa revelación puede ser adictiva y maravillosa porque es completamente impredecible.

En el campus, cada estudiante iba a lo suyo y Charlene no era más que otro expediente académico en la infinidad de expedientes académicos que cada año aparecían en los archivos de secretaría. Como Edna.

Charlene apenas tenía vida social, salvo los largos paseos que, entre Madison y Postal, daba en bicicleta con alguna compañera de otra facultad. A veces, Edna la acompañaba con sus patines. Parecían dos quinceañeras. Y nadie se fijaba en ellas, y nadie pensaba que en aquellas dos indiferentes

muchachas se estaba incubando una próspera relación, imperecedera, más allá de la amistad cambiante.

A Edna el primer curso no le fue nada mal. Sacó incluso un sobresaliente en Pedagogía. En verano, regresó al pueblo con la tía Hedges. No hizo nada extraordinario durante las vacaciones. Se acostaba tarde grabando programas de televisión que, en ausencia de la anciana, veía una y otra vez a la noche siguiente. A veces grababa películas, sobre todo, melodramas. *Imitación a la vida* era una de sus favoritas. Por la mañana temprano, iba caminando hasta la lencería y allí se pasaba todo el día. No tonteó con nadie ese verano. La diversión estaba en el centro.

El ingreso del pequeño Good Boy en el internado había hecho mella en su ánimo. Para la tía Hedges, su sobrina seguía siendo una descocada y a la que sus padres nunca le habían puesto límites. Deseaba salir de aquel agujero y pensaba que el nuevo curso sería una oportunidad para viajar al extranjero, seguramente a Francia. Muchos de sus compañeros hablaban maravillas de aquel país.

No era fácil ser la hermana de Good Boy en un pueblo como aquel donde los rumores podían cambiar el sino de cualquier existencia. Edna aprovechaba que no entraba nadie a la lencería para escribir cartas a Charlene. Nunca recibió respuesta a ninguna de ellas.

¿Por qué su compañera de habitación, a la que había protegido tanto, era incapaz de escribirle siquiera una postal?

¿Habría empeorado?

Quizá, la amistad a lo largo de aquel primer curso nunca fue sincera, pensó Edna cuando tampoco le cogía el teléfono. Después de las vacaciones, comprendió algo cuando la vio bajar del taxi y caminar como un zombi entre la marea de estudiantes.

Volvían a ser compañeras de cuarto y, para las dos, en el fondo, ese

reencuentro era un alivio, especialmente para Edna, que pretendía alguna explicación a ese silencio intencionado durante tres meses.

Y vuelta a empezar, porque enseguida se evidenció que Charlene había empeorado y que, como el curso anterior, Edna debía abandonar el cuarto cada martes y cada jueves, sobre las nueve de la noche, para que su amiga cumpliera con el ritual.

Charlene había encontrado la autenticidad en esa forma autodestructiva de conocerse y nadie lo iba a cambiar ahora que estaba en el clímax del proceso. A oscuras, desnuda, con el cubo a sus pies, intentaba expulsar aquello que, en su interior, la amenazaba, la increpaba y la poseía. No era bulimia. Era otra cosa de la que nunca hablaron con la suficiente claridad. Edna debía entender que Charlene estaba experimentando un proceso insólito de conversión personal. Pero, en realidad, de lo único que era consciente Edna era de que estaba perdiendo a una amiga lentamente, a la que había intentado ayudar con comprensibles limitaciones.

Aprovechando que debía salir de la habitación todos los martes y jueves, Edna comenzó a entrenar con el equipo de baloncesto femenino de su facultad. Se defendía en su posición y su autoestima mejoró. Allí, formaba una más dentro de aquella variopinta familia que era el equipo donde nadie le preguntaba por Charlene y donde nadie sabía que ella era la hermana de Good Boy.

Edna hacía horas extras en seminarios y cursos, mientras cedía a todos los caprichos y necesidades de Charlene, cuyas faltas de asistencia a clase eran cada vez más frecuentes.

En el segundo trimestre, Edna hacía compañía a Charlene todos los sábados porque su compañera había decidido no salir de la habitación. Las paredes blancas y nítidas de aquel reducto se quebraban sobre ellas y las dos podían pasarse varias horas en silencio contemplando minuciosamente las

estrias de la pintura sobre las superficies.

Lo poco que quedaba de Charlene, después del segundo trimestre, era sostenido por la paciencia y el pundonor de su inseparable amiga que le había recomendado, con el fin de salvarla, el internamiento en alguna clínica. Nunca conoció a los padres de Charlene ni a ninguno de sus cuatro hermanos que, al parecer, regentaban un negocio familiar de conservas en un pueblecito de Portland. Tampoco resultaban extrañas para Edna aquellas ausencias, pues sus propios padres habían desaparecido de casa un buen día dejando a la tía Hedges al cuidado de ella y de su hermano.

La fase final de todo el proceso al que Charlene se sometía era el vómito y el encendido de la luz. Edna entraba en silencio horas después del entrenamiento, sin mirar a los ojos de su amiga, y se acostaba, refugiándose en una calma inusual, prácticamente entrenada desde hacía mucho tiempo, que las distanciaba cada vez más. Ya no escuchaban juntas la música de Ninch Inch Nails que tanto las excitaba ni se reían de los asesinatos que publicaban los periódicos más sensacionalistas.

A final de curso, Edna estaba agotada, pero tenía el control de la situación porque Charlene por fin se había dado cuenta de que aquella transformación personal en la que creía ciegamente no estaba dando los resultados que ella pensaba por muchas veces que repitiera el ritual.

El primer martes de mayo, Edna se sentó en el césped y miró las nubes rojas. Era un cielo marciano. Los ojos de todos los que paseaban por allí estaban alimentados por un brillo insólito. El aire era limpio y nada parecía alterar aquel equilibrio que sostenía la adecuada interacción de los enlaces atómicos para que todo fuera tan hermoso.

Aunque el campus era un hervidero, Edna estaba sola. Miró las nubes rojas, esa textura ígnea y al mismo tiempo, leve, que el crepúsculo absorbía sobre un cielo extrañamente blanco. Miró las nubes y a los niños que jugaban

con sus madres cerca del estanque de los patos.

Nunca se había percatado de misterios así. Los niños corrían en círculos, alborotando, con sus molestas risas sin sentido. Miró a los niños y aquellas piernas regordetas, blanquinosas, que no dejaban de agitarse sobre la hierba.

Fue, en ese instante cuando se le ocurrió todo lo que debía hacer con aquellas fiambreras que la tía Hedges guardaba en la cocina. Y, en ese instante, tomó también una decisión firme respecto a Charlene quien había empezado a sufrir insomnio. Todo estaba ya perdido, pero aquel cielo rojo albergaba los matices necesarios para que la vida de Edna aspirara a otra conversión.

Mientras Edna dormía profundamente, Charlene, extática sobre la silla de estudio, acariciaba aquella fragilidad turbia que el cuerpo de su fiel amiga desprendía. Porque Edna era su amiga inseparable, a la que había que proteger como se protege a cualquier otro ser humano inestable que ama las nubes.

Que ama hasta tal punto a los niños que se los comería a besos.

6

Good Boy

A las nueve y media estaban apagadas todas las luces del recinto. El hospital había sido, años atrás, una residencia para enfermos de tuberculosis. Rodeado por un bosquecillo de abetos, el edificio, lejos del ruido de la ciudad, se internaba en una ladera donde la niebla acostumbraba a empozarse una vez que era noche profunda. Un fúnebre manto de oscuridad asolaba ahora aquellos campos en invierno y, con su imperecedero rastro de decrepitud, trepaba los muros.

El edificio estaba formado por dos alas principales con algunos edificios anexos y por los sótanos, profundos e inescrutables. La razón de que estuviera ubicado en esa zona boscosa es que, hasta el descubrimiento de la [*penicilina*](#) y la [*estreptomicina*](#), el aire fresco era el mejor alivio para este tipo de enfermos así como una alimentación rica en proteínas. Además, se comprobó que, a partir de mil metros sobre el nivel del mar, los casos de

tuberculosis descendían drásticamente.

Una capa de óxido, debido al frío y a la humedad del invierno, había cubierto su fachada principal. La peculiaridad de esta construcción eran sus grandes ventanales y que, entre ambas alas, se levantaba un torreón. La carretera atravesaba el muro principal hasta un patio enorme donde se encontraba la entrada de urgencias.

Aquella tarde tampoco lo había llamado Edna. Good Boy miraba por entre las rejas. Nadie dormía a su lado. Era lo mejor. Sus ojos enrojecidos apenas parpadeaban cuando la luna llena asomaba por entre las nubes, alumbrando levemente los caminos que serpeaban el bosquecillo.

Sus manos se entretenían acariciando unas cabezas de muñeca que, con discreción, sacaba una a una de su caja de cartón. La luz del exterior, matizada por el vapor blanco que exhalaba el terreno, no era acogedora. Sus dedos gruesos presionaban sobre la envoltura de plástico de cada cabeza y repasaban cuidadosamente las hendiduras de los ojos, el falso relieve de los labios, para al final acariciar, con un movimiento rítmico, su áspero cabello sintético.

No lo había llamado Edna y tampoco lo acompañó el primer día de su ingreso. En el fondo, Good Boy comprendía la actitud de su hermana, pero no le perdonaba su dejación de ciertas responsabilidades. ¡Qué menos que una llamada telefónica o alguna visita esporádica! Aliviaba esa rabia indescriptible el simple hecho de saber que, si él seguía vivo (aunque estuviera internado allí de por vida), Edna cargaría hasta el día de su muerte con el estigma de ser la hermana mayor de Good Boy.

Eran seis cabezas, colocadas en el interior de una caja de zapatos por orden de tamaño, una al lado de la otra. Era la única de sus pertenencias que le habían permitido conservar en el hospital, aunque tuvieron que arrancarle los ojos a cada una por temor a que algún paciente, intentando quitarse la vida,

se los tragara.

Good Boy se despertaba sobre las tres de la madrugada, y, observando el aura espectral de la luna, comenzaba a acariciarlas hasta que, al cabo de unas horas, devolvía cada una de las cabezas a su caja de cartón que luego, celosamente, guardaba bajo la cama.

La primera vez que lo ataron sucedió cuando le confiscaron el peine de plástico con el que pacientemente alisaba el cabello de cada una de las cabezas. Aún recordaba el momento en que las correas tensaron sus muñecas y su espalda fija a la plancha de acero sintió la primera punzada. Estuvo dos semanas en una cámara de aislamiento hasta que los fármacos lograron calmarlo.

Ahora se vengaba con voluntad, desde las posibilidades que su exclusión del mundo le permitía, porque esperaba siempre el turno de la enfermera Helene (quien dio el aviso sobre la aparición del peine), cerraba los ojos y, cuando notaba el calor húmedo entre sus muslos, la llamaba penosamente por su nombre de pila.

Helene acudía enseguida y, con palabras amables, justificaba a voz en cuello que Good Boy no debía preocuparse. “Es normal que un niño se orine por las noches”. Entre sollozos, con la mirada fija en algunos rasgos de su querida Helene, sobre todo, en esa boca fina, ligeramente empolvada por fuera del labio, Good Boy regresaba a su cama, con las sábanas limpias, y, cuando el silencio era profundo en los pasillos, volvía a orinarse.

Ninguna de las enfermeras quiso preguntar por qué cabezas de muñeca, por qué seis, recolocadas en el fondo de una caja de zapatos, por qué Good Boy fue el instrumento del que se sirvió el mismísimo demonio para asesinar a los alumnos de aquella academia.

Si Helene no estaba de guardia, Good Boy dormía del tirón, con el suave tintineo de un metal en su cabeza, refugiándose en la cama sin

almohadón, después de haber guardado debajo el preciado tesoro. Era entonces cuando rezaba una oración con un leve susurro que sus labios dejaban escapar cautelosamente. En los pasillos, vivían las sombras, los pasos contados, el haz de luz agitándose nervioso bajo la puerta, y emanaba un amable olor a desinfectante que se había fijado en el olfato de cada uno de los huéspedes.

La apariencia de Good Boy era encantadora. Con su cuerpecito redondo, sus cabellos rubios que parecían tirabuzones y aquel rostro de cera, recordaba a aquellos angelotes de Rafael.

Esa palidez enfermiza en sus lisas facciones transmitía conmiseración al personal de servicio, algunas enfermeras lo trataban como a uno de sus hijos, pese a la terrible historia que justificaba el ingreso de Good Boy en el hospital.

Nunca reía.

Masticaba con tanta pereza que nunca acababa el primer plato del menú. Seguramente, tenía la cabeza puesta en otro sitio, por ejemplo, en que llegara la noche para volver a acariciar aquellos postizos de muñecas contemplando el halo candente de la luna.

Nunca salía de su habitación, salvo para algunas sesiones de terapia individual.

Una mueca eterna, apenas visible, de felicidad se revelaba bajo su mirada muda cuando, entre sus dedos, sostenía la primera cabeza sin ojos. Ya llevaban un tiempo considerable sin atarlo. Y eso no era malo. Pero ese indulto no significaba nada. Ahora reconocía, satisfecho, sin que nadie se percatase, que no había prisa, que tenía todo el tiempo del mundo por perder y que Helene se pasaría todas las guardias de su vida limpiando heces y orines.

Nunca paseaba por el patio con el resto de compañeros. Prefería quedarse en el cuarto, vigilando la puerta por si algún enfermo intentaba

usurpar aquello que, bajo su cama, reposaba como símbolo de un logro definitivo en su vida.

Good Boy escondía los ansiolíticos en el hueco de su paladar. Luego los escupía en la comida de otros enfermos sin que ellos se apercibieran de la velada acción del niño redondo y con cara de ángel.

Good Boy estudiaba inglés en una academia cerca de casa, frente a la fuente donde, cada tarde, antes de subir al segundo piso, se sentaba, sin ninguna compañía, a comerse sus donuts. Los niños, faenando en los columpios de metal, no le conmovían ni tampoco ese reflejo dorado sobre las hojas de los árboles enormes que crecían al lado de la fuente. Era un mundo de ausencias y sin complejidad el que presentía a su alrededor. El aburrimiento y la monotonía de cada acción lo sumían en una profunda tristeza que se extinguía cuando imaginaba pequeños roedores clavados en espinos.

Good Boy no echaba de menos la insultante vitalidad de sus compañeros de clase ni tampoco el ruido de la carcoma. Y era, en ese momento, cuando el nombre de Jesucristo se deslizaba por su lengua hasta el mundo real, aunque el mismísimo demonio le encogiera su pequeño corazón de niño mimado.

No fueron sus padres quienes le enseñaron a rezar, sino la tía Hedges, acariciándole sus rizos dorados mientras el muchacho recorría un camino con arbustos espinados antes de que el sueño lo tentara.

Durante dos cursos, a Good Boy lo llamaron “Gordo de mierda” y nadie hizo nada por evitarlo, salvo Edna.

7

Pink Lady

Mathews le regala el arma después de hacer el amor por segunda vez. No se cansan de hacer el amor los fines de semana. El rancho de los Sullivan es espléndido. El ventilador del techo gira con un ligero zumbido. La noche se pliega sobre los baldíos.

Splenter besa la Pink Lady con entusiasmo antes de dejar la cama. Mathews recuerda algo y cierra los ojos. La luz de la lámpara tiembla sobre el cuerpo desnudo mientras ella, con una agitación de sombras, se mete en la ducha para luego volver a la cama o hacer un poco de ejercicio en su *mini-stepper* lateral mientras *su* chico escucha la radio.

Se han quedado sin bocadillos, pero hay todavía dos botes de cerveza en la nevera y otros tantos de Coca Cola Zero. Las barras de hielo pueden aguantar perfectamente hasta por la mañana. El vacío del desierto comprende el pensamiento de Mathews que escucha la triste canción que Splenter tararea.

Un tema de Jeff Buckley.

Las maderas del suelo se quiebran por el brusco cambio de las temperaturas. Las casetas alrededor del rancho se han levantado a dos palmos sobre la arena para evitar las serpientes y los alacranes.

Splenter escucha un ruido de copas bajo la ducha. Es todo cuanto desean. Es todo cuanto desean dos jóvenes que aún no han encontrado sus puntos flacos después de varios años saliendo juntos.

Mathews se levanta y se viste. El rancho es un lugar espléndido para ser consciente de que se puede vivir sin celeridad. Los animales nocturnos se doblagan a los vientos que erosionan los collados. Los dos enamorados son conscientes de que, en el desierto, que cruza la carretera cientos de hombres y mujeres han sido enterrados.

Se pone su camiseta de Nevermind. Los calzoncillos son nuevos. Se los ha comprado expresamente Splenter para esta ocasión. Lo mejor de todo es que cada fin de semana es especial. Cada fin de semana es una huida hacia ninguna parte. Esa sensación de ausencia consciente, es adictiva y los dos se sumergen en esas aguas cenagosas, pactando con el delirio de un paisaje hipnótico y astral.

(Investigadores de la [Universidad](#) de Arizona han creado un programa para localizar cadáveres de inmigrantes en el desierto).

Ella también ha aprovechado la paga para comprarse un nuevo conjunto. Ha regateado el precio. La muchacha que la ha atendido, tras el mostrador, no quiso entrar en el juego y Splenter recuerda aún sus ojos felinos y su nerviosismo a la hora de hablar. Era una muchacha alta con mallas de ciclista. Era una tarde donde las nubes rojas incendiaban el cielo y no pasaba ni un solo coche por la avenida. Cobró lo que Splenter mantuvo desde el principio, cincuenta y ni un solo dólar más.

Al salir de la ducha, tropieza con las deportivas de Mathews quien

sorbe de una lata. En una de las copas hay Coca Cola burbujeando. Le sientan muy bien los calzoncillos y esa camiseta de Nirvana que ella robó en un mercadillo.

Su chico dice que ha visto a un chacal rondando las casas y que le fascinan esos animales en mitad de la nada, con su mirada vacía, desterrados por siempre en aquella eterna desolación.

Su aliento huele a cerveza y a Splenter le gusta. Le gustan los sabores fuertes y el olor a sudor y a gasolina. Reconoce que son sensaciones que provienen más allá del mundo corriente, aborrecibles para la mayor parte de los olfatos, pero que ella considera excitantes, marcadas por la rudeza y la desproporción.

Qué bien le sienta la camiseta con el rostro de Kurt Cobain y esos calzoncillos ajustados. Caminan por el cuarto, ebrios de un placer profundo. Chirrían las maderas. El calor es seco. Al cambiar de tema, Splenter lo descubre en sus ojos: que Matthews seguramente es el hombre más feliz de la tierra.

8

Caprice Bonn

Las nubes no se han ido.

Martina pisa la alfombra y la lengua de sangre. Mastica alguna cosa. El apartamento no es exiguo: dos baños y tres dormitorios. Una mujer que vive sola tampoco necesita mucho más. La tutora debía haber adornado mejor esta casa de las afueras.

Martina es Paul y arrastra los pies por el pasillo gris. El sabor no es tan repulsivo como había imaginado en un primer momento. Hay un poso de infelicidad en la atmósfera que persiste en el interior de las habitaciones. Parece que el tiempo se hubiese detenido en este espacio. Todo está debidamente colocado y ordenado en cada habitación.

Martina llega a la conclusión de que la tutora es una mujer patética.

Las nubes no se han ido.

Una vez quiso pasear por el desierto y visitar el Gran Cañón.

En la nevera, hay agua fría y hay voces más allá de la puerta que luego desaparecen. Ha puesto música. Lo que la tutora escuchaba no le desagradaba. Era una mujer débil de carácter, sin duda, y con pequeñas obsesiones a la hora de impartir sus clases. Afilaba sus lápices y los alineaba en la mesa con la punta señalando a los pupitres, tomaba notas continuamente de las intervenciones de sus alumnos y nunca se maquillaba. Era una mujer débil de carácter que se había esforzado mucho para que Paul cambiara de actitud dentro del grupo. Hizo todo lo posible para que no fuera expulsado. La tutora creía en su alumno sinceramente porque las personas pueden cambiar.

No es fácil encontrar profesores tan desinteresados, tan abnegados. “Pero resulta asqueroso”, dice la Voz, “que haya personas dispuestas a entregarse con voluntad a los demás, sin nada a cambio, para que delincuentes con acné rectifiquen. ¿No es una prueba irrefutable la masacre de Columbine? Eric y Dylan lo dejaron claro. Acribillaron a sus compañeros como si estuviesen jugando a Call of Duty. ¡No queremos cambiar! ¡No vamos a cambiar! Nadie va a volver a meter nuestra cabeza en el inodoro”.

Ahora que se peina la peluca roja delante del espejito ovalado, se acuerda también de la belleza de su compañera de clase, Caprice, de sus rizos, de esos ojos fríamente calculadores e hipnóticos, de su sonrisa ambigua con la que parecía bendecirte y al mismo tiempo escupirte en la comida.

Además de tener un notable círculo de amigos, entre los que no se encontraba Paul, Caprice sacaba buenas notas y tocaba magníficamente el chelo. Su atuendo gris, su estudiada simplicidad de los movimientos antes de sentarse en su silla en mitad del escenario, su vínculo tan estrecho con el instrumento que abrazaba con ligera suavidad, por ejemplo, formaban un hermoso cuadro que a Paul le entristecía profundamente.

Siempre tocaba en el festival de final de curso y era la admiración de

padres, alumnos y profesores, entre los que no faltaba, la tutora. Caprice jamás se habría fijado en alguien como Paul que envidiaba la belleza casi perfecta de un aspecto físico en la personalidad asquerosamente soberbia de una muchacha remilgada que aún no había cumplido los dieciséis años.

Por el bien de sus compañeros y por el de la propia Caprice, que debía reconocer sus limitaciones, Paul pensó que no hizo nada malo al actuar así. En cierto modo, ella necesitaba esa cura de humildad, un escarmiento que compensara su superioridad genética y social con la indefensión del resto. En cierto modo, ella debía estarle agradecida.

Nadie hubiera sospechado de alguien como Paul en un principio. Seguramente como nadie habría sospechado de Eric y Dylan en Columbine cuando decidieron asaltar el instituto y liquidar a cuantos profesores y alumnos pudiesen. ¿Quién podría imaginar una cosa así? Hay cosas que no se hacen visibles y, sin embargo, están pasando. En efecto, hay cosas que están pasando en las cabezas de esos adolescentes que caminan con sus mochilas y calan sus gorras de los Lakers. ¿Quién iba a sospechar de Eric y Dylan? Americanos, blancos y solitarios.

Paul estaba realmente orgulloso de su actuación y no tardó en confesar delante del director lo que sigue: “Llegué a casa a la misma hora de siempre. La tele estaba a todo volumen. Saqué un trapo de un cajón, envolví una copa y la rompí contra el suelo. Mi madre repetía unas abdominales y no vio nada. Pisé el trapo varias veces para asegurarme de que los cristales estaban molidos. Luego bebí zumo de frambuesa porque me encanta el color de la frambuesa. Odio los batidos de chocolate y que mi madre repita incansable series de ejercicio para frenar la imparable decadencia de su cuerpo”.

El abrigo de Caprice era muy mono. Un abrigo de color rojo intenso con detalles flúor. Estaba colgado al fondo de la clase. Era un abrigo caro y destacaba entre el resto de prendas. Necesitaba de ese rojo intenso con

detalles flúor para destacar entre el resto de prendas.

Todos estaban en el patio, menos Paul. Las limpiadoras recorrían el pasillo con los cascos puestos en sus orejas y no dieron importancia a que un alumno aprovechara el tiempo del recreo para hacer sus deberes.

El abrigo era rojo y a Paul le encanta el color de la frambuesa. Cuando perdió de vista a las limpiadoras, sacó de su mochila el paño con los cristales pulverizados y se acercó al abrigo. Advirtió enseguida cuán mimada estaba su compañera porque alguien había bordado unas punzadas en la solapa. *Caprice Bonn*.

Las nubes no se han ido.

La tutora, en esa postura, parece ridícula. Huele a limpio en toda la casa. La sangre se ha tornado oscura. Martina permanece sentada en el sofá. Suena la música de Britney Spears. Es el tercer tema del disco. La tapicería está impregnada de ese perfume dulce que imita otras fragancias selectas. La tutora es otra farsante como su madre que compraba también perfumes de imitación con tal de ahorrar dinero.

Martina no lo recuerda con la suficiente claridad. Pero Paul estaba allí para comprobar que, *Caprice*, *Caprice Bonn*, con sus ojos admirados por el espanto, alzaba sus manos acribilladas por las esquirlas de cristal mientras el resto, enmudecidos, estrechaba el círculo alrededor de la víctima.

Paul seguía trabajando en su pupitre, marcando con su indiferencia la distancia afectiva hacia su compañera. Esbozó una burda sonrisa que definía perfectamente la seguridad sobre sí mismo y el embelesamiento ante la brutal dimensión del daño. Nada podía darle mayor placer que saber que *Caprice* no tocaría el chelo en el festival de final de curso.

Fue aquel arrobo de goce espiritual el que lo delató al tercer día cuando, en el laboratorio, mientras desenroscaba el agua destilada, vio la torpeza de un ser acabado, indefenso, sentado en un taburete, apartado del

resto, con las dos manos vendadas, una sobre la otra.

Caprice, sin odio en sus ojos, miró a Paul y Paul, sin poder contenerse, comenzó a succionar el pulgar de su mano derecha de forma obscena delante de toda la clase, emitiendo lascivos gemidos. El profesor intervino con contundencia. La tutora intentó que los padres de Caprice no denunciaran al muchacho, pero no pudo evitar ni la denuncia ni la expulsión.

Luego, cuando Paul regresó, todo parecía más tranquilo en clase. Caprice no estaba en su pupitre de la primera fila. Se había matriculado en otro instituto y aquella ausencia, con el paso de los meses, dejó de ser significativa. Se podría decir que las aguas habían vuelto a su cauce y también ese flujo de luz a los ojos de Paul, redentor y vengativo, ajeno al mundo. Lo que debía ser una ola de resentimiento y exclusión de sus compañeros hacia Paul se tornó, sin embargo, en un mudo agradecimiento en el que se advertía que Caprice, Caprice Bonn, había representado durante mucho tiempo un lastre para el progreso individual de cada estudiante.

Los esfínteres se han relajado. No abrirá la ventana. Quiere que la tutora se pudra en el interior del apartamento. Que el hedor salga por debajo de la puerta como el humo de un incendio invisible. Martina no ha podido sesgar el cadáver como le habría gustado. Lo ha visto en muchas películas y no parecía tan difícil. Necesita comer. Guarda algo en su mochila.

Hay panecillos en un armario y refrescos de limón. No es lo que le apetece. Se despide de la tutora con un beso en la boca. Abre la puerta. No baja nadie por las escaleras.

El sol ha declinado y los edificios parpadean antes de sumirse en la oscuridad. La Voz le sugiere nuevas experiencias fuera de la ciudad que Martina, sin Paul a rastras, sabrá cómo administrar.

Pobre Caprice. Caprice Bonn se llama y no tocará el chelo en el festival de fin de curso. Por lo menos habrá visitado el Gran Cañón

acompañada de los suyos mientras que Martina no ha salido de la ciudad, salvo aquella vez que sus padres decidieron visitar a unos familiares en Michigan y cargaron con el mocososo.

Martina sabe que Paul vio una película donde una maestra de piano depositaba cristales rotos en los bolsillos de un abrigo. El abrigo pertenecía a la alumna más aventajada del conservatorio. Alguien que padecía agorafobia escribió una novela sobre el asunto antes de rodarse la película.

El cuerpo de la tutora yace en el sofá de felpa roja. Su blusa y sus jeans son de mercadillo. El cuerpo de la tutora yace sobre el sofá de felpa roja y los alumnos no harán deberes de matemáticas este fin de semana.

En Columbine, hay alumnos aplicados, alumnas que saben tocar el chelo. En otros lugares marcados también por las masacres, hay alumnos aplicados y alumnas que saben tocar el chelo. En todos los institutos, se matricularán adolescentes extraordinarios como Caprice y también otros que, como Paul, lucharán por el equilibrio de un ecosistema que maltrata a aquellos cuyos genes no se han manifestado tan vigorosos a los ojos del resto. Son adolescentes brillantes a su manera e indefensos por un tiempo.

Martina recuerda una tienda de golosinas al final de Padey's Street. Conoce al imbécil que la regenta. Martina quiere bolas de chicle y sus caramelos preferidos antes de buscar la forma de visitar el Gran Cañón, allí donde sus padres no quisieron llevarla nunca porque se llamaba Paul.

Hay demasiados cadáveres en la ciudad con su firma. Tarde o temprano la policía dará con ella si permanece en la ciudad. La carne de perro es sabrosa, pero necesita degustar cosas nuevas que ha guardado en la mochila.

Ahora la Voz le indica que quizá tenga que coger un taxi porque sus delicados pies no podrán caminar demasiado tiempo por la carretera.

Las nubes no se han ido. El desierto la espera al otro lado donde los

rayos rasgan la inmensa bóveda sobre la arena.

9

Bloomby

De vuelta a casa, lo ha visto enfrente, junto a la vieja tienda de golosinas. Le recuerda mucho a Good Boy. Tiene su misma altura y las mismas redondeces en su cuerpo menudo. El chico ha saludado a Edna y ella le ha respondido alzando la mano derecha.

Un ligero temblor de labios expresa ansiedad en la muchacha que inspira hondo el aire frío de la noche. Como siempre, ha sido la última en salir del hipermercado. Carga con esa bolsa de plástico y camina aprisa como queriendo llegar cuanto antes a casa. Hoy no tiene ganas de encontrarse con nadie conocido. Nunca tiene ganas de encontrarse con nadie conocido. Pero Bloomby es como de la familia. Ahora que está sola, agradece ese saludo y que el chico vaya una vez por semana a la lencería a intercambiar las revistas por dinero para cigarrillos.

Los ojos de Bloomby le recuerdan los ojos de Charlene. Son ojos absorbentes, aparentemente fríos, pero con una vida interior prodigiosa. Edna sabe que el chico hace muchas travesuras y desafía continuamente a sus padres. De hecho, fuma a escondidas y roba las revistas a su madre para luego venderlas. Se reúne con una pandilla todos los fines de semana a cuatro manzanas de aquí donde empiezan las calles más comerciales de la ciudad. Edna no puede evitar que Bloomby le caiga bien.

La noche es hermosa, con un olor a ceniza en el ambiente. Se escucha el ulular de aves nocturnas que emigran a los árboles frondosos dispersos por algunas plazoletas. Le gusta caminar sola y es odioso que Good Boy no sea como Bloomby, un chico corriente, con problemas corrientes en el colegio, con unos padres corrientes que enseñan a rezar a sus hijos sobre las rodillas. El destino ha querido jugarle una mala pasada a Edna porque su hermano pequeño es un asesino. Como otro de esos chicos que reciben fusiles de asalto por paquetería urgente y, antes de matar a sus compañeros de clase, se entrenan con algunos de sus progenitores. Aunque la mayoría de las veces, los padres nunca están en casa cuando suceden estas cosas tan desagradables.

Todo está despoblado alrededor y Bloomby exhala minuciosamente volutas de humo que borran su rostro de huevo. Un pájaro surca la oscuridad, sobrevuela una hilera de coches abandonados y su insolente graznido reverbera por toda la calle. La noche es hermosa, pero los pensamientos de Edna no se fijan en esos detalles necesarios para hacer soportable la existencia.

Bloomby es la única persona que pregunta por Tía Hedges y por esa amiga a la que Edna escribe cartas compulsivamente sobre el mostrador.

La luna, con su aura rojiza entre las nubes, acecha un lugar exacto donde estas dos presencias se necesitan la una a la otra. Le gustaría cruzar la calle y fumar con Bloomby. No habría nada malo en eso. Luego, a pedradas,

hasta podrían intentar romper la bombilla de esa farola que proyecta su luz titubeante sobre el suelo gris y sucio.

Hace poco que Edna volvió a grabar uno de esos programas que la mantienen entretenida frente al televisor. Joel Bubba persiguió a su hermano con una ballesta por toda la casa hasta que logró atravesarle el pulmón derecho con una flecha. Los padres no estaban en casa. Los padres que sobreviven terriblemente a estos acontecimientos lamentan no haber podido hacer nada, aunque, en el fondo, lo que lamentan es seguir con vida y tener que dar explicaciones a medio país delante de los micrófonos.

Es un milagro. Los ojos de Bloomby se parecen tanto a los de Charlene.

Edna recuerda, antes de cruzar la calle, que la tía Hedges cortaba el pan de molde con una navaja y que, luego, pacientemente recogía las migas para hacer sopas a finales de la semana. Para Edna aquella disciplina en el ahorro era insultante.

Recuerda también, antes de cruzar la calle, que, cuando se mete en la cama, huele la brisa marina y los excrementos de las gaviotas sobre su cuerpo. Le falta el aire y escudriña en la oscuridad hasta que comprueba que dos brasas palpitan a la altura de sus ojos. La figura es siempre enorme. Edna se queda quieta, respirando la brisa marina, borrando de su imaginación las luces intermitentes del exterior, hasta que se siente despedazada por ese mamífero descomunal que comienza a devorarla por la boca.

Y no puede hacer nada, salvo lo que hace, que no es otra cosa que beber agua incansablemente para purgar lo que sobrevive en su interior y en las fiambreras.

Bloomby viste con camisetas de grupos de rock y cala una gorra de béisbol. El chico le cae bien y anima la conversación, confesando a Edna que está muy buena y que algún día la besará en la boca. Ríen a la par. Hace

tiempo que ella no ríe.

La tienda de golosinas tiene las luces apagadas. Cierran sobre las ocho. La lencería está abierta hasta las ocho y media y el hipermercado cierra a las diez. Cuando Bloomby se inclina, ella siente el calor de una piel joven y elástica, que aún no ha envejecido.

Edna llegará a tiempo de grabar otro de esos programas sobre crímenes y asesinos en serie. Después de tomar sus yogures, se colocará de nuevo la misma película, *Chloe*. Mirará desde la ventana durante unos minutos por si acaso viene alguien a importunarla a esas horas. El rato con Bloomby ha sido suficiente para darse cuenta de que ella todavía pertenece a este mundo. No quiere visitas inesperadas. No quiere ningún tipo de visitas.

Luego se estrechará el círculo. El daño será profundo y se acordará, frente al monstruo, de que la vida también es maravillosa sin Charlene y se dejará devorar por la excelente criatura. La noche será hermosa, más hermosa si cabe. Le picarán los ojos, pero no le dirá nada a nadie, ni siquiera a Bloomby siempre que las fiambreras no se muevan de su sitio.

TERCERA PARTE
Las arañas gigantes

1

Las sábanas limpias

Cuando el sol estaba en lo alto, era siempre la misma carretera. Pero, por la noche, la carretera era tan diferente que Mathews concentraba su conducción en descubrir la presencia de algún chacal cruzándose con el haz de luz de los faros. Y así eran felices. No necesitaban nada más.

Bajo el manto de oscuridad, el coche corría a veinte por hora donde se puede circular sin problemas a más de cien. Era encantador verlo, con la emoción a flor de piel, buscando a esos animales en la oscuridad. El desierto era su pequeño universo, sin nadie más, salvo el matrimonio de los Sullivan que lo tenían todo perfectamente adecentado para cuando ellos llegaran.

Todo era perfecto y armónico como las noches sin matices sobre la llanura y sobre el asfalto. El color negro, profundo, sin claridad, atrapado en la vaguada. Y siempre había suerte, pues aparecía un animal y era entonces cuando Mathews gritaba y detenía el coche, y la besaba en la boca.

Una vez Splenter le preguntó si por esta zona del desierto no cazaban los pumas y él se lanzó a su cuello, y el juego parecía interminable dentro del coche y en la habitación cerrada donde el colchón no hacía ruido porque los Sullivan se preocupaban celosamente del estado de las cosas y, aunque todo fuera viejo y sucio, como la arena que respiraban, todo parecía recién estrenado.

Las sábanas estaban limpias, suaves, con un olor a lavanda y el cuerpo de Mathews, a contraluz, parecía el cuerpo de un ángel, y Splenter le mordía en la barbilla y lo arrastraba hasta la cama y él obedecía y, al rato, una vez que ella se quedaba dormida, Mathews se levantaba a mirar por la ventana, dándole vueltas a algo en la cabeza, sin importarle que la muchacha, la joven estudiante de Química, estuviera loca por él.

El desierto era lo suficientemente grande para los chacales y para los coyotes. Aun así los primeros carnívoros marcaban su territorio con su orina. Era un territorio invisible. Mathews también estaba marcando el suyo y un acto, como regalarle la Pink Lady a Splenter, bien podría ser una hermosa excusa para demostrarle que su amor sería eterno.

2

Charlene ama la oscuridad

Edna fue comprobando el deterioro de Charlene según pasaban los meses. El segundo año fue el peor. Las chicas del baloncesto alquilaron un pequeño piso, cerca del Boston Theatre, para celebrar el cumpleaños de Edna.

Charlene estaba liquidada. Pasó la mayor parte de la fiesta, postrada en una silla, esforzándose por respirar, rehusando la ingesta de cualquier líquido. Sonó Buckley, Joplin y Waits. Al amanecer, yacía sobre su propio vómito en el cuarto de la limpieza. Charlene no sabía cómo había llegado hasta allí. No recordaba absolutamente nada. Sin fuerzas, apoyó su saco de huesos sobre el picaporte. Giró y empujó. El salón eran los restos de una batalla campal.

Edna, sentada sobre el alféizar de una de las ventanas correderas, bebía yogur, mientras, en la ciudad, se asumían todos los roles y responsabilidades. Los tipos, con su traje gris y su maleta de piel, subían por Boston Avenue como autómatas.

El tráfico era infernal a las ocho de la mañana. Edna había decidido no

ir a clase. Había que limpiarlo todo. Charlene apareció con ese aire de desprotección a su alrededor, presente en la demacración de su rostro. Olía a vómito. Su pelo lacio estaba húmedo aún.

Edna seguía apurando su yogur. Su semblante serio estaba desdibujado por una luz latente que emergía del exterior. En la mesa, todavía quedaban botellas de whisky y licores. Sonaba Waits sin cesar. Charlene preguntó. Y Edna no respondió a esa pregunta en concreto, sino que, con humana resignación, volvió a agradecerle el regalo que le había entregado horas antes de la fiesta: un anillo que sellaba la amistad entre las dos.

Charlene se sentó en el suelo y comenzó a llorar. Edna sintió lástima. Dio un pequeño salto y dejó el yogur sobre la mesa, apartando vasos de plástico y restos de *pancakes*. “Yo también tengo un regalo para ti”, musitó Edna con los ojos abiertos. La calle hervía y todos los restos de comida se exponían a la nítida claridad que entraba por los ventanales.

Charlene respingó y unas manos frías la ayudaron a levantarse. Edna extrajo una llave y abrió el mueble que, situado en una esquina, alguien había barnizado con torpeza (seguramente el dueño) dejando manchas blancas sobre la madera. De un cajón, sacó un pequeño envase, envuelto en papel de regalo.

Charlene tomó el paquete con sus manos nervudas, en la que se marcaban exageradamente las venas, y rasgó el papel del envoltorio. Su rostro se llenó de alegría. Lo deseaba. No era fácil encontrarlo últimamente. Allí estaban las doce pastillas en dos *blisters*.

Charlene se aseó un poco y ya, con otra cara, después de ingerir una de las píldoras abrazó a su amiga. Pero Edna no sintió un abrazo de euforia. Se acordó de Good Boy y de esos niños de piel dorada, con sobrepeso, que corrían en pañales por el césped, cerca del lago de los patos.

Imaginó aquello que quizá los hombres de tipo gris, subiendo por Boston Avenue, llevaban en sus maletines y, aunque fuera un pensamiento

terrible, no pudo remediar llorar de alegría sobre el hombro de Charlene.

3

La academia

No era un mal chico. Por esa razón, Edna lo llamaba afectuosamente mi Good Boy. Es cierto. Al principio no era un mal chico, era otro más de los que pasan desapercibidos durante los primeros cursos de párvulos, de los que, en ocasiones, no son invitados a los cumpleaños, de los que juegan mal al fútbol y, por tanto, son relegados de portero o de recogepeletas.

No era un mal chico.

El problema es que Good Boy comenzó a engordar en cuarto curso de Primaria. Furtivamente, escondía bajo la cama y entre la ropa sucia toda clase golosinas, bollos y donuts que pacientemente recogía de las papeleras o robaba en las tiendas del barrio con una estudiada habilidad.

Algunas veces mendigaba a compañeros de clase y, con tal de quitárselo de encima, los mismos que empezaron a llamarlo “vaca” y “foca” cedían, y Good Boy devoraba, en la soledad del patio, cada pieza cobrada con una ansiedad extrema, receloso de que alguien le hurtara algún bocado.

Fue en sexto curso cuando Edna supo de las primeras palizas porque,

hasta entonces, su hermano era un chico normal, otro gordo dentro de la particular familia de gordos que deambulan a solas por el patio, con un agujero insaciable en las tripas.

Algo comenzó a cambiar en la cabeza de Good Boy. Su carácter rebosaba aún docilidad y quietud, pero sus percepciones sobre la realidad comenzaron a embotarse con cada paliza.

Ya que los padres trabajaban en el Sur desde hacía más de dos años, cuidaba de los dos hermanos la tía Hedges, una mujer envejecida prematuramente, que apenas se sostenía en pie y que era dueña de una modesta lencería. Su ascendencia católica se expresaba en una disciplina estricta hacia sus sobrinos. Pero los dos hermanos vivían aquel rigor con despreocupación, poco conscientes del papel tan difícil que la anciana debía desempeñar.

La intención de los padres era reunir el dinero suficiente durante un tiempo para que Edna y Good Boy se instalaran definitivamente con ellos. Pero no fue así. La hija mayor intuía que la ausencia de sus padres estaba motivada por otra razón mucho más egoísta e imperdonable. El afecto paterno se fue diluyendo lentamente y, en el caso del hijo pequeño, se convirtió en un escrupuloso olvido.

Que lo llamaran “gordo” no le afectaba demasiado o, hasta incluso, que de vez en cuando le pegaran una paliza en los aseos, tampoco parecía acobardar a Good Boy. Era el hecho de que sus agresores fueran tan previsibles y tan poco creativos. Que sus estrategias y artimañas para hacer de su vida un infierno no se caracterizaran por la habilidad o por la inteligencia. Sus ojos nobles y transparentes se habían convertido en unos ojos inquisitivos e imperdonables. Sus pies ya no estaban sobre la tierra. Al caminar, sus zapatillas Nike no pisaban el mismo suelo que el resto de seres humanos. Y a Good Boy el mundo dejó de interesarle.

A Edna le sobrepasaron los acontecimientos cuando las palizas

comenzaron a ser cada vez más frecuentes; ella poco podía hacer en defensa de su hermano, salvo denunciar a los agresores en comisaría y pedir explicaciones a los profesores que miraban para otro lado. Tía Hedges parecía no comprender nada. Con la apertura de la nueva carretera, la lencería había perdido toda su clientela de antaño. El centro estaba de moda y eran cada vez más los negocios que cerraban en la periferia.

Edna habló por teléfono con sus padres varias veces sobre los problemas de su hermano en la escuela, pero a sus padres no se les ocurrió otra cosa que apuntar a Good Boy a una academia por las tardes. De manera interesada, presuponían que Edna no se había explicado bien y que lo que, en realidad, sucedía con su hermano era que se estaba relajando ahora que, en breve, llegarían los exámenes finales.

Las nuevas palizas en otros escenarios distintos de los aseos no le irritaban ni lo deprimían. No daba nunca explicaciones a Edna de esos moratones ni de los cortes en los brazos. Pero Good Boy comenzaba a estar extraordinariamente unido a su hermana a causa del aislamiento que estaba experimentando en el instituto. Aún le ilusionaba, sin embargo, que la tía Hedges le diera un dólar cada mañana para que, después de clase, comprara caramelos en la tienda de golosinas, al final de Padey's Street.

La policía no sabe aún de dónde sacó la idea, pero la idea fue simple. Quizá ahí radicaba su eficacia, en esa sencillez a la hora de organizar los crímenes. Es cierto que, como Edna, Good Boy pasaba bastantes horas delante del televisor y que grababa películas no recomendadas para su edad. Pero todos los niños del país consumían cine no recomendado para menores de dieciocho años. Quizá no iba nada desencaminado el reverendo Lee en su programa de radio cuando insistía una y otra vez: “El escándalo del Universo no es el sufrimiento, sino la libertad. Y Dios castiga la libertad y se compadece de los que sufren en nuestro país”.

Cuando dieron con Good Boy, los agentes esperaban un perfil como el de Kipland Kinkel que dejó la siguiente nota escrita antes de colocarse la gabardina y esconder su rifle: “Acabo de asesinar a mis padres. Soy un hijo terrible. Ojalá mi madre hubiera abortado. Mi cabeza no funciona bien, oigo voces dentro de ella.”

Good Boy odiaba ser tan previsible como el dúo de Columbine, cargar con un arma pesada por los pasillos hasta llegar a la cafetería, como Kipland Kinkel, y disparar cuarenta y ocho veces en menos de un minuto a todos los que allí felizmente comían.

Es cierto que nunca había sido un mal chico y que apreciaba a su hermana, pero Edna no era suficiente para creer en la bondad y en el talento innato de aquellos que se limitan a actuar como borregos. Ni siquiera le aliviaba el compromiso caritativo de la tía Hedges.

Lo que le estaba ocurriendo a Good Boy era sencillamente que se estaba aburriendo en una vida que, para cualquier adolescente, es una montaña rusa. Hasta que, en los últimos tiempos, había incubado un profundo odio hacia el género humano, del que él mismo formaba parte.

El chico se aburría. Se aburría y odiaba.

Odiaba la falta de creatividad de los insultos que recibía a diario: “Eres tan gordo que si te pones una camiseta amarilla, te gritan ¡taxi!” o “Eres tan gordo que tus intestinos son el intestino grueso y el intestino muy grueso”. Odiaba que en Internet hubiera páginas específicas de insultos a madres, a gordos, a tontos y a calvos. Que los usuarios compartiesen además los enlaces y los chistes por todas las redes sociales no le parecía patético, sino inmaduro y presumible. Good Boy no quería pertenecer a una especie que permite la insignificancia y la vulgaridad para destacar dentro del grupo.

La última paliza fue terrible. Lo acorralaron en el vestuario de chicas. Lo desnudaron y le escupieron después de pegarle con una toalla enrollada en

dos pastillas de jabón. Lo obligaron a que se orinara encima y a que se sentara sobre el charco amarillo. Las amenazas de Edna con denunciar al instituto fueron inútiles porque los responsables de aquella última paliza jugaban en la liga comarcal. Las semifinales estaban encima y un escándalo de ese tipo podría manchar la reputación del instituto.

Cuando, después de aquella paliza, Edna consiguió hablar con su madre por teléfono y le explicó con detalles que a Good Boy le habían vuelto a dar una paliza, escuchó un bostezo al otro lado del auricular.

(Más de quinientos jóvenes se suicidan al año por motivos de acoso escolar en el país. La mayor parte de los padres no son conocedores del proceso traumático que están atravesando sus hijos antes del suicidio). Antes de colgar, la madre manifestó vehementemente que ya era hora de que Good Boy aprendiera a defenderse solo.

Las seis víctimas, incluido el profesor Konney, reventaron por dentro.

Aquellos compañeros de la academia, que, sin ser de la misma clase, pertenecían al mismo curso, no representaban para Good Boy el poder intimidatorio de quienes lo acosaban en el instituto. No eran una amenaza en sí mismos, pero eran odiosos por lo que simbolizaban como miembros pertenecientes a un grupo humano de expectativas hostiles y de acciones puramente instintivas.

A Good Boy no le preocupaba la indiferencia o la repulsión que mostraban al sentarse a su lado cuando, por parejas, corregían los ejercicios. Le preocupaba que Roberto o Tylor, por ejemplo, fueran víctimas de una educación basada en la sobreprotección y en el egoísmo sin visos de superación personal.

A Good Boy no le preocupaba que se les escapara una risita cuando lo veían aparecer por la puerta con su camiseta de Los Ramones pegada a su cuerpo lleno de bultos. Los seis, incluido el profesor, representaban la

indolencia y la cobardía previsibles de la especie humana que a Good Boy tanto entristecía.

La confirmación de esa realidad también lo incluía a él. Cada uno de sus compañeros era exactamente igual al otro porque, pese a que evitaban mofarse de la obesidad de Good Boy, eran la máxima expresión de lo desilusionante que puede llegar a ser cada una de las personas que habitan un mundo donde apenas se vende ropa para gordos.

El señor Konney, ya jubilado, era de los profesores que seguramente, como en la Green High School, pasó sin pena ni gloria por la vida de sus alumnos, sin motivarles en aquello que en realidad despertaría sus inquietudes creativas. El profesor Konney sería de esos profesores nada involucrados en una enseñanza más allá de lo que dictan los libros de texto. De hecho, sus clases en la academia eran soporíferas.

Los seis murieron reventados por dentro.

En un acto de compañerismo, Good Boy llevó a clase una tarta de crema. Faltaban pocos días para acabar el curso. El desánimo y el cansancio del último trimestre exasperaban a los estudiantes. Nadie pareció entusiasmado ante aquel acto tan generoso por parte de Good Boy, pero, con tal de no aguantar el sermón sobre pronombres y verbos del señor Konney, todos accedieron encantados a probar la tarta que “culo de morsa” había traído como una muestra de amabilidad.

En un momento en que el anciano se ausentó para buscar servilletas y platos de postre, Alice B., campeona de ajedrez en su distrito y amante de la música de Sheryl Crow, se inclinó al oído derecho de Good Boy para dejarle clara una cosa: que nunca besaría a un gordo seboso y que la tarta se la podía meter por el culo.

Pero, haciendo ascos con cada bocado, Alice B. comió y repitió de la tarta como el resto de compañeros. Con los ojos húmedos, Good Boy también

masticaba. Se estaba inmolando junto al grupo, pero no lloraba por eso. Seguramente era por la emoción de ver que, al fin, había conseguido ser el protagonista en aquel círculo hermético y también ridículo de mimados estudiantes que no sufrirían más su evidente decadencia.

Todos murieron esa misma noche.

Lo fácil hubiera sido echar matarratas en la mezcla de sémola, pero no, fue algo peor. Good Boy se entretuvo en introducir anzuelos del dieciocho y vidrio molido entre las capas de crema y bizcocho. Nadie apreció nada al tragar. Los anzuelos y vidrios se clavarían en esófagos e intestinos provocando pequeñas hemorragias internas que bañarían en sangre lentamente todos los órganos.

El verdadero acto de generosidad de Good Boy consistía en compartir también una muerte segura con ellos, que lo excluyera de esa frustrante realidad donde la mayor parte de la población se apasionaba con los concursos de la tele y con diseñar páginas web para aprender a insultar a los gordos.

Sin embargo, Good Boy no murió esa noche. Ni siquiera tuvo dolor de tripa. Misteriosamente sobrevivió y, lejos de la estética hollywoodense de K.K., lo que no iba a ser más que un vulgar asesinato por envenenamiento, fue interpretado por Good Boy como una revelación espiritual. Alguna fuerza suprema había convenido que el hermano de Edna estaba destinado a sobrevivir, pese a la inmundicia que le rodeaba y de la que quería fugarse. A partir de ahora, la vida era un poco más ilusionante y ya no importaba otra cosa que aquello que el reverendo Lee manifestaba en la radio: “Dios odia a los que son libres”. Así que Dios no estaba de su lado.

Después de unas semanas, cuando la ausencia de Good Boy fue una idea soportable para las dos mujeres que quedaban en la casa, Edna echó de menos su colección de muñecas Barbie. Pero no le dio importancia y decidió,

en la oscura soledad de su cuarto, que había llegado el momento de ser egoísta. Reconoció, además, que, ahora que había aprobado sus asignaturas pendientes, la universidad valdría la pena con tal de salir de aquel agujero.

4

Las diabólicas

Ahora no tiene nada, ni siquiera las putas razones. Ahora conduce al hotelito de los Sullivan con una mocosa al lado y a la que no puede darle mucha conversación porque no sabe cómo reaccionará.

Una columna de humo negro zigzaguea aún a lo lejos después de varios kilómetros. Martina tiene los párpados sellados por un peso invisible. Está agotada. Splenter conduce con la espalda rígida y los codos tensos. Hay animales muertos en los márgenes, arrollados horas antes por algún convoy.

Ahora no está Mathews y nadie tiene derecho a ser feliz. Absolutamente nadie. Eran una pareja envidiable en el barrio. Quizá, como el rebelde Danny Zuko y la inocente Sandy Olson en *Grease*. Así lo creían los Sullivan.

Martina duerme con la cabeza hacia delante. La peluca roja le cubre

su frente ahumada. Aún queda un tramo largo. Pondría música en el coche, pero no es bueno que la mocosa se despierte en este instante en que Splenter le da vueltas a la cabeza. Un mar de arena se eleva sobre el suelo cuando reverbera el sol. Ya no hay chacales por aquí como el año pasado.

El viento que sopla depende del movimiento de rotación terrestre.

Mathews no dejó ninguna nota. Si la hubiese dejado, tampoco habría evitado que Splenter se obsesionara con la búsqueda de una razón fundada. Ahora sabe que el mundo peca de racionalidad, que, estudiando a Prigogine, se convenció de que el caos es necesario para que todo permanezca, que aquel Hombre que una vez la fotografió debía intervenir en su vida para que las cosas fluyeran como hasta ahora, rutilantes y desapacibles. Concluye que, aunque ella decidió cambiar, Mathews, como aquel Hombre, ansiaron la muerte después de conocerla. Que el mundo no es una sustancia pura y que ella, como Martina, son corrosivas.

No es justo que todos sean felices y que Splenter acepte el suicidio de Mathews como un accidente más en el curso de su existencia. Algo le dice que debe cuidar de esta mocosa con cabeza de pájaro y que no se arrepentirá.

Hay demasiados tipos inferiores a Mathews. Y todos sobran. Su novio valía más que cualquier otro ser humano sobre la faz de la tierra. Su desaparición no se paga solamente con otro cadáver.

Detiene el coche. El mar de polvo rojo asciende por los collados y extingue los perfiles lisos en su nube inmensa. Baja. Las hebillas de sus botas brillan. Los pechos le duelen. Es el peso.

El calor a esta hora le recuerda el infierno. Se lava la cara con el sudor y siente alivio. La mocosa sigue durmiendo en el interior del coche. Splenter se baja los pantalones. Un viento abrasador peina la rala vegetación. En el interior de los baldíos emergen húmedas sombras. Algún árbol quebrado recuerda la figura de un animal.

El asfalto no absorbe la orina.

Se muerde el labio inferior y entorna los párpados cuando un intenso soplo de aire caliente remonta la carretera.

Al Hombre le gustaba comerle la boca mientras ella, con la cabeza inclinada sobre la almohada, apenas podía respirar. Pero no le desagradaba. El collar de púas era necesario si quería que el Hombre no la dejara por otra. Mathews tenía otras maneras. Lo hacían demasiado en la cama. Rara vez lo habían hecho en el coche con lo que a ella le gustaba aquella tapicería de cuero negro.

El viento proviene del sur. Splenter lleva meses sin dormir tres horas seguidas. La Coca Cola la ata a la vigilia y ese café helado que tan amablemente prepara la señora Sullivan. Sabe horrible, pero la mantiene viva, eternamente viva sobre el resto de los seres.

Splenter vuelve al coche y mira a la mocosa durante un rato. Algo le repite que ha hecho bien en subirla al coche. Mete primera y un suave zumbido se proyecta en el vacío y en el interior de su hermoso cuerpo, enfundado en una segunda piel de invisibles escamas.

La carretera es uniforme. Media hora más y habrán llegado. Pone música suave ahora. La gran Mahalia Jackson, pero Splenter está en lo suyo y no escucha esa voz increíble que traspasa la carne. Hay carroña en espacios muy cortos. Cuando caiga la noche, el tiempo se detendrá con su eterna sombra y el frío penetrará en los huesos.

Comienzan las casetas. Splenter gira el volante. El señor Sullivan, con su cara redonda y roja, la espera en el pequeño almacén para cubrir el coche con la lona verde. Siempre lo hacen de la misma forma. Hay pulcritud en esas acciones acordadas para que nada levante sospecha.

El anciano está contrariado al observar que Martina acompaña a Splenter. No entra en sus planes esa inesperada visita. No está acostumbrado a

que el orden de los acontecimientos mude con tanta prontitud. Aún no ha superado la muerte de su sobrino. A Mathews se le veía muy feliz con ella y todavía no entiende por qué el muchacho, con toda la vida por delante, hizo aquello. El hecho de que Splenter regrese al hogar con una desconocida altera el equilibrio que nuevamente habían logrado tras la muerte de Mathews. Ahora el triángulo se rompe.

Martina abre uno de sus ojos. Está derrotada. Nunca había caminado tanto con una mochila a la espalda. En la gasolinera pudo beber un refresco de naranja que extrajo de una máquina. Ya no se acuerda de la mujer con la cabeza dentro de la trituradora para hamburguesas, ni del niño bobo que abrazaba al padre entre las llamas.

—¿Tienes hambre, ¿verdad? —susurra Splenter.

—Sí. ¡Lo que daría por un cuenco de cereales con leche fría! — responde Martina alargando uno de sus brazos.

Una pareja de chacales olisquean en mitad de la nada. Rondan cerca de los corrales. Una nube con sus jirones de polvo seco engulle a los animales salvajes. El señor Sullivan aparece con la lona plegada entre sus brazos. Martina se encasqueta la peluca lo mejor que puede sin dejar de sonreír. No ha perdido el brillo natural en sus ojos. Pero sus ojos están vacíos.

Splenter explica pacientemente al señor Sullivan lo que ha sucedido en la gasolinera y repite que no se preocupe, que Martina es una chica también muy especial y que mañana la devolverá a la carretera.

—Una vez me disfrazaron de conejo para el festival de fin de curso. Estaba en cuarto y me sentí ridícula —susurra Martina, sin que nadie la oiga, cuando la Voz le increpa dentro de su cabeza que mate al viejo, que habla con muy malos modos a Splenter.

Seguramente estará recriminándole que traer a la mocosa hasta aquí ha sido un error imperdonable. Los chacales desaparecen entre remolinos y el

señor Sullivan se ha esfumado, con cara de pocos amigos, dejando el portón abierto. El polvo del desierto, cuando asciende en mitad de la nada, parece la ceniza de un volcán. De la llanura que rodea estas casetas emerge un mundo enfermizo y mucho más hostil.

La mocosa extrae alfileres de su postizo y los va contando. Concentrada en esa operación, aspira el aire polvoriento. Es el mismo aire polvoriento que traga Splenter cuando se introduce en el coche, con el semblante frío, pensando en alguna cosa. Sus pechos tiemblan cuando respira y hay lentitud en su parpadeo, y tensión en sus músculos que lentamente se aflojan mientras una risa se escapa entre sus labios.

La mocosa la mira a los ojos y le dice que aún tiene treinta y cinco alfileres. Serán suficientes para mucho tiempo si las cosas no se complican demasiado. La luz es escasa dentro del almacén. Pueden estar tranquilas. El viento afuera borra formas sólidas y mueve las dunas. La luz es escasa y rojiza dentro del almacén. Antes de salir del coche, han hablado un largo rato como dos viejas amigas que acaban de reencontrarse después de mucho tiempo.

Martina se lo suplica a Splenter y Splenter le asegura que todo está bien, que todo pasará pronto y que, en efecto, si ella quiere y tanto le apetece, esta noche dormirán abrazadas.

5

Charlene y las arañas gigantes

Charlene no está tranquila.

Las dos amigas están encerradas en el cuarto. Un temblor frío parece vibrar en cada objeto matizado por la nítida luz. Es una luz apacible. Un graznido parece devolverlas a la realidad durante unos instantes.

Edna piensa en los niños del lago, en sus madres dichosas, desocupadas, con todo el tiempo por delante para ver crecer a sus hijos. No recuerda una sensación de alivio tan persistente como la de aquella tarde que decidió dejar a Charlene sola con su cubo, a oscuras, mientras ella se sentaba sobre la hierba mojada con el fin de buscar ese retiro frente al lago. Sobre sus ojos, nubes teñidas de rojo la sumergían en aguas cenagosas.

Todo es muy distinto desde aquel día en que por fin pudo respirar sin ella, sin el turbio recuerdo de Good Boy, sin las voces de Tía Hedges, pero

con la compañía de un invisible Bloomby que le acariciaba el pelo bajo el cálido sol con el que todo resplandecía de verdad.

Charlene dice algo, pero Edna no piensa en otra cosa que no sea la estampa feliz de las madres y sus niños alborotando bajo el cielo de nubes sanguinolentas. Esa estampa feliz le ha dado las pistas necesarias para descubrir qué es lo más importante ahora mismo en su vida. Hay motivos para ser más feliz y se lo debe todo a esos niños que se comería a besos y a esas nubes rojizas que flotaban sobre el campus.

Edna ha tomado una decisión para que su vida sea más insignificante una vez que Charlene sea internada. No va a ser fácil cumplir aquello que le dicta el corazón, pero ya tiene medio camino andado como ha podido comprobar su inseparable amiga.

No hay nadie al otro lado de los tabiques. Eso es una ventaja. Hace un día precioso, pero no es como aquel día en que Edna, sobre la hierba mojada, pensó en lo mejor para ellas.

Han acabado los segundos parciales. Grupos de estudiantes están riendo afuera y ellas dos siguen encerradas, pero se tienen la una a la otra y eso, al menos para Edna, es lo más importante en este mundo. Eso. Y los niños que corren torpemente alrededor del lago mientras sus madres se distraen con cotilleos.

Charlene será ingresada. Quizá no sea tarde todavía para que se recupere. El problema para los padres ha sido encontrar el sitio adecuado donde ella se encontrara cómoda. Un lugar lo más alejado posible con tal de no crear ningún escándalo dentro de la familia.

Edna observa a Charlene que sigue tendida sobre la cama. No está tan delgada como hace unos meses y sus rasgos hundidos no son desafiantes, sino todo lo contrario, parece una niña a la que están deseando estrechar entre los brazos.

Edna sabe que las cosas podrían empeorar, pero no tanto como ahora, cuando se van a separar por largo tiempo. No se siente culpable, pero parece que tiene una deuda pendiente con su inseparable amiga. Les iba bien al principio. Y, aunque Edna mostrara síntomas de debilidad, Charlene siempre reconoció que su amiga estaba ahí para ayudarla, para que no traspasara los límites de esa conversión con la que ella está obsesionada.

Edna sabe que las cosas podrían empeorar y que su amiga necesita cuidados médicos inmediatamente. Quizá, vuelvan a verse en vacaciones. Hay que ser optimistas. Pero es una forma de autoengaño. Nada volverá a ser como antes.

Afuera algunas chicas parecen hoy más guapas que nunca bajo ese sol radiante. Pero ninguna de esas chicas tiene los ojos de Charlene, fríos, extrañamente fríos, buscando continuamente la compasión, expresando una tristeza inmensa, pero que no deja de ser poderosa y atrayente.

Le ha acariciado lentamente su pelo lacio y débil mientras las pulsaciones de Charlene bajaban. Luego, los labios de Edna han rozado otros labios y, en ese gesto, profundo y sincero, se expresa algo mayor que la amistad.

Afuera las chicas hoy parecen más guapas. Visten con ropa deportiva y mallas ajustadas. Los chicos se fijan sin disimular. El cielo azul contrasta con los colores palpitantes de cada arbusto. Hay parejas que bailan sobre el césped y las madres se acercan al lago de los patos con sus retoños de carne rosada.

Edna aún espera que la familia tarde en recoger a Charlene. Deben hablar sobre muchas cosas aprovechando que la tarde prolongará su luz y que las aguas han vuelto a su cauce después de las últimas crisis.

Nunca olvidará los ojos de su amiga.

Los árboles están espléndidos. El campus es un cuadro hermoso.

Algunos estudiantes no pasean ni bailan, leen a Tolstoi y a Stephen King bajo los fresnos reverdecidos mientras escuchan los nuevos temas de Korn. Hay una atmósfera de felicidad que no se disipa.

Charlene ya no se muerde las uñas y no quita ojo a Edna que, riendo por dentro, le dice que, sin ella, ahora su vida será distinta. Verdaderamente, las dos amigas se necesitan la una a la otra.

Algunos petirrojos rebullen entre las ramas con su color incandescente. En el campus, nadie sabe en realidad qué tipo de relación mantienen Edna y Charlene. Pero Charlene ha sufrido mucho con voluntad, por decisión propia, y su amiga la ha acompañado, la ha ayudado en ese proceso interior de autodestrucción para elevarse sobre la realidad y sobre los demás.

Algunos estudiantes pasean con su ropa cara y con sus gafas de sol por el parque donde grupos de patinadores se cruzan y vuelan, sumidos en el mutismo. Como el humo, las dos amigas parecen haber desaparecido de esas interacciones entrañables y díscolas.

La ventana reproduce un mundo feliz más allá de las paredes donde los niños pequeños juegan y gritan con gozo alrededor de las aguas, brincando sobre la parda hierba. Pero, también es un mundo siniestro donde un tal Lionel se bañaba con los cadáveres de sus víctimas tras descuartizarlas con pundonor.

Edna aprieta los dientes y se acerca a Charlene con otra píldora en la mano. Su querida compañera se la traga con un poco de zumo. La familia tardará en llegar al campus y las dos tienen que hablar aún de muchas cosas.

La familia tardará en llegar al campus y las dos permanecerán abrazadas sobre la cama, esperando a que haga efecto la medicación, mientras, en los jardines, los chicos guapos y las chicas guapas también se besarán apasionadamente.

6

La tienda de golosinas

En un rótulo luminoso sobre un fondo rosa se leía Bush's Candy. La tienda, que estaba a punto de cerrar, había pasado de padres a hijos durante un siglo. De hecho, conservaba la apariencia de un antiguo edificio de estación donde se sacaban los billetes.

La mochila ya no goteaba. Se había recolocado la ridícula peluca, convencida de que así su identidad de Martina estaría bien definida. Había tartas, globos y antifaces en el escaparate, y también narices de payaso de varios tamaños dentro de unas cajitas de plástico transparente.

Lo que más le gustaba a Martina eran los nuevos confites de chocolate con mantequilla de cacahuete de la familia M&M's. Esperaba que en la tienda no faltaran, ni tampoco esas bolas grandes de chicle que puedes masticar durante horas.

Miró atrás, a la calle oscurecida, con poco tráfico. Nadie la perseguía. Abrió la puerta y se oyó el tintineo de campanilla que inquietó a la Voz en su cabeza. Un olor intenso a azúcar y a fresa ácida embriagaba y la boca se le llenó de saliva.

Salvo el viejo, detrás del mostrador no había nadie más.

Osos de regaliz y lazos de colores se disponían en enormes botes de cristal sobre una estantería que cruzaba toda la pared del fondo. Unos animalitos de caramelo recorrían un sendero de fresones azucarados sobre un dispensario de monedas de chocolate.

Sin embargo, para ser una tienda de golosinas, estaba bastante descuidada. Es cierto que Martina no la recordaba así. (Cajas de cartón apiladas en las esquinas y lonetas manchadas cubriendo algunos muebles lacados).

Cuando el viejo reparó con mayor atención, bajó la mirada y esbozó una risa burlona que a ella no le pasó desapercibida. En esto que se unió el hijo del viejo, que salía de la trastienda, y se echó a reír preguntando con sorna a Martina si se había escapado de un manicomio.

A los ojos de ambos, Martina era una patética imitación de lo que podría ser algún día una quinceañera. Todos los caramelos de las cestas relucían como si de cerámica antigua se tratara; sus colores brillaban y latían, bañados por una suave claridad.

Para el viejo y su hijo, Martina no era más que un niño escuálido con un guiñapo en la cabeza. Unas figuritas de chocolate, colgadas de sus hilos, pendían de una varita de metal sujeta al techo. La máquina de bolas de chicle estaba llena.

La Voz habló en la cabeza. La risa del más joven contagió a la del viejo que, fijándose en Martina, quiso preguntar algo para hacer un mal chiste, sin que le diera tiempo a acabar la frase.

Palomitas azucaradas reposaban en enormes cubetas de plástico azul cerca de un enorme peluche que, con una sonrisa indestructible, promocionaba bastoncitos y batidos de cacao. La aguja de coser lana atravesó la mano derecha del viejo y se clavó en la madera del mostrador. “Sobre el mostrador se colocan todos aquellos productos escogidos para su adquisición”, dijo la Voz mientras Martina giraba la aguja sobre su eje para que el viejo quedase amarrado.

El joven lo intentó.

Quiso sacar la escopeta que guardaba camuflada entre cajas de globos, pero, antes de que el dolor se cebara con su organismo, ya había dejado de ver. Estaba de rodillas, bajo sus párpados manaba sangre, mientras Martina limpiaba las agujas en el postizo con fría parsimonia. Parece mentira. Minutos antes, el joven estaba en la trastienda, empaquetando bolsas de palomitas para un cumpleaños. Al otro extremo del mostrador, sobre unos paños de algodón yacían monedas y medallas de chocolate blanco.

El hijo no tenía ya ojos y el viejo enmudeció cuando otra aguja le perforó el tímpano del oído izquierdo. La sangre fue abundante y nadie estuvo allí en aquel momento en que Martina cogió unas cuantas bolas de chicle y se las echó a la boca mientras los cuerpos se retorcían frente a su diminuta figura de colegiala.

El sabor a frambuesa siempre había sido el preferido de Paul. La Voz se lo recordaba y, masticando compulsivamente, sus ojos se llenaron de lágrimas al saber que aquellos hijos de perra, aún muertos, se desternillarían de risa en cada una de sus tumbas.

Siguió masticando un buen rato. Con disimulo, robó varias pastillas de chocolate que guardó en su mochila viscosa. A uno de los cadáveres aún le temblaban las piernas. La mano seguía clavada al mostrador. Martina se acordó del zumbido sordo que escuchó en el despacho de su padre, pero no se

acordó de la tutora a la que, un rato antes, había visitado.

No había caja registradora en el mostrador. Y, sabiendo que aún seguían con vida, cerró la puerta de la tienda, dio la vuelta al cartelito y se dirigió de nuevo hacia los cuerpos.

Closed.

Y la Voz lo celebró y fue entonces cuando Martina comprendió que no era tan fácil extirpar con un instrumental inadecuado, que necesitaría más clases prácticas.

7

Tú a Boston y yo a California

Se han abrazado. Su cuerpo liviano sobre las sábanas se hunde en los senos de Splenter. Hay un ligero peso sobre los párpados de Martina que nada tiene que ver con el sueño que proviene del cansancio.

El viento corrige su dirección y erosiona afuera los móviles médanos. Desde la gasolinera hasta al motel, hay casi tres horas de coche a cien por hora. El paisaje nunca cambia. Han atravesado dos poblaciones que se hunden en una depresión más allá del valle rojo donde los sedimentos plomizos del antiguo río descansan.

Están agotadas. Antes de acostarse, Martina se ha quitado su peluca y se ha desnudado ante ella y su nueva amiga le ha aconsejado qué debe hacer para ser Martina y no Paul. Los sujetadores más pequeños de Splenter son demasiado grandes para Martina, pero eso tiene solución. Una plancha de relleno sujeta con una goma elástica bastará.

Debe dejarse el pelo largo y deshacerse de esa peluca. Un poco de colorete y de rimmel. Las uñas deben estar más cuidadas. Debe cambiar su forma de andar, pasos más cortos, elevando los talones para que el puente del pie pueda arquearse con mayor facilidad sobre los zapatos de tacón. Es cuestión de tiempo y de práctica. Todas las mujeres aprenden.

Martina será una chica preciosa.

Antes de acostarse, planean algo. Los Sullivan están intranquilos porque quieren recuperar esa paz beatífica que habían logrado, antes de la muerte de Mathews. Splenter es como una hija para ellos. Pero no conocen a Martina y no es bueno que alguien más sepa dónde se encuentra el motel.

Ellas deciden y hay un extraño fulgor en los ojos de Splenter cuando escucha a su nueva amiga. Martina le ha hablado sobre un insecto ya en la cama.

La caja torácica de Paul es estrecha. A los quince años, un chico debería ser más corpulento. La mocosa sabe mucho de insectos, especialmente de artrópodos. Hace menos de un año, Mathews ocupaba el lugar de Martina. Splenter la ha escuchado emocionada: se estima que los parásitos de la malaria del género *Plasmodium*, que son transportados por los mosquitos del género *Anopheles*, han sido los responsables de la mayor parte de las muertes de seres humanos desde la Edad de Piedra.

Duermen en el mismo lugar en que sucedió todo. Splenter considera ese espacio como un tabernáculo donde Mathews está aún presente. Le gusta imaginar que un aura espectral persiste sobre cada cosa que ella toca, presiona y acaricia.

Unas botas de piel junto a la puerta. El Hombre se las regaló antes de cumplir quince años. Son sus botas favoritas. Mathews no lo sabía. Vapor de ducha en el escueto espacio. Una fragancia amable en la piel de Splenter. Martina sorbe ese aire que impregna todo y se acuerda de una mujer que hacía

mucho deporte delante del televisor. Era una mujer vacía y que engañó a un muchacho demasiado tiempo.

Splenter no cierra los ojos. En la oscuridad de este cuarto, situado en un motel cerca de una carretera que cruza el desierto más grande del continente, los chacales despiertan y la miran, la acechan rodeando la cama. Pero ella ya no está sola.

8

Las fiambreras

Han pasado dos años y medio desde aquello que nadie sabe, salvo Edna. Como Charlene, ella también dejó la universidad. Pensaba que iba a ser por poco tiempo. Pero no ha sido así y probablemente no regrese más a aquella habitación cerca del lago de los patos.

Hoy hace un día maravilloso, pese al frío. Las hojas reverdecen con el suave temblor del aire húmedo. La atmósfera está limpia y el sol filtra sus rayos amarillos fijando una película espléndida sobre las fachadas de las casas. Hoy hace un día maravilloso para patinar o para pasear con alguien de la mano.

Charlene no pudo ir al entierro de Tía Hedges. A Edna no le extrañó, como ya no le extraña que no coja el teléfono ni responda a sus mensajes. Es su forma de comportarse.

Bloomby tampoco fue al entierro.

Hace un día maravilloso y ayer decidió cerrar la lencería para buscar a su amiga. Lleva conduciendo toda la noche en la vieja camioneta. La visita será fugaz, porque las fiambreras siguen en el interior de la nevera y no quiere que sufran ningún percance. El invierno en esta zona del país es duro, pero este repentino día de sol parece que devuelva a la vida todo lo inerte. En el barrio donde vive Charlene hay un parque con columpios y los arriates de algunas terrazas están llenos de plantas vigorosas.

Edna ha decidido aparcar la camioneta cerca de una pequeña ermita, no lejos del parque. Una anciana con el pelo pegado a la cara pide limosna bajo el sencillo pórtico. Encuentra una plaza con palomas detrás del edificio. Sin duda, este barrio no es mal sitio para vivir.

Está nerviosa, pero Edna no puede soportar más seguir tan sola y perpetuar su vida con la misma rutina. Tiene claro, además, que le propondrá a Charlene que vivan juntas. La casa de Tía Hedges es mucho más grande y allí estarán más cómodas, aunque, sin duda, este barrio no es mal sitio para vivir.

A veces Edna busca razones sinceras que expliquen por qué las dos dejaron la universidad. Confía en que Charlene no la culpe de nada. Edna hizo lo que su amiga siempre le propuso porque fue obediente y comprensiva; comprendía la degeneración a la que su compañera de habitación rendía tributo desde ese compromiso espiritual hacia la autodestrucción. Y lo respetó. Nadie hubiera hecho nada parecido por ella como Edna.

Jacarandas enormes crecen en un jardín. Un Chevrolet gira al final de la calle. Cada acontecimiento mínimo parece que transcurra en una eternidad. El mundo ante sus ojos es transparente, lleno de leves matices y de vibraciones compulsivas.

La noticia salió en los periódicos y en televisión durante semanas. Los detectives fueron persistentes e inquisitivos hasta que abandonaron esa vía de investigación donde Edna parecía en un primer momento esconder respuestas

reveladoras. Habían sido inseparables durante dos cursos en la universidad y habían caminado cogidas de la mano por el campus. Aquellas amigas, envueltas en la oscuridad de la noche, habían compartido íntimos secretos que afectaban a su forma de entender la vida, nada que ver con las preocupaciones e intereses del resto de estudiantes.

A Edna se le daba bien interpretar y eso es lo que hizo en los interrogatorios. Le bastaba recordar las últimas palabras de su amiga bajo aquellos árboles para enmudecer delante de los detectives. La tía Hedges no sabía siquiera quién diablos era esa tal Charlene a la que habían encontrado en el fondo de una zanja después de dos años de búsqueda; le preocupaba más el hijo de los Walters, que se había escapado de casa dejando una nota de disculpa.

Solamente convino con su sobrina que la policía estaba siendo muy pesada porque desaparecen cientos de chicas como Charlene todos los días y no se arma tanto jaleo. La anciana ya sabía que Edna era una perezosa y una mala estudiante, pero ella no era como su hermano y no tenía por qué ser tan amable con aquellos agentes.

Ella no era tan mala chica.

En este vecindario, nadie la conoce. Es bueno, al menos, por ahora. La gente corriente husmea demasiado porque sus vidas son demasiado aburridas y previsibles. Edna tiene ganas de llegar. Sabe con precisión el lugar. No es la primera vez que viene, pero Charlene nunca ha salido a recibirla. Sin duda, no tiene esa cualidad de extroversión que caracteriza a otras personas cuando enseguida abren su corazón a seres desconocidos.

Edna tiene llave. Por esta razón, se considera una afortunada. Fue el último acto generoso de Charlene. La casa es modesta, pero la urbanización fue construida para gente que busca la tranquilidad y el aire libre, huyendo del molesto estrés de la gran ciudad. El jardín de la casa está lleno de arbustos

salvajes. Charlene no lo ha cuidado como le indicó Edna. En el porche, duerme un gato gris que huye al escuchar las pisadas de las zapatillas. Todo está tranquilo. No se oye nada en el interior de la casa. Los padres y hermanos de Charlene se marcharon de allí hace más de un año.

La llave es una llave plateada que entra con facilidad en la ranura. Luego, saca otra distinta para un pestillo de máxima seguridad. Es una llavecita dorada guardada en un llavero con plaquita triangular donde está grabado *Loved Campus*. Con la herencia de Tía Hedges, Edna compró la casa a la inmobiliaria. Fue una gran sorpresa para Charlene. No supo qué decir cuando su amiga de la universidad le comunicó la gran noticia: por fin tenían una casa para las dos.

La puerta vibra y cruje. Ahora que entra cautelosamente, enciende el interruptor y la luz sorprende su figura desgarrada. Busca afanosamente la cocina. Todo está bien. Todo está tranquilo como afuera donde dormía el gato gris. La nevera está ahí, en su rincón, con su peculiar zumbido. Es una LG. El modelo es similar al que acoge en la otra casa las fiambreras en su interior.

Respira hondo. Da voces. Pero allí no hay nadie. Edna lo sabe y, aun así, sigue dando voces. La soledad lo embarga todo, cada mueble y cada utensilio.

Hay mucho amor en lo que hace a continuación. Abre el congelador de esa nevera estupenda. Allí está la fiambrera, sin nada más alrededor, con una capa de polvo helado sobre la tapa. El silencio crece con Edna dentro de la cocina. Saca la fiambrera y la pone sobre la mesa.

En este país, desaparecen más de mil niños al año. Algunos regresan a casa después de unos días. Una riña, un enfado, una escapada con compañeros de clase, pueden ser algunas de las causas, pero la mayor parte de los niños desaparecidos quedan en un limbo asfixiante para sus familias. La policía apenas puede hacer nada cuando la investigación se prolonga en el tiempo y

los sospechosos dejan de serlo.

Edna se ha rizado el pelo. Espera que a Charlene le entusiasme ese nuevo *look*. La tapa cruje y ahora Edna ya puede abrir suavemente la fiambarrera. Y allí están.

Unos ojos. Es Charlene que mira con paciente resignación en su breve mar de hielos. En la otra casa, Edna confía en que todo vaya bien. Que Bloomby, el hijo de los Walters, quien le entregaba una vez por semana un lote de revistas a cambio de dinero para cigarrillos, también duerma en su frío glacial, con sus ojos redondos y blancos, suspendidos en el interior de su mundo plastificado.

Edna se sienta en la silla y, al mirar la fiambarrera, comienza a llorar en silencio. ¡Se acuerda de tantas cosas y ahora lo ve todo tan claro!

9

Mathews

Lo que resuena en la cabeza de Mathews no resuena en otras cabezas. La costumbre fija un orden y él, pese a que lo tiene todo, siente la necesidad de cambiar.

Siente la necesidad de cambiar el orden. Mira por la ventana. No hay nada, pero, en esa aparente serenidad, todo cambia sin que nadie se percate en un primer momento: las rocas, la luz, las tinieblas, la escasa vegetación. Mathews debe cambiar esa aparente serenidad. El cuarto huele a cerrado. Si abre la ventana, entra el polvo invisible que quema la piel. La cama está deshecha. Hoy a ella le han gustado las esposas. Splenter nunca imaginó que juegos de ese tipo podrían excitar tanto a Mathews.

La Pink Lady tiene una sola bala y está sobre la mesilla, bajo la luz de la lámpara. El café de la señora Sullivan sabe a demonios, pero tiene algo

vivificador que te permite estar a tono. Se escucha el aullido de un coyote sobre las piedras. Aguza el oído y el aullido, más intenso, reverbera en las rocosas paredes del valle.

Lo que tarda en ducharse Splenter es lo que necesita Mathews para reconducir su vida afectiva para siempre. Es cierto. Lo tiene todo. Un buen trabajo. Una novia excepcional. No puede pedirle más a la vida y esa puede ser una razón más que suficiente. Aún recuerda el abrazo de las olas la primera vez que se sumergió en el mar, cerca de Polish Bay. Splenter vivía por entonces en otra ciudad.

Ella ha pensado en ponerse un *piercing* en su pezón izquierdo. Estaría mucho más sexy. El amor hacia una persona se mide también por esas cosas superficiales. Y todos los hombres tienen hambre de cosas superficiales, piensa ella bajo el chorro de agua fría. Para Splenter, la ducha es otro de esos momentos de placer que nada puede sustituir. Ella piensa en esas cosas ahora, en las cosas superficiales en las que, con quince años, no pensaba.

Splenter canta *Constant Craving*. Siempre le ha gustado cantar esa canción. Él mide la distancia. Coloca el cañón en su sien izquierda. Vuelve a mirar el exterior deslumbrante y abrasado. Echará de menos la noche, la noche sobre el desierto gris. Ella lo superará. Seguramente ahora es el hombre más feliz del mundo. Comienza la cuenta atrás. Ha perdido poco en la vida. No tiene hermanos. Splenter ha sido lo mejor que le ha pasado. Splenter lo ha absorbido igual que esos viajes dichosos cada fin de semana por el desierto. Lo ha absorbido igual que esos animales salvajes que se cruzan en la carretera y miran hacia la luz con sus ojos sublimes.

Aprieta el gatillo. La bala tarda en salir. Es la última percepción que le queda por asumir antes de que una mezcla densa de masa encefálica y sangre manche las sábanas y los muebles. El ruido de la ducha cesa. Splenter pregunta preocupada y sale desnuda. Las muñecas conservan aún las marcas

de las esposas.

El cuerpo de Mathews tiembla como un pez agónico sobre las maderas. Se oyen golpes en la puerta. La Pink Lady humea arrinconada. No grita, porque la persona a quien ama haya cometido el error más grave para los dos, sino por la indefensión que su decisión le produce. Egoístamente, Splenter no sabe cómo podrá afrontar la vida a partir de ahora. El Hombre sobraba en este mundo, pero Mathews no. Es injusto, demasiado injusto.

El señor Sullivan abre con la llave maestra. Carga con un fusil. Comprende todo y se arrodilla ante el muchacho. El tiempo pasa y el cuerpo ya no tiembla. El aullido del coyote se apaga y un mar de sombras regresa a las piedras.

La señora Sullivan apaga la luz de la lámpara y le coloca el albornoz sobre los hombros a Splenter, que incomprensiblemente está más excitada que nunca.

10

Lo que calla la zorra

Echa de menos las luciérnagas entre aquellos arbustos y los animales que se cruzaban en la carretera con sus ojos inyectados de luz. Martina dispara a los botes sobre la baranda del porche. Ha fallado algunos disparos al principio. Splenter tiene claro que aquí no van a regresar jamás.

Los Sullivan siguen absortos en sus hamacas. Una cortina de polvo avanza y entierra los pozos secos. Nada es lo que parece cuando el desierto comienza. Un rumor indefinido asciende lejos de las casetas.

Splenter le ha propuesto a Martina que mañana vayan a montarla a Bissen, a ochenta kilómetros, en dirección norte. El pueblo no está vacío en esa época del año. Aunque la mayor parte de los tratantes de ganado han bajado a Forthon, quedan todavía muchas mujeres, niños y viejos.

La suavidad del gatillo, el breve retroceso y el calibre ultraligero de la

Pink Lady hacen que Martina aprenda enseguida a manejarla. Los Sullivan no abren la boca para nada. El polvo y el sol han ido marcando las líneas de su cara y las venas en su frente. La piel quemada se ha ido arrugando y han envejecido más deprisa. No se van a levantar de la hamaca, incluso cuando cesen los disparos.

Splenter llena con gasolina viejas botellas de cristal que el señor Sullivan almacena para cambiar por papel y plásticos. Una vez compró sujetadores deportivos, sin costuras, para entrar en acción algún día. Fue en la misma lencería donde adquirió meses antes el conjunto de Chantelle y los calzoncillos para Mathews. La dependienta, una chica mona, pero con cara de pocos amigos, le mostró varios modelos. Sin duda, el Blanco noventa y uno era el mejor para Splenter porque mantenía la forma de su pecho y sus tirantes eran ajustables y almohadillados. La dependienta se llamaba Edna y tenía unos ojos felinos. Parecía una chica nerviosa e insegura.

Los Sullivan han bebido té rojo y han asumido esa expresión característica de que nada les importa en este mundo, aunque, en realidad, la aparición de Martina ha supuesto la ruptura del duelo que, junto a Splenter, guardaban durante estos meses.

La ropa lavada, y ya seca, sigue colgada en las cuerdas. Hay que encender el generador de luz. Pero no pasa nada si esas obligaciones se retrasan un poco. Los Sullivan nunca han visto disparar a alguien tan joven como Martina. Tampoco quieren discutir con Splenter sobre el cambio de actitud que, quizá, deba tomar ante la vida. Sin embargo, no pueden ser cómplices por mucho tiempo de los asesinatos que, periódicamente, ella comete cuando los recuerdos de Mathews la acosan y la acorralan.

Pero ellos ya no pueden cambiar nada porque Splenter tomó la decisión por ellos. Parece que los Sullivan se han echado a dormir bajo la mortecina luz que emana del cielo incendiado. Una brisa caliente reseca aún

más sus labios rasgados y finos, formando una sola línea como una cuchilla. Hay un arco de claridad naranja bajo sus párpados cuando Martina dispara a los botes. Y el sonido se expande hacia el infinito.

Hace años que nadie se hospeda en este motel. El matrimonio sobrevive gracias a la pensión de Fred y por las gallinas que crían amorosamente en un sencillo corral, detrás de los pozos. Un sistema de cepos mantiene a los coyotes a raya.

Mathews odiaba que hicieran eso, que mutilaran a animales tan hermosos. Fred Sullivan callaba entonces, cuando el comentario se traía a colación en alguna de esas veladas nocturnas. Porque la otra solución era el veneno, ya que los Sullivan no estaban dispuestos a renunciar a sus gallinas o pasar las noches en vela, rifle en mano, esperando a que aparecieran los coyotes. Dentro de una caseta, las aves se asfixiarían y tampoco había dinero suficiente para colocar un sistema de refrigeración en todos los edificios.

Acierta con el bote de la izquierda, siempre a la primera. Splenter está orgullosa de Martina. Le ha enseñado a disparar en diez minutos tal y como a ella le enseñó Mathews. La Pink Lady no da problemas. Los Sullivan se tienen el uno al otro. Están cogidos de la mano. El atardecer, más allá de las dos figuras que entrenan, se posa sobre sus párpados con un suave velo de claridad.

Una bala en cada frente ha perforado sus cráneos. Una circunferencia perfecta. Una bala para Fred Sullivan y otra para su señora.

Los dos cadáveres están recostados en sus hamacas. Martina no es la que ha disparado. Ese deseo no le pertenecía. Se limitó a quedarse atrás, a una distancia prudente, no fuera ser que la sangre salpicara su blusa nueva. Pero, cuando Splenter los ha ejecutado, la Voz se ha vuelto a apagar en el cerebro de Martina y el alivio ha sido grande.

Aunque las gallinas se mueran de hambre y al motel haya que pegarle

fuego, con todo lo que significa, con todo lo que hay encerrado, eso es mejor que permanecer amarrado a la ternura de los Sullivan, a su buen hacer, a su forma paternal de amar a Splenter y al fantasma de Mathews.

Ya no está Matthews y, después de la masacre de la gasolinera, todo se va a llenar de policías en pocas horas y aquel lugar dejará de tener sentido. Ya no es símbolo de nada. Martina es quien golpea ahora las teclas, quien debe cambiar las cosas y Splenter, antes de apuntar y disparar al matrimonio, se ha excitado como aquella vez en que el cadáver de su novio yacía en el suelo con un tiro en la sien.

Martina sigue disparando. Luego dice que entrenará con las gallinas y los polluelos, pero Splenter no la escucha; recuerda aún los coyotes mutilados que cojeaban por la carretera, mientras Mathews, conduciendo, maldecía a Dios.

11

Grumpie

La hija mayor fue una bendición para la familia. Le pusieron el nombre de la abuela que murió a los pocos meses de que Mary estuviera embarazada. El segundo nació, dos años después, no sólo con el labio leporino. Su cuerpo deforme, su piel de ronchas y escamas lo recluyeron.

La madre lo aborreció desde que lo sostuvo en su regazo. El padre tomó la decisión mostrando una firmeza maligna. La comadrona calló a cambio de una cuantiosa cantidad de dinero. Lo encerraron en el sótano con los pájaros disecados que habían heredado del abuelo junto con la casa.

La hija mayor aprendió a tocar el piano con bastante elocuencia apenas cumplidos sus siete años. El otro, sin conocer más que la tenue luz que se filtraba por las rendijas, balbuceaba algunas palabras que había logrado escuchar a través de la puerta. Por la noche, apenas conseguía dormir cuando, en plena oscuridad, sombras viscosas vacilaban formando rostros deformes en

el vacío del habitáculo.

El padre alababa los avances de la hija mayor que, con diligencia, ayudaba a su madre a preparar la cena todas las noches. El otro era vilipendiado con dolorosas injurias cada vez que el padre bebía más de la cuenta, a solas, frente al fuego de la chimenea, declarándole la guerra a Dios.

La madre abría la puerta con la bandeja. La hija mayor siempre la acompañaba. Retiraban el jarro de orines y la oscuridad regresaba a los ojos del otro cuando el sonido sordo y sin eco de la puerta lo confinaba a la soledad. Deambulaba en horas de luz y recogía breves insectos alados que mutilaba para luego masticarlos.

La hija mayor dio su primer concierto ante las amistades de sus padres por Navidades. Todavía no había hecho la primera comunión. La madre lloraba de alegría sin que hubiera algún resquicio oscuro de preocupación tensa por el otro, que había engordado y al que le habían crecido las uñas. En vez de manos, exhibía, bajo los visos de luz oscilante, unas zarpas demoledoras. Guedejas grasientas de cabello oscuro cubrían sus ojos sin vida. Hubo una vez que se las arrancó.

La hija mayor apreciaba a la madre en aquellos momentos que compartían en el interior de la cocina, cortando el repollo, los filetes de pavo, aliñando la ensalada. Sobre las diez subía de nuevo a su cuarto a seguir estudiando y a navegar por Internet para recabar información precisa sobre un chico que estaba en busca y captura desde hacía años.

El silencio rondaba por toda la casa, salvo por los rechinantes pasos, por los hoscos gemidos, que bajo las alfombras, los acuciaban como una letanía. El otro intuyó alguna vez que un mundo existía más allá de aquel reducto de oscuridad informe cuando le retiraban la comida y los trastos. Entonces la claridad perfilaba la fauna amenazante que lo rodeaba: zorros, abubillas, lechuzas y búhos disecados sobre estantes de metal.

Al cerrar la puerta, el otro no reconocía la necesidad de seguirles, de implorarles, de acosarlos contra la puerta, aunque, en sus ojos, todo parecía lo contrario, que una sed de venganza se iba acumulando en el interior de aquel ser, sin nombre, que aplastaba las cucarachas y se hurgaba las llagas que supuraban en algunas secciones de su cuerpo.

La hija mayor superó todos los cursos de piano y se graduó con todos los honores. Era el orgullo de la familia. Pero la hija mayor tenía demasiado interés en profundizar sobre la oscura biografía de ese chico que se llamaba Paul. Y eso, en realidad, era lo que estimulaba su vida, no su talento en la escuela o su virtuosismo con el piano.

Los ojos de plástico de un búho contrahecho, con las alas desplegadas, se fijaban en el otro que jadeaba como un buey moribundo cuando llegaba el verano y el calor se empozaba en aquella sima, debajo de la casa.

El padre enseñó a disparar a la hija mayor con orgullo, siguiendo la tradición familiar. Una muchacha debe saber defenderse. La madre preparaba dulces y compota para el señor y la señora Wilkins que destilaban un rico alcohol de arándanos para todo el barrio de forma generosa.

El otro escupía en el fondo del cubo de donde después sorbía el agua. Olvidaba todo y confundía los días con las noches, el sueño con la vigilia, el hecho de estar sentado con estar de pie. Insistía en buscar las minúsculas criaturas que masticaba procurando que el *crack* sonara apetecible y jugoso.

La hija mayor, prendida de las bondades de la madre a la hora de cocinar, la ayudaba en todo mientras el padre trabajaba en el taller. Lavaba las batatas, hervía el maíz, afilaba los cuchillos con fruición e interés, planchaba los paños. La madre no podía evitar observar aquel pelo rizado, el azul de sus ojos, la finura de sus dedos donde se concentraban todas las virtudes de una buena cristiana.

El padre llegó borracho la última noche. La madre lo esperó en el sofá

mientras la hija mayor leía vorazmente en la pantalla de su ordenador.

El otro espiaba los sonidos indescifrables, pero le extrañó tanto silencio después del baile de pasos. Se sentó en el suelo, esperando las voces, el tintineo de alguna campanilla, la música de un señor con una voz profunda, sin desgarró (era Sinatra), las sesiones de piano. Más ausente que nunca y sin sentido del remordimiento, se durmió sobre la estera mientras los pájaros disecados, inmóviles, cubiertos de polvo, odiosos para la madre y para el padre, vigilaban su sueño sin formas ni tramas.

Por la hoja de acero resbalaba la sangre sin coagular. Las manos que se aferraban a la empuñadura no temblaron. La noche callaba más allá de los muros de la casa.

Por la mañana el policía abrió la puerta del sótano con notable dificultad. El otro, estremecido, se arrumbó, desconfiando de aquel estruendo.

En la alfombra del salón todavía la sangre estaba fresca al igual que en el reguero que ascendía por la escalera. Mientras dormían, la madre había sido asesinada junto al padre por la honrosa hija mayor quien le confesó al teniente con una voz de ultratumba: “No pensaba que la carne humana fuera tan dura”.

Ante la luz natural, el otro, antes de salir de su prisión, giró la cabeza y los pájaros disecados dejaron de hablarle.

—¿Cómo te llamas, hijo? —le preguntó el agente sin intimidación.

Pero el otro gruñó con babas en la boca.

—¿Qué has dicho, hijo? ¿Grum, Grumpie?

12

La parada de los monstruos

El policía sorbe un café espeso. El policía lo lleva últimamente muy mal. Se está haciendo cada vez más viejo con cada asesinato. Recuerda el caso de Paul y el de una mujer que lo acompañaba en un coche rojo. Piensa, y no por primera vez, que un niño es capaz de todo y observa a Grumpie al otro lado del cristal. Algunos padres, algunas madres, parecen buscar que sus hijos pierdan el control de las cosas. Es cada vez más frecuente.

La hermana mayor está en otra comisaría. No le van a sacar una sola palabra. Repetirá la misma frase una y otra vez: “No pensaba que la carne humana fuese tan dura”. El policía aún recuerda el caso de Paul con horror, y no logra comprender que, después de todo este tiempo, sus asesinatos sigan fascinando hasta el punto de ser imitados por una tropa de niños.

Cuando conversa con algún compañero del turno, el policía ironiza sobre el asunto, argumentando que la causa del aumento de estos psicópatas

prematuros está en esa comida basura que engullen en autocines y en los comedores escolares. (Algunos investigadores aseguran que, para que un niño mate, tiene que haber una vulnerabilidad de tipo biológico o psicológico. Quizá una alteración cerebral que haya afectado a los mecanismos reguladores del control de los impulsos).

En su anterior destino, hace más o menos cinco años, el policía tuvo que detener a un chaval acusado de varios asesinatos. Para sus padres era un hijo maravilloso. No abrió la boca en los interrogatorios. Se limitaba a mirar al vacío con sus ojos oscuros y a baquetear con sus manos refinadas sobre la mesa siguiendo un ritmo imaginario. En sus salidas nocturnas, el chaval vestía con una camiseta a rayas y llevaba un peluche rojo bajo el brazo. Actuaba siempre de la misma forma. Buscaba esconderse bajo las camas para escuchar las conversaciones de las parejas antes de dormir. Luego, tranquilamente, salía de su escondrijo y extraía del corazón del peluche un cordón de cuero con el que estrangulaba a sus víctimas.

En el instituto, lo conocían como Bambino Knowles porque su madre era italiana. Nunca había sufrido acoso por parte de los compañeros. Participaba en todas las actividades extraescolares y formaba parte del comité que organizaba los bailes de fin de curso. Era popular y gustaba a las chicas. Aún no había cumplido los dieciocho años cuando fue detenido. Aunque no consintió en abrir la boca, jamás negó cada uno de los asesinatos que se le imputaban en Clay Inland y en Bissen.

Una vez, un compañero detective le habló del caso de otro adolescente, un tal Good Boy, poco antes de que Paul asesinara a sus padres y luego fuera dejando una ristra de cadáveres por donde pasaba.

La historia no se repite. La historia nunca dejó de repetirse. El mito no sobrevive a la realidad. Hay niños que matan como si hubiesen sido alleccionados desde que están en el vientre de sus madres.

El policía le ofrece café a Grumpie que, embozado en una manta, no sabe qué decir. Su mano enorme y peluda agarra el vaso que se quiebra cuando ejerce con sus dedos una presión descomunal. El café cae al suelo y Grumpie, con la boca perdida en su rostro de barro, emite un silbido de pájaro nocturno.

Al otro lado del río, la hija mayor, en una habitación escueta, sobre una incómoda silla, esboza una sonrisa enigmática mientras enarca sus cejas en señal de triunfo. La noche será larga. Una sombra fúnebre subyuga la mirada inocente y virginal de una niña que debería estar en esos instantes coqueteando por el chat con algunos chicos de su clase. Pero no es así. Su admiración por Paul es la clave. El fetichismo hacia ese muchacho escuálido, que se disfrazaba de niña para asesinar con agujas, ha sido el estímulo desencadenante de su doble asesinato.

Mañana se hablará de estos asesinatos y de aquellos que tanto se le parecen, y de los índices de criminalidad y de las causas que inducen a estas conductas homicidas entre adolescentes. Mañana se volverá a hablar de Columbine mientras Grumpie seguirá aislado, durmiendo profundamente sin mayor interés en sus sueños que esas aves extáticas que lo acechaban en el sótano.

Los detectives que van a interrogarla reconocen que la hija mayor es otro caso perdido porque probará a hacerlo de nuevo si alguna vez sale en libertad. Los hipnóticos, los antipsicóticos y dosis altas de ansiolíticos aliviarán una sintomatología que ya se ha automatizado en su cerebro y, para la hija mayor, siempre será preferible incubar la fantasía que vivir otra vida, pues esa fantasía, traducida en asesinatos, cumple todas las expectativas necesarias para hacer soportable su existencia en el mundo real.

Vestida con su exquisito uniforme, la muchacha persiste en esa mirada que atraviesa los objetos con intención de desintegrarlos. Es una chica mona. Su nariz filosa contrasta con sus labios rugosos y atractivos, maquillados

apenas con un leve tono rojo cereza. Nadie la rodea. Esperan a que se venga abajo, pero no se va a venir abajo. Nunca se vienen abajo.

La hija mayor sacaba notas excelentes y tocaba el piano. También sacaba las bolsas de basura con los excrementos de Grumpie sin que nadie le diera explicaciones de nada. Paul tenía su misma edad cuando asesinó a sus padres.

El motivo no es importante. La hija mayor lo sabe. El motivo es una debilidad para quien vocacionalmente aspira a romper el curso natural de las cosas. ¿Qué va a ser de todos ellos a partir de ahora? Una frase hecha. El tiempo lo dirá y el mal, aunque cueste admitirlo, no es prescindible.

13

Compraré bragas en Bissen

“Todo está podrido, jodidamente podrido, en la cabeza de un viejo como Fred. Babeaba cada vez que me ponía la camiseta de tirantes. Era un auténtico hijo de puta y su mujer era una esclava”, comenta Splenter en voz baja, mientras Martina suaviza con torpeza el brillo mate de sus labios delante del retrovisor.

Han dormido otra vez abrazadas.

Montan en el coche. Quieren incendiar el pueblo y provocar una masacre. Bissen está a dos horas. El coche arranca. Hay gasolina suficiente para llegar. Martina necesita ropa y maquillaje, pestañas postizas y lencería para chicas de su edad. Splenter quiere dos sacos de dormir y botes de Coca Cola Zero.

La carretera nunca se estrecha. Martina quiere escuchar música. Splenter mastica chicle de menta. Le gusta el sabor, pero no tanto como el

sabor a cerveza en la boca de Mathews.

Avanzan. Avanzan rápido. No hablan entre ellas. Parece que el desierto las absorbiera en su inmensidad lunar. “Perros atropellados, perros atropellados”, repite la Voz en la cabeza de Martina que juega con la Pink Lady entre sus manos. Suenan los REM. El aire caliente no es desagradable. “Todo estaba podrido también en la cabeza de la vieja. No eran mala gente, pero nunca me ha gustado mirarle los dientes a un caballo regalado”, susurra Splenter, que puede estar al volante mucho tiempo sin cansarse lo más mínimo. En unos grandes almacenes de Bristol Square compró esas botas con las que se erige sobre el mundo, con las que pisa suavemente los pedales mientras la mocosa trastea con el arma a su lado. No le importa si se vuela la cabeza o le vuela la cabeza a ella que puede conducir con los ojos cerrados por esta carretera perpetua.

Un coche.

Un coche de policía.

Un coche de policía está detenido.

Un coche de policía está detenido en el horizonte. Hay todavía una distancia considerable para pensar lo correcto. Hay que pensar rápido. La canción sigue sonando en la radio:

*“Trying to keep up with you
And I don't know if I can do it
Oh no I've said too much”.*

El aire caliente no es desagradable. Los arbustos a cada lado de la carretera ocultan pájaros nocturnos y reptiles. Los insectos, sumergidos en la arena, pliegan sus patas sobre su vientre combado. El polvo reposa sobre la piedra rojiza.

Uno de los policías hace una señal. El coche tiene que parar. Splenter mira a Martina. No pueden hacer ninguna tontería. Las maniobras bruscas no sirven. Han hablado de esta serie de imprevistos cuando descansaban abrazadas sobre el colchón. El coche está cargado de recipientes con gasolina. Algunos cartuchos de dinamita están ocultos bajo los asientos. Martina baja los párpados como quien busca serenidad: “Every whisper. Of every waking hour I'm choosing my confessions”

No es necesario explicar nada en este punto. Las palabras no sirven. La mocosa bajará primero y pedirá ayuda al policía. Los alfileres harán el resto y el otro policía es cosa de Splenter que ha sacado la licorera de la guantera antes de frenar y se ha echado un trago. Y todo será un calco de lo que transcurre en sus cabezas ahora mismo. “Oh, Life is bigger. It's bigger than you. (...)”

*Trying to keep up with you
And I don't know if I can do it
Oh no I've said too much”.*

Deben llegar a Bissen al mediodía si quieren armarla. Las pulsaciones de Splenter aumentan cuando pisa el freno. No es el miedo ni la ansiedad, es esa sobreexcitación que la embarga y que conecta el peligro de muerte con el inicio de un orgasmo.

La mocosa baja del coche, simulando desesperación con su aleteo de brazos. La luz blanca la deslumbra. Su figura impaciente se mueve nerviosa bajo el ardiente sol que absorbe el polvo. El tictac de un reloj resuena de fondo cuando la Voz le habla. Un agente apunta con firmeza, pero Martina es una niña indefensa que abre su blusa. Quiere enseñarle unas marcas al agente. El sol alarga las sombras de los cuerpos erguidos. El otro policía apunta al interior del Audi. Es un hombre listo que no se fía de esos coches nómadas en

mitad de la nada. Splenter obedece las indicaciones y deja a la vista sus manos. Al girar la cabeza para contestar a una de las preguntas está de suerte. El agente se ha quitado las gafas de sol y la gasolina que ella escupe inunda los ojos del policía.

Mientras sucede, Martina le ha clavado uno de sus alfileres al otro agente en la lengua, y algunos más, con una sola acción, en el costado, cerca del pulmón izquierdo. Esos alfileres lo atraviesan todo. Son lo suficientemente finos para perforar cualquier superficie y causar una hemorragia en cualquier tejido. Una de las sombras cae y otra vibra sobre la vasta extensión. El cielo no está nublado. Nunca está nublado en esta región, aunque un blanco centelleante enciende las capas más bajas de la estratosfera.

Splenter sale del coche. El sujetador deportivo es muy cómodo. Todo parece más fácil y más rápido a la hora de moverse. El policía se restriega compulsivamente y, como en la vez anterior, ella extiende su mano derecha hacia el rostro del hombre. Pero, en esta ocasión, no va a utilizar cerillas. Acerca la llama del zippo. Calcula que no llega a los cincuenta años. La llama no es irregular. Nunca llenaría ese mechero con alcohol. Lo recomendable es la benzina.

El hombre consigue abrir los ojos y aún puede observar durante un instante el haz de fuego rojo con su borroso halo de humo. El zippo es dorado, con unas preciosas muescas de plata.

Aún no hay animales salvajes que se acerquen por ahora a este escenario. Curiosamente la luz del sol los repele y es la oscuridad, con su incertidumbre, la que los anima a explorar los vastos campos.

Martina se le adelanta y aprieta el gatillo. El proyectil cruza una diagonal de veinte metros entre el cañón de la Pink Lady y el hombre que, girando como una peonza termina por caer al suelo delante de Splenter. Dos esqueletos de árbol son disueltos por nuevas nubes de polvo que ascienden en

silencio hasta los collados. Los policías recuerdan a esos coyotes aniquilados por el hambre que deambulan olfateando un rastro confuso.

Mirando al cielo, Splenter agradece que sean invisibles al resto del mundo. El otro policía, como un nuevo insecto en la colección de la mocosa, está clavado en la plancha de asfalto tras un segundo disparo de la Pink Lady en su frente húmeda.

Las dos se ponen de cuclillas. Hace demasiado calor y, aunque estas muertes entraban en los planes, el verdadero horror debe comenzar en Bissen. Pero, en la vida, hay tiempo para todo y, en el fondo, deben estar agradecidas con esta prueba del azar. Asumen que tienen armas para lo que han hecho y deben hacer, pero eso es lo menos importante.

El día será muy largo. Ya no suenan los REM. En la cabeza de Paul, la voz comenta que no es suficiente. Splenter sabe interpretar la mirada ansiosa de Martina. Mira su reloj. Van con tiempo de sobra, así que deja que la mocosa se distraiga un rato con los cuerpos mientras ella destapa su última Coca Cola Zero y, apoyada en el coche, contempla, después de muchos meses, una manada de caballos salvajes, abriéndose paso a lo lejos, a través de la arenosa ladera.

Los dos cuerpos sobre el asfalto son irreconocibles. Uno de los policías todavía respira. Ya no hay sombras alargadas sobre el terreno. El viento de anoche ha barrido la carretera. El descenso al infierno debe ser algo similar.

Arrugas en un labio mordido. Pupilas dilatadas y la lengua seca. Splenter bebe. Al ver la escena, deja escapar una gran risotada. Su espalda suda. Un sorbo de luz en sus ojos pálidos.

Martina está muy distraída. Una vez que acaba el bote de Coca Cola, la mujer increpa a la mocosa, que sube inmediatamente con la blusa manchada. Uno de los polis está destripado. Un enorme agujero perfora su abdomen

hinchado. Sus párpados se calcinarán a pleno sol. Del otro policía, será mejor no hablar.

El coche esquiva los cuerpos.

El arco de luz se mantiene al final de la carretera. La mujer esboza una sonrisa y, con la intención de cambiar de tema, confiesa que siempre le ha gustado otro tipo de lencería, pero que el sujetador deportivo es muy cómodo. La mocosa calla y la mochila gotea en el asiento trasero.

Splenter no puede ocultar que está excitada. Se excita con esa sensación de derrota que exhiben los cadáveres y los moribundos. Quisiera que sus asesinatos, en nombre de Mathews, tuvieran esa impronta mítica. Que fueran únicos. Pero no es así. Acaban de escucharlo en la radio.

Anoche un grupo de sicarios asesinó a dieciocho personas y otras quince resultaron heridas en varios atentados relacionados con el narcotráfico en los estados de Durango y Coahuila. Aprovecharon la inauguración de un bar en la ciudad para perpetrar los asesinatos.

Un círculo de fuego se precipita sobre el coche rojo que avanza por el desierto. Martina dice algo incomprensible. Splenter respira hondo. No deja de repetir en su cabeza: “Entre quince y treinta y tres años, aprovechando la inauguración de un bar”. Quiere imaginar las ejecuciones y los tejidos orgánicos, aún inmaduros, perforados por las balas y pulverizados por la abrasión. Traga saliva y no escucha a Martina, a la que se le ha corrido la pintura de labios.

Se dibuja ahora un arco azul al final de la carretera. Las nubes de polvo no reposan. El desierto está plagado de espejismos. Esos rostros turbios con ese círculo plomizo en la frente donde acaba todo, los jóvenes cuerpos desmadejados sobre las mesas. Un charco de sangre regando cada superficie. Ojalá hubiese estado allí. Algo parecido quiere hacer en Bissen y ha comprobado que la mocosa es obediente y eficaz.

La carretera se curva por primera vez.

El coche no vibra. Alrededor todo parece monótono. Las estrías de las lluvias sobre algunas rocas esculpen monstruosas moles. Faltan menos de dos horas. No hay nadie más a lo largo del camino. Splenter, que sigue callada, con sus ojos fijos en un punto de luz inexistente, esboza una sonrisa, imaginando que las dos parecen Thelma y Louise, pero después de haberse arrojado por el barranco.

Esa sensación zombi en este mundo, tras la muerte de su novio, es la que le proporciona a Splenter la suficiente impunidad para disparar, para reconocer que la muerte de un ser querido no es gratuita. Hace meses que no piensa en Mathews, sino en el cadáver de Mathews, en su putrefacción lenta e indecorosa como la de cualquier cadáver.

Es hora de ser generosa con el mundo.

Martina se quita el cinturón, se arrellana en el asiento y una de sus manos roza el antebrazo de Splenter con intención. Son dos cadáveres que, en la barca de Caronte, avanzan hacia Estigia. La tierra se torna ahora violeta y unos túmulos se erigen sobre la arena.

Martina se duerme, con su máscara de polvo blanco. Medusa de bellas mejillas, cuyos crímenes, iniciarán a otros. Splenter desacelera. Le gusta estar mojada. Por eso, tendrá que comprar bragas en Bissen antes de montar una buena.

CONTINUARÁ...

